

«DEJA DE DECIR MENTIRAS»

— Philippe Besson

13



«Tengo diecisiete años. No sé que nunca volveré a tener diecisiete años, no sé que la juventud vuela, que apenas dura un instante, que desaparece enseguida y cuando te das cuenta ya es demasiado tarde, ya se ha terminado, se ha volatilizado, la has perdido; a mi alrededor algunos lo presienten y lo dicen, los adultos lo repiten, pero yo no los escucho, sus palabras me resbalan».

En 1984, Philippe Besson, hijo de una familia culta y alumno brillante en el instituto de su pueblo, conoce a Thomas Andrieu, el solitario y misterioso hijo de un granjero. El descubrimiento de la sexualidad de uno y otro viene marcado por el carácter clandestino de su relación adolescente, tan intensa como fugaz hasta que los caminos de ambos se separan.

Veintitrés años después, el ya consagrado escritor Philippe Besson, que vive abiertamente su homosexualidad, se topa en Burdeos con un hombre joven que guarda un inquietante parecido físico con Thomas, de quien nada más ha vuelto a saber.

OceanofPDF.com

Philippe Besson

«Deja de decir mentiras»

OceanofPDF.com



Título original: «*Arrête avec tes mensonges*»

Philippe Besson, 2017

Traducción: Palmira Feixas, 2018

Revisión: 1.0

16/05/2019

OceanofPDF.com

En memoria de Thomas Andrieu (1966-2016)

OceanofPDF.com

«No se trataba de atraer al deseo. Existía ya desde la primera mirada o no había existido nunca. Era el entendimiento inmediato de la relación sexual o no era nada».

MARGUERITE DURAS, *El amante*

«Él dijo: había decidido dejar de amar a los hombres, pero tú me gustaste».

HERVÉ GUIBERT, *Loco por Vicent*

«Llegué a la dolorosa conclusión de que las posibilidades potenciales habían pasado, de que se había acabado hacer lo que querías cuando querías. El futuro ya no existía. Todo formaba parte del pasado y ahí iba a quedarse».

BRET EASTON ELLIS *Lunar Park*

Un día, puedo decir exactamente cuándo, sé la fecha, con precisión, un día me encuentro en el vestíbulo de un hotel, en una ciudad de provincias, un vestíbulo que hace las veces de bar, estoy sentado en una butaca, conversando con una periodista, entre los dos hay una mesilla baja, redonda, la periodista me entrevista a propósito de mi novela *Decirte adiós*, que acaba de publicarse, me hace preguntas sobre la separación, sobre el hecho de escribir cartas, sobre el exilio que consuela o no, yo contesto, sé las respuestas a esas preguntas, contesto casi sin prestar atención, las palabras me salen fácilmente, mecánicamente, aunque pasee la mirada por la gente que cruza el vestíbulo, las idas y venidas, las llegadas y las partidas, me invento la vida de esa gente que se marcha, que llega, intento imaginar de dónde vienen, a dónde se van, siempre me ha gustado eso, inventarme la vida de desconocidos con quienes apenas me he cruzado, interesarme por siluetas, casi es una manía, creo que empecé a hacerlo de niño, sí, fue en mi más tierna infancia, ahora me acuerdo, a mi madre le preocupaba, decía: deja de decir mentiras, decía mentiras en lugar de historias, y sigo igual, así que años más tarde continúo haciendo lo mismo, formo hipótesis mientras contesto las preguntas, mientras hablo del dolor de las mujeres abandonadas, son dos cosas que puedo disociar, que puedo hacer a la vez, cuando distingo a un hombre de espaldas, que arrastra una maleta con ruedas, un hombre joven disponiéndose a salir del hotel, la juventud emana de su porte, de su ropa, y esa imagen me perturba enseguida, porque es una imagen imposible, *una imagen que no puede existir*, podría equivocarme, desde luego, al fin y al cabo, no le veo la cara, no hay manera de vérsela desde mi asiento, pero es como si estuviera seguro de esa cara, como si supiera qué aspecto tiene el hombre, y lo repito:

es imposible, literalmente imposible, y, sin embargo, pronuncio un nombre, Thomas, lo grito más bien, Thomas, y la periodista que tengo enfrente se asusta, estaba inclinada sobre su cuaderno, enfrascada, garabateando unas notas, transcribiendo mis palabras, y de repente levanta la cabeza y se le tensan los hombros, como si le hubiera gritado a ella, debería disculparme pero no lo hago, arrollado por la imagen en movimiento, esperando que el nombre que he gritado surta efecto, pero el hombre no se da la vuelta, prosigue su camino, debería deducir que me he equivocado, esta vez de verdad, que ha sido un espejismo, que el vaivén ha provocado ese espejismo, esa ilusión, pero no, me levanto de un salto, me lanzo a la caza del fugitivo, no me mueve la necesidad de comprobarlo, pues en ese momento aún estoy convencido de tener razón, de tener razón contra la razón, contra la evidencia, alcanzo al hombre en la acera, le pongo la mano en el hombro, se da la vuelta y.

Capítulo uno

1984

OceanofPDF.com

El recreo de un instituto, un patio pavimentado, rodeado por edificios antiguos con ventanas anchas y altas, de piedra gris.

Unos adolescentes, con una mochila o una cartera a sus pies, charlan en pequeños corros, las chicas con las chicas, los chicos con los chicos. Si se observa atentamente, se descubrirá a un vigilante, apenas algo mayor que los muchachos.

Es invierno.

Se ve por las ramas desnudas de un árbol plantado allí, en medio, que parece muerto, por la escarcha en las ventanas, por el vaho que se escapa de las bocas, por las manos que se frotan para calentarse.

Esa mediados de los años ochenta.

Eso se adivina por la ropa, tejanos apretadísimos, descoloridos con lejía, salpicados de manchas claras, de talle alto, y jerséis con motivos geométricos; a veces las chicas llevan calentadores de lana, de colores, que les tapan los tobillos.

Tengo diecisiete años.

No sé que nunca volveré a tener diecisiete años, no sé que la juventud vuela, que apenas dura un instante, que desaparece enseguida y cuando te das cuenta ya es demasiado tarde, ya se ha terminado, se ha volatilizado, la has perdido; a mi alrededor algunos lo presienten y lo dicen, los adultos lo repiten, pero yo no los escucho, sus palabras me resbalan, como el agua por las plumas de un pato, soy un idiota, un idiota sin preocupaciones.

Soy un estudiante del último curso de bachillerato de la clase C en el instituto Elie-Vinet de Barbezieux.

Barbezieux ya no existe.

Formulémoslo de otro modo. Nadie puede decir: conozco ese sitio, sé situarlo en el mapa de Francia. Aparte, tal vez, de los lectores cada vez más raros de Jacques Chardonne, nativo de la ciudad, que alabó su improbable «felicidad». O de aquellos, más numerosos, pero ¿acaso se acuerdan?, que antaño tomaban la nacional 10, a principios de agosto, para ir de vacaciones a España o a las Landas, y sistemáticamente acababan bloqueados en los atascos, allí, precisamente, a causa de una serie mal pensada de semáforos tricolores y del estrechamiento de la calzada.

Está en Charente. A treinta kilómetros al sur de Angulema. Casi al extremo del departamento, casi en el de Charente-Marítimo, casi en la Dordoña. Tierras calcáreas ideales para cultivar viña: no como las que dan al Lemosín, arcillosas y frías. Clima oceánico: los inviernos son suaves y lluviosos, no siempre hay verano. Por muy lejos que se remonte mi memoria, la grisura lo domina todo; la humedad. Vestigios galorromanos, iglesias y castillos; el nuestro se asemeja a una fortaleza, pero ¿qué debía de defender por aquel entonces? Alrededor: colinas; dicen que el paisaje es ondulado. Y eso es todo, más o menos.

Nací allí. En aquella época, aún había una maternidad. Cerró hace muchos años. Ya nadie nace en Barbezieux, la ciudad está condenada a desaparecer.

¿Y quién conoce a Elie Vinet? Aseguran que fue profesor de Montaigne, aunque jamás se ha demostrado a ciencia cierta. Digamos que fue un humanista del siglo XVI, traductor de Catulo y director del Collège de Guyenne en Burdeos. Y que el azar hizo que naciera en Saint-Médard, un enclave de Barbezieux. Le pusieron su nombre al instituto. No encontraron otro mejor.

En fin, ¿quién se acuerda de las clases C del último curso de bachillerato? Hoy las llaman S, creo. Aunque esa sigla no encierre la misma realidad. Eran las clases de matemáticas, supuestamente las más selectivas,

las más prestigiosas, las que abrían las puertas de las clases preparatorias, que podían llevar a las grandes escuelas, mientras que las otras condenaban a la universidad o a los estudios profesionales de dos años; o se acababan ahí, como un callejón sin salida.

Así, pues, soy de una época pretérita, de una ciudad moribunda, de un pasado sin gloria.

Que nadie se llame a engaño: eso no me entristece. Es así. Yo no elegí nada. Como todo el mundo. Lo sobrellevo.

De todas formas, a los diecisiete años, no tengo una consciencia tan clara de la situación. A los diecisiete años no sueño con la modernidad, ni con el firmamento. Me conformo con lo que me dan. No albergo ninguna ambición, no me domina ningún odio, ni siquiera conozco el tedio.

Soy un estudiante ejemplar, que nunca se salta una clase, que casi siempre saca las mejores notas, que es el orgullo de sus profesores. Hoy, a ese muchacho de diecisiete años le daría una bofetada, no por sus buenos resultados, sino porque tan solo procura complacer a sus jueces.

Estoy en el patio, con los demás. Es la hora del recreo. Salgo de dos horas de filo («¿Se puede admitir la libertad del hombre y a la vez suponer la existencia del inconsciente?»; nos aseguran: ese es el típico tema que puede caer en la sele). Me espera una clase de ciencias naturales. El frío me pica las mejillas. Llevo un jersey de rombos azul. Un jersey informe, que me pongo demasiado a menudo, que suelta pelusa. Tejanos y deportivas blancas. Y gafas. Eso es una novedad. Perdí muchísima vista el año anterior, me volví miope en pocas semanas sin que se supiera por qué, me prescribieron que llevara gafas y obedecí, no hubo más remedio. Tengo el pelo rizado, fino, y los ojos tirando a verdes. No soy guapo, pero llamo la atención; eso lo sé. No por mi aspecto, no, a causa de mis resultados, murmuran: es brillante, está muy por encima de los demás, llegará lejos, como su hermano, en su familia son un hacha, estamos en un lugar y un momento en que muchos no van a ninguna parte, y eso me granjea simpatía y antipatía a partes iguales.

Soy ese joven, en el invierno de Barbezieux.

Los que están conmigo se llaman Nadine A., Geneviève C. y Xavier C. Tengo su cara grabada en la memoria, mientras que otras tantas, más recientes, la han desertado.

Sin embargo, no son ellos quienes me interesan.

Sino un chico a lo lejos, apoyado en uno de los muros, flanqueado por dos tipos de su edad. Un chico con el pelo enmarañado, una barba incipiente y la mirada oscura. Un chico de otra clase. De la D. Otro universo. Entre nosotros, una frontera infranqueable. Tal vez desprecio. Al menos, desdén.

Y yo solo tengo ojos para él, el chico larguirucho y distante, que no dice nada, que se contenta con escuchar a los dos tipos, sin terciar, sin sonreír siquiera.

Sé su nombre. Thomas Andrieu.

Debo decir que soy el hijo de un profesor, del director de la escuela.

Por lo demás, crecí en una escuela primaria a ocho kilómetros de Barbezieux; en la planta baja, la única clase del pueblo; en el primer piso, el apartamento que nos habían otorgado.

Mi padre fue mi maestro desde el parvulario hasta quinto de primaria. Siete años recibiendo sus enseñanzas, él con su bata gris y nosotros detrás de los pupitres de madera, siete años calentados por una estufa de fuel, con mapas de Francia en las paredes, de la Francia de antes, una Francia con sus ríos y afluentes, con los nombres de las ciudades escritos en tamaños proporcionales a su población, editados por la librería Armand Colin, y, tras las ventanas, la sombra que daban dos tilos, siete años diciéndole «señor» y hablándole de «usted» durante las horas de clase, no porque me lo hubiera pedido, sino para no destacar, para no disociarme de mis compañeros, y también porque ese padre encarnaba la autoridad, la autoridad que no se discute. Después de la escuela, me quedaba en el aula con él, haciendo los deberes, mientras él preparaba las lecciones del día siguiente, trazando en su gran cuaderno cuadriculado líneas horizontales y verticales, rellenando las casillas con su hermosa caligrafía regular. Encendía la radio, escuchaba *Radioscopie*, de Jacques Chancel. No lo he olvidado. Vengo de esa infancia.

Mi padre me ordenaba que sacara buenas notas. Yo no tenía derecho a ser mediocre, ni siquiera mediano. Debía ser el mejor, simplemente. Solo había un puesto, el primero. Afirmaba que la salvación procedía de los estudios, que solo los estudios permitían «subir al ascensor». Quería que yo fuera a una gran escuela, nada más. Obedecí. Igual que con las gafas. A la fuerza.

Hace poco regresé a ese escenario de mi infancia, a ese pueblo que no había pisado desde hacía tantos años. Volví con S., para que lo *supiera*. Aunque la verja seguía allí, con la glicina derramándose, habían cortado los tilos y la escuela estaba cerrada —desde hacía mucho tiempo—. Habían construido viviendas. Le señalé con el dedo la ventana de mi cuarto. Intenté imaginarme a los nuevos ocupantes, pero no lo conseguí. Después, volvimos a coger el coche y le enseñé el centro del pueblo, donde cada dos días pasaba un camión de reparto, una vieja furgoneta Citroën que hacía las veces de tienda ambulante, el establo al que íbamos a buscar la leche, la iglesia desconchada, el pequeño cementerio en pendiente y el bosque donde a comienzos de octubre crecían setas. Él no se imaginaba que yo pudiera venir de allí, de aquel mundo tan rural, tan mineral, de aquel mundo lento, casi inmóvil, fosilizado. Me dijo: supongo que te hizo falta mucha fuerza de voluntad para ascender. No dijo: ambición, valentía u odio. Yo le dije: fue mi padre quien decidió por mí. Yo me hubiera quedado en esa infancia, entre algodones.

No tengo ni la más remota idea de quién es el padre de Thomas Andrieu, ni siquiera de si eso importa. No tengo ni la más remota idea de dónde vive. En ese momento no sé nada de él. Salvo que va a la clase D del último curso de bachillerato. Y que tiene el pelo enmarañado y la mirada oscura.

Su nombre lo sé porque acabé informándome. Como si nada, un día cualquiera, como quien no quiere la cosa, con un tono de lo más desenvuelto, antes de pasar a otro asunto. Pero no me informé sobre nada más.

No quiero por nada del mundo que se sepa que me interesa. Porque no quiero por nada del mundo que se pregunten *por qué razón* me interesa él.

Porque plantearse esa pregunta solo daría pábulo a los rumores que corren sobre mí. Aseguran que «me gustan los chicos». Constatan que a veces hago gestos de chica. Además, no se me da bien el deporte, soy negado para la gimnasia, incapaz de hacer un lanzamiento de peso o de jabalina, y el fútbol y el voleibol no me interesan lo más mínimo. Y me encantan los libros, leo muchísimo, a menudo me ven saliendo de la biblioteca del instituto con una novela en la mano. Y no me conocen ninguna novia. Eso basta para labrarse una reputación. Debo añadir que el insulto me llueve con cierta regularidad, «maricón de mierda» (a veces, simplemente «mariquita»), gritado de lejos o susurrado al pasar, y yo me esfuerzo por ignorarlo olímpicamente, por no contestar jamás, por manifestar la más absoluta indiferencia, como si no lo hubiera oído (¡como si fuera posible no oírlo!). Lo que agrava mi caso es que un heterosexual puro y duro nunca permitiría que le dijeran eso, lo desmentiría con vehemencia, le partiría la cara a quien lo insultara así. Quien permite que le digan esas cosas las confirma.

Desde luego, «me gustan los chicos».

Pero todavía no logro pronunciar esta frase.

Descubrí mi orientación muy pronto. A los once años, ya lo sabía. Me atrae un chico del pueblo, llamado Sébastien, dos años mayor que yo. La casa donde vive, no lejos de la nuestra, cuenta con un anexo, una especie de granero. En el primer piso, después de subir por una escalera improvisada, se accede a una sala donde guardan todo tipo de trastos. Incluso hay un colchón. En ese colchón me revuelco por primera vez, abrazado a Sébastien. Aún no hemos llegado a la pubertad, pero ya tenemos curiosidad por el cuerpo del otro. El primer sexo masculino que agarro con la mano es el suyo. El primer beso me lo da él. El primer abrazo, piel contra piel, es con él.

A los once años.

A veces también vamos a refugiarnos a la caravana de mis padres, que

dejan aparcada en un garaje contiguo, durante la temporada baja (a partir de primavera, la instalan en el *camping* GCU de Saint-Georges-de-Didonne, vamos a pasar el fin de semana allí, caminamos por la playa, compramos churros en el paseo marítimo y gambas grises en el mercado que acaban en unos cuencos a la hora del aperitivo). Sé dónde está la llave. Huele a cerrado, está oscura, los gestos pueden volverse más precisos, el pudor no nos refrena.

Hoy me asombra nuestra precocidad, porque en aquella época no había internet, ni siquiera cintas de vídeo, ni Canal+, nunca hemos visto porno y, sin embargo, sabemos hacerlo, nos las apañamos. Hay cosas que no hace falta aprender, ni de niño. En la pubertad aún seremos más imaginativos. Llegará pronto.

Esa revelación no me amilana en absoluto. Al contrario, me encanta. En primer lugar, porque ocurre a salvo de las miradas ajenas, y los niños se vuelven locos por los juegos secretos y la clandestinidad que deja al margen a los adultos. En segundo lugar, porque no le veo nada malo a hacerse bien; con Sébastien siento placer, me parece inconcebible asociar el placer con una falta. Por último, porque adivino que esa situación sella mi diferencia. Así, no me pareceré a todos los demás. Al fin seré distinto a ellos. Dejaré de ser el niño modélico. No tendré que seguir al rebaño. Por instinto, detesto los rebaños. En este sentido, no he cambiado.

Más tarde, pues, me enfrento a la violencia que provoca esa supuesta diferencia. Oigo los famosos insultos, al menos las insinuaciones viperinas. Veo los gestos afeminados que exageran en mi presencia, los puños rotos, los ojos en blanco, las felaciones que imitan. Si me callo, es para no enfrentarme a esa violencia. ¿Por cobardía? Tal vez. Es una manera de protegerme, por fuerza. Pero no me desviaré. Jamás pensaré: está mal, o: debería haber sido como todo el mundo, o: voy a mentirles para que me acepten. Jamás. Me atengo a lo que soy. En silencio, desde luego. Pero un silencio testarudo. Orgulloso.

Recuerdo su nombre. Thomas Andrieu.

Me parece un bonito nombre, una hermosa identidad. Todavía no sé que algún día escribiré libros, que me inventaré personajes, que tendré que ponerles nombre a esos personajes, pero ya soy sensible a la sonoridad de las identidades, a su fluidez. Pero sí sé que a veces los nombres de pila traicionan un origen o un medio social, que anclan a quienes los llevan en una época.

Descubriré que Thomas Andrieu es una identidad engañosa, al fin y al cabo.

En primer lugar, Thomas no es un nombre habitual en plena década de los sesenta (dado que «mi» Thomas cumplirá dieciocho años en 1984). Los chicos suelen llamarse Philippe, Patrick, Pascal o Alain. En los años setenta, se imponen los Christophe, los Stéphane y los Laurent. En realidad, los Thomas no van a irrumpir hasta los ochenta. Así que el muchacho de ojos negros va adelantado a su época. O sus padres, más bien. Eso deduzco yo. Sin embargo, de nuevo descubriré que no es así. Su nombre era el de un abuelo suyo fallecido prematuramente, eso es todo.

Por otra parte, Andrieu es un enigma. Podría ser un apellido de general, de eclesiástico o de campesino. De todas formas, me parece un apellido de terrateniente, aunque no sé justificarlo del todo.

En resumen, que puedo imaginarme cualquier cosa. Y no me privo de ello. Algunos días, T. A. es un chico bohemio, procedente de una familia con simpatías por el Mayo del 68. Otros días, es hijo de un burgués, ligeramente desvergonzado, como lo son a veces los retoños que quieren fastidiar a sus padres envarados.

Mi manía por inventarme existencias; ya he hablado de eso.

En cualquier caso, me gusta repetir su nombre en secreto, en silencio. Me gusta escribirlo en trozos de papel. Soy un sentimental redomado; sigo igual, por cierto.

El caso es que, esa mañana, estoy en el patio y observo a hurtadillas a

Thomas Andrieu.

Se trata de algo que ya se ha producido, que ha tenido lugar antes. En numerosas ocasiones, he echado un vistazo en su dirección, fugazmente. También me lo he cruzado por los pasillos, lo he visto venir como a mi encuentro, lo he rozado, lo he sentido alejarse a mis espaldas sin darse la vuelta. He coincidido con él en el comedor, él almorzaba con gente de su clase, pero nunca hemos compartido mesa; las clases apenas se mezclan. Una vez, lo pillé en la tarima, durante una clase, debía hacer una presentación y algunas aulas son acristaladas; aquella vez aminoré el paso, era imposible que se fijara en mí, estaba demasiado enfrascado en la presentación, lo observé con detalle porque él no podía sospechar mi tejemaneje. En ocasiones, se sienta en los escalones de delante del instituto y se fuma un cigarrillo; he sorprendido su mirada ciega mientras el humo se le evapora de la boca. Por la tarde, lo he visto marcharse del instituto en dirección al Campus, el bar que linda con el centro en el cruce de la nacional 10, y entrar para reunirse con amigos, probablemente. Al pasar junto a las ventanas del bar, lo he reconocido atizándose una cerveza y jugando al *flipper*. Recuerdo el movimiento de sus caderas contra el *flipper*.

Pero no ha surgido ni una palabra; ningún contacto. Ni siquiera por descuido. Ni siquiera por casualidad.

Yo siempre me las he arreglado para no alargarme, para no sorprenderlo o incomodarlo por la insistencia de mis miradas.

Pienso: no me conoce, no me conoce de nada. Por supuesto, me habrá visto, claro está, pero nada se ha grabado en su memoria, ni la más mínima imagen. Quizá los rumores que corren sobre mí han llegado a sus oídos, pero él nunca se ha sumado a los que me silban o se burlan de mí. Tampoco hay ninguna probabilidad de que haya oído los elogios que me hacen los profesores; debe de pasar olímpicamente.

Para él soy un extraño.

Experimento un deseo de sentido único. Un impulso condenado a no colmarse. Un amor no compartido.

Siento el deseo hormigueándome en el vientre, recorriéndome el

espinazo. Pero debo contenerlo y domarlo permanentemente, para que no salte a la vista de los demás. Pues ya he comprendido que el deseo es visible.

También siento un impulso. Adivino un movimiento, una trayectoria, algo que me empuja hacia él, todo el rato. Pero debo permanecer inmóvil. Aguantarme.

El sentimiento amoroso me transporta, me hace feliz. Pero también me abrasa, me resulta doloroso, como todos los amores imposibles.

Pues tengo una consciencia muy aguda de esa imposibilidad.

A la dificultad puede adaptarse uno, desplegando esfuerzos, ardides, intentando seducir y embelleciéndose con la esperanza de vencerla. Pero la imposibilidad, por definición, encierra la derrota.

A todas luces, este chico no es para mí.

Y no porque yo no sea lo bastante seductor ni atractivo. Simplemente porque es una causa perdida para los chicos. No está hecho para ellos, para aquellos *como yo*. A él se lo ganarán las chicas.

Desde luego, todas lo rondan. Se acercan, buscan su atención, su presencia. Incluso las que aparentan indiferencia en realidad la fingen, pues su único objetivo es conseguir sus favores.

Él las deja hacer. Sabe que gusta. La gente que gusta lo sabe. Es como una certeza sosegada.

A veces las deja adelantarse. Ya lo he visto pegado a algunas de ellas; a menudo eran guapas. Al instante he experimentado la mordedura de unos celos fugaces. Y la de la impotencia.

Con todo, la mayor parte del tiempo las mantiene a distancia. Me parece que prefiere la compañía de sus congéneres, de sus semejantes. Que su afición por la amistad o la camaradería se impone a cualquier otra consideración. Sin embargo, eso no deja de sorprenderme, precisamente porque podría utilizar a la ligera el arma de la belleza, porque está en la edad de las conquistas, porque en ocasiones se quiere impresionar a los demás multiplicando las conquistas. Aunque su reticencia no me basta para albergar una secreta esperanza. Solo hace que me resulte más simpático aún. Porque admiro a aquellos que no ejercen el poder del que disponen.

También tiene afición por la soledad, es evidente. Fuma solo. Habla

poco. Sobre todo, tiene esa actitud, con el cuerpo contra el muro, con la mirada hacia el suelo, hacia sus zapatillas, esa manera de estar ausente del mundo...

Creo que me gusta por esa soledad. Que fue precisamente eso lo que me empujó hacia él. Me gusta tanto su atrincheramiento, su separación del exterior, como su falta de miedo. Esa singularidad me conmueve, me doblega.

Pero volvamos a esa mañana del invierno de 1984, un invierno de vientos violentos, de inclemencias, de naufragios en el canal de la Mancha, de tormentas de nieve en las cotas altas, cuyas imágenes vemos en el telediario de las ocho (todavía se dice las ocho, no las veinte horas).

Una mañana que debería parecerse a todas las demás, impregnada de mi deseo estéril, de su indiferencia hacia mí.

Aunque las cosas no ocurren como estaba previsto.

Cuando la pausa toca a su fin, cuando algunos alumnos empiezan a recorrer los pasillos, a abandonar el frío punzante del patio de recreo y las conversaciones sobre política, programas de televisión y las próximas vacaciones de febrero, cuando Nadine, Geneviève y Xavier se alejan para ir a recoger sus carteras a la sala polivalente, dejándome solo, en cuclillas, atareado buscando un libro de ciencias naturales en el desorden de mi mochila, adivino repentinamente una presencia junto a mí. Reconozco de inmediato las zapatillas de deporte blancas, y es como una crucifixión, levanto la cabeza despacio en dirección al chico que me domina; tras él, un cielo azul inmaculado y los rayos de un sol frío. Thomas Andrieu está solo, también, probablemente sus compañeros anden subiendo las escaleras camino de un aula, más tarde me contará que se inventó un pretexto para quedarse atrás, para que no lo esperaran, como que debía ir a la biblioteca a sacar una revista o algo así. Está de pie en medio del frío invernal y yo me encuentro a sus pies. Me levanto, inquieto, estupefacto, pero intentando no mostrar mi inquietud, mi estupor. Temo que me aseste un puñetazo, sí, se me pasa por la cabeza que me parta la cara sin testigos, ignoro por qué podría hacer algo así, tal vez porque los insultos ya no bastan y hay que

pasar a la acción, en cualquier caso, me digo que cabe la posibilidad, que puede ocurrir; eso dice mucho sobre la antipatía que creo provocar. Y sobre mi ceguera también. Porque me dice con calma: no me apetece ir al comedor este mediodía. Podríamos tomar un bocata en el centro. Conozco un sitio. Me da una dirección. Y una hora exacta. Yo lo miro de hito en hito. Le digo: allí estaré. Baja los párpados poco a poco; sus ojos cerrados, por un instante, como un alivio, como una confirmación. Y se aleja, sin añadir nada. Yo me quedo con el libro de biología en las manos, aturdido, antes de ponerme en cuclillas de nuevo para cerrar la mochila. Sé que esta escena acaba de producirse, no estoy loco, pero me parece *inverosímil*. Escruto el pavimento, oigo la soledad haciéndose a mi alrededor, el despoblamiento del patio de recreo, el silencio que se impone.

Durante mucho tiempo volveré a pensar en ese momento, en el que el joven se me acerca a paso seguro. Volveré a pensar en él como en un intersticio ideal, en una brecha extraordinariamente breve, como en una oportunidad casi improbable. Si mis amigos no me hubieran dejado atrás, si él no hubiera logrado convencer a los suyos de que se le adelantaran, ese momento no habría sucedido. Hubiera bastado con casi nada.

Trato de medir la parte del azar, la parte de suerte, trato de evaluar la naturaleza de los avatares que llevaron al encuentro y no lo consigo. Resulta imponderable. (Posteriormente, me confesará que antes de abordarme había esperado varias veces esa configuración perfecta, pero que nunca se había producido. Hasta aquella mañana).

Años después, escribiré a menudo sobre lo imponderable, sobre lo imprevisible que determina los acontecimientos.

Asimismo, escribiré sobre los encuentros que vuelven las tornas, sobre las conjunciones inesperadas que modifican el curso de una existencia, sobre los cruces involuntarios que desvían las trayectorias.

Todo eso empieza entonces, en el invierno de mis diecisiete años.

A la hora acordada, empujo la puerta del bar.

Está a la salida del pueblo. Me sorprende que haya elegido ese lugar, nada céntrico ni de fácil acceso. Pienso: deben de gustarle los sitios alejados del bullicio. Aún no he comprendido que lo ha elegido precisamente porque está a salvo de las miradas ajenas. Soy así de inocente, así de imbécil. Aunque estoy acostumbrado a ser prudente y cultivo el arte de no inmutarme ante las provocaciones, todavía no sé nada del disimulo y la clandestinidad. Lo descubro entonces, junto con el bar, las afueras del pueblo y la escasa parroquia. La gente congregada allí solo está de paso, en su mayoría son camioneros que hacen un alto antes de marcharse, de reanudar su periplo. O carreristas que han ido a completar la quiniela hípica. O viejos borrachines, acodados en la barra, con la mirada vidriosa, que se despachan contra *él poder de los sociatas y los comunistas*. En cualquier caso, gente que no nos conoce, para quienes no significamos nada, a quienes no les sonamos de nada, y que se olvidarán de nosotros en cuanto pongamos un pie en la calle.

Cuando franqueo el umbral del establecimiento, él ya está allí. Se las ha arreglado para llegar antes que yo, tal vez para llevar a cabo una inspección, para asegurarse de que no corremos ningún riesgo, y para que no nos vean entrando juntos.

Mientras me acerco a él, me fijo en el embaldosado mugriento porque se me pega a las suelas de los zapatos, en las mesas de fórmica azul celeste y amarillo canario, me imagino la esponja húmeda que pasan a toda prisa después de recoger las tazas de café vacías y las jarras de cerveza, veo los anuncios de Cinzano y de Byrrh colgados en las paredes, una Francia de los años cincuenta. Detrás de la barra, un tipo de expresión severa, con un trapo doblado encima del hombro, que parece salido de una película de Lino Ventura. Me siento un intruso, un error.

Thomas se ha instalado al fondo de la sala, con la voluntad de pasar desapercibido. Fuma, o más bien da una calada nerviosa a un cigarrillo (todavía se puede fumar en los bares). Ante él, una cerveza de barril (se sirve alcohol a los menores de edad). A medida que me acerco, advierto ese nerviosismo, que en realidad no es más que timidez, algo a medio camino entre la torpeza y la emoción, una especie de confusión, más que de aprensión. Me pregunto si siente vergüenza, quiero creer que se trata tan

solo de cierto bochorno, de la manifestación de su pudor. También reconozco su hosquedad, que lo mantiene aparte. Eso me turba porque recuerdo su seguridad varonil, su confianza sosegada; que haya perdido la soberbia podría echarme para atrás, pero en realidad nada me emociona tanto como el resquebrajamiento de las armaduras y la persona que se revela entonces.

Cuando me siento frente a él, sin decir palabra, al principio no levanta la cabeza. Mantiene la mirada fija en el cenicero. Da unos golpecitos al cigarrillo para que caiga la ceniza, pero no está lo bastante consumido. Se trata de un gesto cuyo único fin es permitirle mantener la compostura, y cuya única consecuencia es que delata aún más su vulnerabilidad. No toca la cerveza. Yo persisto en el mutismo, convencido de que le corresponde a él hablar primero, puesto que ha tomado la iniciativa de esa extraña invitación. Intuyo que mi mutismo acentúa su incomodidad, pero ¿qué le voy hacer?

Por mi parte, estoy temblando. Siento los temblores en la osamenta, como cuando arrecia el frío, apoderándose de ti en el momento en que menos te lo esperas, sacudiéndote. Me digo: debe de ver el temblor, al menos.

Y, al fin, habla. Me esperaba palabras corrientes para romper el hielo, para arrancarnos de la incongruencia e instalarnos en la banalidad. Podría preguntarme cómo estoy, o si me ha costado encontrar el local, o qué quiero tomar, entonces yo comprendería esas preguntas y contestaría con avidez, alborozado por tener una tabla de salvación, una manera de aplacar los temblores.

Pero no.

Dice que nunca había hecho esto antes, nunca, que ni siquiera sabe cómo se ha atrevido, cómo se ha sentido capaz, cómo ha salido de él, me da a entender todas sus preguntas, todas sus dudas, todas las negaciones por las que ha pasado, todos los obstáculos que ha debido superar, todas las objeciones que ha refutado, la lucha interior, íntima y silenciosa que ha librado para llegar hasta aquí, pero añade que lo ha logrado porque no tenía más remedio, porque debía hacerlo, porque se ha impuesto como una necesidad, porque se había vuelto demasiado agotador como para seguir

luchando. Le da otra calada al cigarrillo, casi lo muerde, el humo le nubla la mirada. Dice que no sabe qué hacer, pero que es así, de manera que me lo entrega como un niño que tira los juguetes a los pies de sus padres.

Dice que ya no aguanta más *solo con este sentimiento*. Que es demasiado hiriente.

Con estas palabras ha entrado en el meollo de la cuestión, no se ha andado con rodeos. Podría haberse entregado a maniobras dilatorias, a contorsiones semánticas, o simplemente claudicar. Podría haber querido comprobar de antemano que no se equivocaba respecto a mí. Por el contrario, ha decidido ofrecerse, mostrarse al desnudo, expresar, a su manera, el impulso que lo empuja hacia mí, a riesgo de ser objeto de incomprensión, burlas o rechazo.

Le digo: ¿por qué yo?

Una manera de ir al grano, a mi vez, de estar en la misma inmediatez, la misma franqueza. Una manera también de validar todo el resto, todo lo expuesto, de liberarnos. De decir: lo he captado, todo me vale, todo me parece bien, todo es compartido.

Y eso que estoy atónito por lo que me ha dicho, porque no me lo esperaba en absoluto, porque todo está en contradicción con mis certezas. La información que acabo de recibir es una revelación absoluta, una revelación, un deslumbramiento. También es una deflagración, una bala disparada junto a mi tímpano.

Pero he adivinado, en una fracción de segundo, que debía estar a la altura de los acontecimientos, que él no aguantaría un balbuceo o un gesto de estupor, que debía estar a la altura de ese acontecimiento, de lo contrario todo se derrumbaría, acabaría enterrado.

Y sé, por instinto, que una nueva pregunta puede salvarnos de la caída, del desastre.

La cuestión se ha impuesto por sí sola: ¿por qué yo?

Las imágenes se atropellan: las gafas de miope, el jersey de rombos informe, el alumno de bofetada, las notas demasiado buenas, los gestos afeminados. La pregunta está justificada.

Dice: porque tú no eres como los demás, porque solo se te ve a ti, aunque no te des cuenta.

Añade esta frase, para mí inolvidable: «porque tú te marcharás y nosotros nos quedaremos».

Se me saltan las lágrimas transcribiendo estas palabras.

Me fascina que alguien pronunciara esta frase, que me la dirigiera. Me explico: lo que me fascina no es la eventual premonición que contiene, ni siquiera que se cumpliera. Tampoco la madurez ni el fulgor que supone. Ni tampoco la exactitud de las palabras, aunque cobraré consciencia de que yo no hubiera podido encontrarlas entonces, ni escribirlas más tarde, desde luego. Lo que me fascina es la violencia de lo que significan, de lo que encierran: la inferioridad que expresan, al mismo tiempo que el amor subyacente que revelan, el amor vuelto necesario por mi partida, inevitable, el amor hecho posible por ella, también.

Sabe algo que yo no sé: que me marcharé.

Que mi existencia transcurrirá en otra parte. Lejos, muy lejos de Barbezieux, de su languidez, de sus cielos plumizos, de su horizonte encapotado. Que me escaparé como quien se evade de una cárcel, que lo conseguiré.

Que aspiraré a la capital, que allí floreceré, encontraré mi lugar y lo convertiré en mi lugar.

Que, a continuación, surcaré el mundo, porque no estoy hecho para el sedentarismo.

Se imagina un ascenso, una elevación, una epifanía. Cree que estoy destinado a un futuro brillante. Está convencido de que en el seno de nuestra comunidad, casi olvidada por los dioses, solo puede existir un número ínfimo de elegidos y que yo formo parte de ellos.

Piensa que pronto ya no tendré nada que ver con el mundo de mi infancia, que será como un bloque de hielo separado de un continente.

Si hubiera expresado esta convicción, yo me habría echado a reír.

Ya lo he dicho: en ese momento no albergo ninguna ambición. Desde luego, he aceptado que tendré que completar unos estudios largos y prestigiosos —soy tan disciplinado, tan deferente—, pero ignoro a dónde me llevarán; he adivinado que tendré que escalar por desfiladeros —porque tengo cualidades de trepador—, pero las cumbres siguen siendo borrosas, imprecisas; a fin de cuentas, mi futuro está envuelto en la niebla, y me da absolutamente igual.

Peor aún: ignoro que algún día escribiré libros. Se trata de una hipótesis que ni siquiera es concebible, que no entra de ninguna manera en el campo de posibilidades, que supera con creces mi imaginación. Y si casualmente se me pasara por la cabeza, la descartaría enseguida. ¿El hijo del director de escuela, convertido en un saltimbanqui? Jamás de los jamases. Escribir libros no es una ocupación apropiada y, sobre todo, no es una profesión, no da dinero, no aporta seguridad ni estatus. Además, la literatura no forma parte de la auténtica vida, está fuera de ella o al margen. Porque en la vida hay que mojarse, a la vida hay que acometerla de frente. ¡No, ni hablar, hijo mío, ni se te ocurra! Todavía oigo a mi padre.

Ya lo he mencionado: no tengo ganas de ir a otro lugar, ni deseos de fuga. Más tarde sí que me invadirán, me desbordarán. La cosa empezará, como suele ocurrir, con la afición a viajar, a los territorios nuevos, los de las postales y los mapamundis. Cogeré trenes, barcos, aviones, recorreré toda Europa. Descubriré Londres, un albergue juvenil cerca de la estación de Paddington, un concierto de Bronski Beat, las tiendas de ropa de segunda mano, los arengadores de Hyde Park, las noches de cerveza, los juegos de dardos, algunas noches salvajes. Roma, caminar entre las ruinas, resguardarse bajo los pinos piñoneros, lanzar monedas a las fuentes, observar a los muchachos con el pelo engominado silbando a las chicas que pasan, la vulgaridad y la sensualidad. Barcelona, los vagabundeos ebrios por las Ramblas y los encuentros azarosos frente al mar, tarde. Lisboa y la

tristeza que me asalta ante tanto esplendor marchito. Ámsterdam y sus volutas envolventes y sus neones rojos. Esas cosas que se hacen a los veinte años, ya saben. Después llegará la afición por el movimiento, la imposibilidad de quedarse quieto, la aversión a aquello que arraiga, que retiene; «ir a donde sea pero cambiar de paisaje», dice una canción; me acuerdo de Shanghái, de la muchedumbre bulliciosa, de la fealdad, de una ciudad artificial a la que ni siquiera salva la majestuosidad del río, me acuerdo de Johannesburgo, del hecho de ser un extranjero blanco en una ciudad negra, qué provocación, me acuerdo de Buenos Aires, de la gente sublime y desesperada que baila sobre un volcán, de mujeres de piernas interminables y de ancianas aguardando un regreso que no sucederá. Más tarde, la necesidad de exilio, de poner miles de kilómetros entre Francia y yo, de poner una diferencia horaria, considerando seriamente instalarme en Los Ángeles, de verdad, para no volver jamás. Pero a los diecisiete años, nada, nada de eso. No quiero marcharme.

Thomas Andrieu dice que todo debe quedar en secreto. Que nadie debe saberlo. Que esa es la condición. Que o lo tomo o lo dejo. Aplasta el cigarrillo en el cenicero. Levanta la cabeza, al fin. Observo sus ojos armados de una oscura determinación, casi inyectados en cólera. Le digo que de acuerdo. Me impresiona esa exigencia, ese ardor en su mirada.

Mil preguntas me dan vueltas en la cabeza: ¿cómo empezó para él?, ¿cómo se impuso?, ¿y cuándo?, ¿cómo puede ser que nadie se dé cuenta?, sí, ¿cómo puede ser que resulte imposible de detectar hasta tal punto? Y luego: ¿le hace sufrir?, ¿solo sufrir? Y además: ¿seré el primero?, ¿o ha habido otros antes que yo, otros igual de secretos? Y también: ¿qué se imagina *exactamente* respecto a nosotros? No planteo ninguna de estas preguntas, por supuesto. Acepto su dominación, sus reglas del juego.

Dice: conozco un sitio.

La brusquedad, la brutalidad de la propuesta me desconciertan. Hace apenas una hora éramos perfectos desconocidos, o al menos eso creía yo, dado que no había detectado su deseo por mí, no me había dado cuenta de que Thomas había llegado a echarme vistazos a escondidas, ignoraba que se había informado sobre mí, que había recorrido tanto camino, bueno, sí, vuelvo atrás: éramos perfectos desconocidos y resulta que me propone, a bocajarro, llevarme a no sé dónde para hacer no sé qué.

Le digo: te sigo.

En ese instante le seguiría a dónde fuera, haría todo lo que me pidiera.

Sin embargo, estoy convencido de que eso no existe, semejante rapidez, semejante facilidad, que eso solo ocurre en las películas, en las novelas malas o bien en las grandes ciudades, donde abunda la costumbre del ligue, del folleto, de las relaciones urgentes y desacomplejadas. Recuerdo que una vez vi a dos desconocidos acercarse, marcharse juntos con un simple guiño y desaparecer tras una puerta cochera, en las inmediaciones de la estación de Burdeos-Saint-Jean, cerca del *sex-shop*, tenía quince años y eso me chocó, me turbó, pero sobre todo me dejó incrédulo, repitiéndome sin cesar: debo de equivocarme, serán imaginaciones mías, la gente no se encierra así con el primero que pasa, debo de haberlo malinterpretado. Todavía estoy en ese punto. En esa virginidad. Ya se imaginan.

Se levanta y deja cinco francos encima de la mesa para pagar la cerveza que apenas ha tocado. Sale, yo le piso los talones. Caminamos en silencio, él siempre un poco por delante de mí, a paso vivo, con los hombros encogidos, y no solo por el frío, ha vuelto a encender un cigarrillo. A veces me quedo rezagado, observándole con detalle la espalda, examinándole los músculos nudosos de la espalda, la piel lechosa, salpicada de lunares, y

entonces debo apretar el paso para alcanzarlo.

Para mi gran sorpresa, volvemos al instituto, pero en el último momento nos desviamos hacia el gimnasio, vacío a esa hora. Y cerrado. O eso supongo yo, al menos. Pero Thomas lo ha previsto todo. Rodea la construcción prefabricada, se encarama a un murete, llega a una pequeña ventana, la empuja y esta cede, abriéndose. Se abalanza al interior. Me pregunto cómo conoce esa abertura, si ya la ha utilizado anteriormente. Lo sigo. Me tiende la mano para que pueda entrar a mi vez. Pienso que esa mano tendida es nuestro primer contacto. Que antes jamás lo había tocado. Que ocurre entonces, en el transcurso de ese allanamiento. Tiene la piel suave.

El lugar está desierto, huele a sudor, el recuerdo del esfuerzo de los jóvenes, los efluvios de una limpieza más que dudosa. Nuestros pasos resuenan. El suelo rechina. En un rincón, el cubo de las pelotas. Thomas prosigue su camino, me conduce hacia los vestuarios, hasta las duchas.

Hacemos el amor allí.

El amor son las bocas que se buscan, que se enganchan, los labios que se muerden, un poco de sangre, el pelo de su barba que me irrita el mentón, sus manos empuñando mi mandíbula, para que no me escape.

Es la maraña de su pelo, en la que deslizo los dedos, la rigidez de su nuca, mis brazos que se cierran en torno a él, que lo ciñen, para estar más cerca, para que no haya espacio entre los dos.

Son los torsos que se abrazan, de los que arrancamos la ropa, prenda a prenda, pero a toda prisa, el jersey de rombos y la camiseta, para que las epidermis se toquen. Su torso es musculoso, imberbe, con los pezones planos y oscuros; el mío es flaco, pero aún no está hundido como lo estará más tarde tras las embestidas de una compresión torácica por parte de un médico de urgencias, parece un torso de enfermo.

Son las espaldas que acariciamos con frenesí. En la suya distingo, bajo mis dedos, tal y como había supuesto, el bombeo de los lunares.

Son los tejanos que desabrochamos. Descubro su sexo, venoso, blanco, suntuoso. Me quedo maravillado ante ese sexo. Necesitaré años y muchos

amantes para volver a experimentar ese deslumbramiento.

El amor son los sexos en las bocas, cierta torpeza a pesar del frenesí. Es aguantarse para no gozar, de lo fuerte que es la excitación. Es el abandono, la confianza loca en el otro.

Adivino que, para él, no es la primera vez. Sus movimientos parecen demasiado seguros, demasiado sencillos, como para no haberlos llevado a cabo antes, con otro, con varios otros, tal vez.

Además, me pide que lo tome, que entre en él. Dice las palabras, sin vergüenza, sin dar órdenes tampoco. Yo le obedezco. Me da miedo. Sé que puede doler. Que puede doler si el otro no sabe hacerlo. Que la cavidad puede resistirse. Escupo en mi rabo y empiezo muy despacio.

Hacemos el amor sin condón.

Aunque el sida ya está presente. Incluso se conoce por su verdadero nombre. Ya no lo llaman el cáncer gay. Está presente, pero nos creemos a salvo, no sabemos nada de los estragos que va a causar, que nos privarán de nuestros mejores amigos, de nuestros antiguos amantes, que nos obligarán a reunirnos en cementerios, a tachar nombres de la agenda, que nos enfurecerán por tantas ausencias. Está presente pero todavía no nos da miedo. Además, creemos que estamos protegidos por nuestra juventud extrema. Tenemos diecisiete años. No se muere a los diecisiete años.

El sufrimiento se transforma en gozo. Llega el placer.

Y, justo después, la fatiga, una fatiga gigantesca, que nos deja atontados, mudos, aturdidos. Tardamos varios minutos en recobrarnos. Volvemos a vestirnos, sin mirarnos, sin decir palabra siquiera.

Yo querría hacer algún gesto de ternura, pero no puedo.

Abandonamos el gimnasio igual que hemos entrado. Nos colamos por la ventana, regresamos al aire punzante de afuera, al invierno.

Dice: adiós.

Y se aleja. Desaparece.

Debería permanecer en el deslumbramiento. O en la estupefacción. O dejar que me desbordara la incompreensión. Sin embargo, el sentimiento que se impone en el instante en que desaparece Thomas es el de ser *abandonado*.

Tal vez porque se trata de un sentimiento que *ya* he experimentado.

Sucede en una feria, la que se instala una vez al año, en Semana Santa, en la plaza del castillo. Tiovivos e incluso un carrusel de caballitos de madera, autos de choque, un juego de tiro al blanco con carabina, peluches rosas y azules para los ganadores, de todos los tamaños, un tobogán, máquinas tragaperras, sacos de boxeo para medir las fuerzas, puestos de golosinas, el olor del algodón de azúcar, de los gofres, bares para los mayores, un animador que habla a tontas y a locas con un micro sin que nadie sepa dónde está, música demasiado fuerte, todo el rato, pero ni un solo payaso, ni un solo ilusionista, demasiado caros para un pueblo como Barbezieux, sin duda. Tengo siete años. Mi madre me ha llevado a la feria. He insistido tanto... Donde vivimos no hay ninguna diversión, salvo esta, una vez al año, por Semana Santa. Mi madre ha cedido. Soy un niño deslumbrado. Quiero montar a los caballitos todo el rato, tirarle de la cola a Mickey, probar todas las atracciones, soy agotador y no me doy cuenta del agotamiento de mi madre. Tampoco me doy cuenta de que se ha encontrado con una vecina y empieza a charlar con ella, pues estoy demasiado ocupado mordisqueando la manzana caramelizada que me ha comprado, que devoro contemplando los autos de choque, fascinado por los golpes, los gritos y las luces de colores de la pista. Tan ocupado que me dejo arrastrar por la muchedumbre, compacta, desordenada y alegre, que no presta atención a un niño menudo. La muchedumbre me aleja de mi madre. Cuando me percató, es demasiado tarde, ella ya no está en mi campo visual. Entonces, de repente, recuerdo lo agotada que estaba hace un momento, ha dicho: me agotas, recuerdo las palabras «me agotas». En una fracción de segundo, deduzco que ha decidido abandonarme aquí, porque ya no aguantaba más, porque yo estaba demasiado agitado, me convenzo de que se ha largado, de que no volveré a verla nunca más, de que ya se ha terminado, de que seré un niño perdido para siempre. Acto seguido, me echo a llorar, o a gritar, es una especie de lamento desgarrador, dejo caer la manzana al suelo. Y corro en la dirección en la que me ha parecido distinguirla por última vez, no está, entonces corro en todas direcciones, tropezándome con las piernas de los mayores. Probablemente, apenas recorro unos metros, pero el recuerdo que guardo es el de una carrera interminable, anárquica, extenuante, el de una

prueba que me sume en el estupor, el espanto y una tristeza infinita. Al final, mi madre me encuentra, me agarra y me echa una bronca, ella también estaba aterrada, se ha alarmado al cobrar consciencia de que ya no me veía, me ha buscado por todas partes, ha gritado a voz en cuello mi nombre y yo no la he oído, el animador del micro, la música demasiado fuerte, las risas de la gente, me grita, decididamente, soy imposible, no debo alejarme ni soltarle la mano, me agarra todavía más fuerte, me duele el brazo, el miedo se ha apoderado de mi madre, pero, a esa edad, yo no lo sé, solo siento su ira, una ira que me deja aturullado. Hace unos instantes me imaginaba que era huérfano y, cuando encuentro a mi madre, me llueven los reproches. Nunca más me gustarán las ferias. Y me quedará grabado el pánico al abandono.

Cuando Thomas desaparece en la esquina de la calle del gimnasio, tengo siete años otra vez.

Los días siguientes son una auténtica pesadilla.

Ya me figuro que mi amante no se me acercará, dado que me ha exigido silencio, que ha decretado un tabú. Si por casualidad me saludara, si se contentara con saludarme, aunque fuera de lejos, los demás alumnos se fijarían enseguida en semejante extravagancia. Porque, ya lo he dicho, pertenecemos a dos círculos distintos, sin intersección posible: cualquier conjunción, incluso furtiva o accidental, resulta simple y llanamente impensable. No tiene sentido arriesgarse, ya lo he entendido.

Ya lo he entendido y, sin embargo, no puedo dejar de esperar alguna señal que solo podamos detectar nosotros, algún roce que parezca fruto del azar, algún guiño que no descubra nadie, alguna sonrisa fugaz. Sueño con una sonrisa fugaz.

Pero nada. Nada de nada.

Invisibilidad, la mayor parte del tiempo. Como si llegara al instituto en el último momento, como si se marchara en cuanto suena la campana, como si prácticamente nunca saliera del aula.

Y los escasos segundos arañados en el patio o en los pasillos: una indiferencia absoluta. Peor que la frialdad. Un espectador atento incluso

distinguiría cierta hostilidad y voluntad de mantenerse a distancia.

Esa impermeabilidad me mortifica. Favorece todas las hipótesis.

Me digo: ¿y si se arrepiente? ¿Y si, para él, no hubiera sido más que un arrebató de locura, un error trágico, un descarrío grotesco? Se comporta como si no hubiera ocurrido nada, o como si hubiera que olvidarlo y enterrarlo todo. De hecho, es algo más fuerte que un olvido: se parece a una negación. De repente solo veo eso: su retractación. Afronto la negación de lo que nos ha precipitado en brazos del otro; la supresión de la imagen.

Para escapar a semejante condena, que casi parece una excomunión, trato de mitigarlo: tal vez esté decepcionado, simplemente, tal vez no me haya mostrado a la altura de sus esperanzas, de su deseo. Me repito, contra la evidencia: una decepción se puede corregir, se puede compensar. Ya estoy deseando mendigarle una segunda oportunidad. Me aferro a la eventualidad de la redención.

Pero, evidentemente, me acuerdo de mi flacura, de mi miopía, de la debilidad de todo mi cuerpo, de la fealdad del jersey de rombos, y de la supuesta superioridad que aleja; tantos defectos, tantas derrotas. Vuelvo a ser el que era antes, el chico que intriga, no el que gusta. Me digo que lo de gustar apenas ha durado el tiempo de un abrazo, en un vestuario. Que gustar no ha sido más que una ilusión.

Descubro la mordedura de la espera. Porque me niego a darme por vencido, a creer que la cosa no tiene futuro, que no volverá a repetirse. Me convengo de que me dedicará algún gesto, de que la memoria de los cuerpos enredados vencerá sus resistencias. Me digo que no solo era una historia de cuerpos, sino de necesidad. Que no se puede luchar contra la necesidad. O, si se lucha, que esta acaba imponiéndose.

Descubro la mordedura de la añoranza. La añoranza de su piel, de su sexo, de lo que poseí y me arrebataron, cosa que deben devolverme, so pena de demencia.

Más tarde, escribiré sobre la añoranza. Sobre la privación insoportable del

otro. Sobre la desdicha que provoca esa privación; una pobreza que se cierne. Escribiré sobre la tristeza que corroe, sobre la locura que amenaza. Se convertirá en la matriz de mis libros, casi a mi pesar. A veces me pregunto si he llegado a escribir sobre otra cosa. Como si jamás me hubiera recobrado de eso: *el otro que se ha vuelto inaccesible*. Como si ocupara todo mi espacio mental.

La muerte de muchos amigos míos, en plena juventud, agravará esa peculiaridad, ese dolor. Su muerte prematura me sumirá en los abismos de la tristeza y la perplejidad. Deberé aprender a sobrevivir a ellos. Y la escritura puede ser una buena manera de sobrevivir. Y de no olvidar a los desaparecidos. De continuar el diálogo con ellos. Pero la añoranza probablemente nazca en ese primer abandono, en una estúpida quemadura amorosa.

Descubro que la ausencia tiene cierta consistencia. Tal vez la de las aguas sombrías de un río, parece petróleo, en cualquier caso, es un líquido cenagoso, que ensucia, en el que te debates y te ahogas. O bien cierta espesura, la de la noche, un espacio indefinido, donde no tienes referencias, donde podrías tropezarte, donde buscas una luz, un simple destello, algo a lo que aferrarte, algo para guiarte. Pero la ausencia es, ante todo, el silencio, ese silencio envolvente, que hace presión sobre los hombros, en el que uno se sobresalta en cuanto oye un ruido imprevisto, que no puede identificar, o el rumor de afuera.

Para no desmoronarme por completo solo se me ocurrió esto: me acuerdo del cuerpo, del sexo blanco, de los lunares. El recuerdo deslumbrante me salva de la ruina.

Tendrán que transcurrir nueve días antes de que Thomas se acerque a mí de nuevo.

Nueve días. Los conté. La cifra se me quedó grabada.

Nos cruzamos en un pasillo sombrío a causa de la lluvia invernal, una de esas lluvias que invitan a la noche en pleno día. O, para ser exacto, salgo de la biblioteca, he vuelto a sacar un libro en préstamo, no recuerdo el título, ¿acaso era *Por la parte de Swann*, que intenté leer en aquella época de mi vida, sin éxito? En cualquier caso, no era una novela contemporánea, sin duda, porque no abundaban, la gente del Ministerio de Educación debía de pensar que tenían que protegernos del presente, encerrarnos en el pasado, obligarnos a conocer los clásicos, mantenernos en nuestro estado de pequeños monos amaestrados, así que abandono la biblioteca, sujetando el libro con fuerza contra el costado, todavía estoy pensando en el préstamo, y Thomas camina en mi dirección, y eso me encanta, y eso me deja petrificado, me doy cuenta de que mete la mano en el bolsillo trasero de los tejanos, de que saca algo, un trozo de papel, que me entrega a toda prisa, con la esperanza de no ser desenmascarado, y prosigue su camino, me digo que ya lo tenía preparado, que esperaba que el azar lo pusiera en mi presencia en circunstancias favorable para pasar a la acción, me desconcierta ese exceso de precaución, en otro contexto podría parecerme ridículo, pero he intuido que es presa del miedo, del pánico, adivino que tiene tanto miedo que no puede ser únicamente a que le descubran, sino también miedo a sí mismo, *miedo a lo que es él*.

Espero que cese el baile de las idas y venidas por el pasillo, que se quede vacío, aunque llegue tarde a la clase a la que debo acudir, y despliego el trozo de papel. Solo menciona un lugar y una hora (nada más, ni mi nombre, ni su firma, ni una palabra de cortesía, ni de esperanza, así las cosas se reducen a lo esencial, así se niega el sentimiento, así el trozo de papel no podrá utilizarse jamás como prueba para acusarnos). Tenemos una nueva cita.

Ha elegido una caseta, la que linda con el campo de fútbol, donde se guardan los balones, la ropa y equipos varios. El campo está vacío, de todas formas, llueve tanto que resulta impracticable, corro bajo el diluvio,

manchándome el bajo de los pantalones de barro. Cuando llego cerca de la caseta, observo que la puerta está entreabierta. Thomas me espera dentro, con la ropa empapada y el pelo chorreando, las gotas le resbalan por las mejillas, acaba de llegar. Le pregunto cómo lo ha hecho, cómo ha abierto la puerta, dudo que tenga la llave y en general esas dependencias están cerradas para que nadie robe lo que hay almacenado, me cuenta que ninguna cerradura se le resiste, que hace eso, forzar cerraduras, desde que es muy pequeño, que a su padre y a sus primos les hace mucha gracia que sea tan hábil, que incluso le piden regularmente que lleve a cabo ese juego de manos después de la comida de los domingos, es un poco mago.

Me doy cuenta entonces de que se trata de nuestra primera conversación.

Hasta ese momento, solo había hablado él. En el bar, con los borrachines y los apostantes, yo no dije ni pío. Después, en el gimnasio, solo hubo sexo. Ahora, aquí, hablamos de esto: cómo abrir una cerradura con una ganzúa, ese don que descubrió tener, que ha ido perfeccionando, que le vale elogios y ánimos. Sonrío mientras me cuenta la historia. También es mi primera sonrisa dedicada a él. Me devuelve la sonrisa. Me da la impresión de que eso crea una intimidad al menos igual de fuerte que la de las pieles imantadas, pegadas la una a la otra.

Sigue chorreándole el pelo, pegándosele a la frente, su belleza es despampanante. Se pone en cuclillas sobre un colchón. Yo lo imito.

No le digo: ¿por qué has tardado tanto en manifestarte?, ¿tenías dudas?, ¿habías decidido no volver a verme, antes de cambiar de opinión? Sé, de manera intuitiva, que no debo preguntarle nada ni pedirle explicaciones. Eso me abruma.

No le digo: te he echado de menos. Sé que no debo mostrarme sentimental, que cualquier confesión le va a horrorizar.

Hablo de cerraduras. Y no me parece ninguna metáfora. Simplemente porque no hay.

Y luego se hace el silencio. Las miradas cambian; de repente, están veladas por la timidez y el deseo. Llegan los besos; besos carnívoros.

Una vez saciado el deseo, cumplido el deseo, derramado el esperma y ahítos los cuerpos, pienso que será como la vez anterior, en el gimnasio: el mutismo, las miradas apartadas, la separación precipitada. Pero Thomas decide que sea de otro modo. Dice que todavía llueve demasiado, que es mejor esperar, que no va a venir nadie. Comprendo que tiene la intención de expresarse.

Dice que vive en Lagarde-sur-le-Né. Conozco el pueblo, mi abuela murió allí. Digo pueblo, pero en realidad debería decir aldea, carece de centro urbano, sobre todo hay granjas, el municipio está comunicado por una carretera comarcal, precisamente en esa carretera arrollaron a mi abuela. Fue al anochecer, durante el crepúsculo, estaba cruzando detrás de mi abuelo, no sé qué hacían allí los dos, supongo que me lo contarían pero ya no me acuerdo, tal vez habían quedado con amigos que vivían allí, acababan de aparcar el coche en el arcén, tenían que cruzar, él pasó primero, como siempre, y ella no oyó una camioneta que se acercaba, el choque no fue brutal pero sí suficiente para que sucumbiera a las heridas. Mi abuelo no vio el accidente, estaba de espaldas, oyó el frenazo y la colisión, cuando se dio la vuelta, el cuerpo estaba echado sobre la calzada, la cabeza se había golpeado contra el asfalto y ese traumatismo resultó fatal, al parecer. Mi abuela no tenía ni sesenta años, yo era muy pequeño cuando se marchó, no guardo recuerdos de ella, simplemente veo a una mujer imprecisa con el pelo gris de pie tras unos ventanales, pero probablemente sea una imagen inventada, tal vez jamás existió. Conozco la historia porque me la contaron, porque se lamentaban de ese despiste, ese golpe de mala suerte, morir en una carretera por la que nunca pasa nadie, echaban las culpas a la luz rasante, repetían: un minuto antes o después, no hubiera sucedido nada, me acuerdo de esta expresión, «un minuto antes o después».

Al cabo de los años, Patrice Chéreau me dijo, sin saber nada de ese drama: la gente que muere arrollada a veces lo hace a propósito, se arroja bajo las ruedas de un coche, suele ser el caso cuando un accidente parece incomprensible, cuando todo el mundo asegura que se podría haber evitado. Incluso hizo pronunciar una réplica parecida a uno de sus personajes de

Persecución, su última película. Decía: a todo el mundo le conviene creer en un accidente, no es tan embarazoso como un suicidio.

Me pregunté si mi abuela se había suicidado. No tengo ni la más remota idea. En el fondo, creo que me gustaría bastante que se hubiera matado, habría sido el único acto de mujer libre de toda su existencia, su único comportamiento iconoclasta, ella que se pasó la vida teniendo hijos (siete en unos veinte años), criándolos, y obligada a permanecer a la sombra de un marido promiscuo y elogiado.

Así, pues, Thomas Andrieu reside en ese pueblo, sinónimo de muerte.

Vive en una granja. Sus padres son campesinos que poseen pequeñas hazas, gente humilde, que vende el producto de su viñedo a las destilerías de coñac. Se corrige: en materia de viñedo, se trata de un cercado, de hileras de viña rodeadas por muretes.

Quisiera interrumpirlo para contarle que sé de qué habla. En mi infancia, también, frente a la escuela, al otro lado de la carretera principal, hay viñas, cerros, sarmientos tortuosos, nudosos como criaturas fabulosas. A los siete u ocho años pregunto si puedo participar en la vendimia. Como soy el hijo del maestro, me explican que no es mi lugar, pero yo insisto, entonces ceden, como se cede a un capricho o a un antojo. Me mandan a casa de unos vecinos que producen coñac. Mirad al niño repeinado que «recoge uvas», levantando las hojas, arrancando los racimos, echándolos a un cubo, con demasiada cautela, como si fuera retrasado, no es consciente de que le hacemos un favor, que lo aguantamos aunque esto es un trabajo de verdad, y además muy duro, durísimo, que exige maña, agilidad y resistencia. A mi alrededor, españoles: los hacen venir para las dos o tres semanas que dura la cosecha; mano de obra barata y dócil, procedente de Bilbao o de Sevilla. Me encantan los españoles, son alegres, tienen la piel surcada por las arrugas, no entiendo lo que dicen, por la noche vuelven a su campamento, han dejado sus caravanas en los campos, los explotan, desde luego, pero no se quejan; con el fruto de su labor se elaborará un aguardiente famoso, un licor carísimo, exportado a todo el mundo, consumido en China y Japón, aunque ellos no verán ni un céntimo de las

ganancias. Tras la jornada, soy el niño risueño a quien colocan en la cuba, descalzo y con las piernas al aire, para que preñe las uvas, para que reviente la fruta. Al final de la temporada todo el mundo se reúne alrededor de una mesa interminable, todo el mundo está mezclado, hablando a voces, bebiendo, riéndose, tocando la guitarra, antes de separarse hasta el próximo otoño o para siempre. Para mí, la separación es desgarradora. Más tarde, me siento en la destilería, frente a los alambiques y los tubos de cobre, esperando a que salga el humo, a que se escape, lo llaman «la parte de los ángeles». Soy el niño que espera la parte de los ángeles. A mi padre le divierte que su hijo participe en ese ritual, pero ya ha dicho y repetido que no quiere eso para él, ni la tierra, ni los campos, ni un oficio manual. No seré un proletario, de eso ni hablar. Así que guardo silencio mientras Thomas me habla de las viñas.

Dice que también crían vacas. Que tienen algunas cabezas de ganado.

Esta vez tomo la palabra para contarle que sé ordeñar vacas. En el pueblo donde crecí hay un establo al que vamos cada dos tardes para comprar leche fresca (caliente, más bien, pues acaba de salir de la ubre del animal). Me fascina el espectáculo de la granjera amasando la ubre para extraer la leche. Enseguida le pregunto si yo también puedo hacerlo, le digo: enséñame. Ella me muestra los gestos. Se me da bien. Para mí, es como un juego. Se me da bien cualquier cosa que sea un juego. Y no me asustan las vacas, no temo que me den una coz o que agiten la cola, deben de notar que no tengo miedo, porque se dejan hacer. Cuando cuento esta historia, hoy en día, nadie me cree. Cuando le digo a S. que tengo esa extraña habilidad, él tampoco me cree, está convencido de que me hago el interesante, de que me lo invento. Me está bien empleado. Es la cruz de la costumbre de fantasear.

Al instante, Thomas también se monda de risa. No me imagina sentado en un pequeño taburete, manoseando los pares de tetas. Me ofende. Dice que yo no soy ese niño, que es imposible, que yo soy el niño de los libros que tiene la cabeza en otra parte.

No es baladí: me mira de cierta forma, en la que va a persistir. A fin de cuentas, el amor tan solo ha sido posible porque me ha visto no tal y como era, sino tal y como iba a ser.

La lluvia continúa repiqueteando contra la chapa del tejado de la caseta. Estamos solos en el mundo. Nunca había apreciado tanto la lluvia.

Dice que le gusta la granja, la tierra. Pero que aspira a otra cosa. Yo contesto que *hará* otra cosa, puesto que está estudiando algo que se lo permite, que una vez que haya aprobado la sele, podrá empezar medicina o farmacia o lo que quiera. Replica que no está seguro de que sea factible, porque es el único chico de la familia, tiene dos hermanas, y la granja se iría al traste si no se hace cargo de ella. Yo me escandalizo, le digo que no tiene por qué, que ya no estamos en los años cincuenta, los hijos ya no deben tomar el relevo de sus padres, el campesinado no es hereditario, de todas formas la agricultura está condenada a desaparecer, es un camino sin salida, le digo que debe pensar en su futuro. Tuerce el gesto. Dice que no le gusta que hable así.

La lluvia aminora. Se levanta para ir a mirar afuera a través de un ventanuco, el césped empantanado, casi gris, los límites borrosos, los postes oxidados, las redes sueltas maltrechas por las borrascas, las gradas desiertas; esa desolación. Solo se ha puesto los tejanos. Sigue con el torso desnudo, a pesar del frío. Yo me levanto a mi vez, lo abrazo por la espalda, rodeándole la cadera, él se pone tenso, le repugna mi ternura. Le digo: así no tendrás tanto frío.

Se libera poco a poco de mi abrazo, recoge su camiseta y su jersey y acaba de vestirse.

A todas luces, aún está molesto por lo que le he espetado: matar al

padre, abandonar la tierra. Parece estar pensando que yo no me entero de nada. Que no mido la violencia de semejantes actos. Le exaspera mi desenvoltura.

Dice que para mí las cosas son muy sencillas, que todo me irá bien, que me las arreglaré, está escrito, yo no debo preocuparme por nada, estoy hecho para este mundo, que me recibe con los brazos abiertos. En cambio, es como si él tuviera una barrera, un muro infranqueable, como si predominara lo prohibido.

A veces evocará esa cuestión de lo prohibido, yo trataré de demostrarle que se equivoca. En vano.

Ha dejado de llover. Y de repente ya no nos sentimos tan protegidos, tan aislados de los demás, nos parece que podrían pillarnos. Percibo su angustia, el temblor de su pierna, la agitación de sus rasgos. Hay que marcharse ahora, abandonar este lugar, se vuelve imperativo. Antes de franquear la puerta, pregunto, me atrevo a preguntar: ¿volveremos a vernos pronto?

No vacila.

Dice que sí, claro.

Oigo el «claro», que significa que empiece una historia, que no hay vuelta atrás, que la cosa no termina aquí. Me echaría a llorar. Soy demasiado sentimental, lo sé.

Digo: pues, si quieres, la próxima vez, quedamos en mi casa. No logra ocultar la sorpresa, incluso la repugnancia. Barajo varias hipótesis: prefiere los lugares improbables, barrocos, una habitación resulta convencional, previsible, pequeñoburgués; prefiere un territorio neutral, donde estemos en igualdad de condiciones, jugar en casa del adversario es empezar con desventaja; no sabe si quiere conocer mi espacio más íntimo, sería dar un paso en la implicación.

Se me ocurre que la única objeción aceptable a sus reticencias debe ser materialista, concreta, casi trivial. Digo: mis padres trabajan, nunca están en casa, nadie nos molestará. Cuento con su terror a ser desenmascarado. Contesta que de acuerdo, que vendrá.

Fijamos el día. Y la hora.

Me ordena que salga primero de la caseta, él esperará unos minutos y cerrará con llave, se queda ligeramente apartado como si no quisiera que lo abrazara, que hubiera efusión, sobre todo nada de ternura.

Durante todo el tiempo que durará nuestra relación, siempre desconfiará de la dulzura.

Y, ahora que lo pienso: ni una sola vez me invitará a su casa. No veré la granja, ni los viñedos que la rodean, ni los animales que pacen. Ni veré, en el interior, las baldosas frías, las paredes enlucidas, las habitaciones sombrías de techos bajos ni los muebles pesados (me lo invento, ¿comprenden?, me lo invento precisamente porque no lo vi). No conoceré a sus padres, ni de lejos, una simple mirada o estrecharles la mano, no; de todas formas, me temo que jamás les ha hablado de mí, ni siquiera por descuido (no es propenso al descuido). Sin embargo, me hubiera encantado *ver qué aspecto tenían*. No lo habría traicionado, desde luego. Habría fingido que éramos buenos amigos. Puedo interpretar cualquier papel. Seré yo quien, un día, por iniciativa propia, iré a Lagarde, a su pueblo, un día que sé que él no está, y merodearé para tratar de determinar cuál es su casa, cuál es su familia. Incluso me tentará sonsacar a un anciano sentado en un banco frente a la iglesia, pero renunciaré, repentinamente avergonzado por mi falta de pudor. Me marcharé.

El día acordado, justo antes de que Thomas llame a la puerta de casa, estoy hecho un manojo de nervios. Me he afeitado dos veces, aunque soy casi imberbe, me he cortado, tengo una herida en la parte inferior de la mejilla izquierda, me he pasado un poco de piedra de alumbre pero no ha servido de nada, me veo desfigurado. También me he puesto perfume, cosa que no acostumbro a hacer, apesto, además es el perfume de mi padre, de fragancia animal, no vegetal, dominada por el almizcle, un olor mareante. Llevo ropa oscura, como creo que le gusta a él. Me he cambiado varias veces antes de volver a ponerme lo que llevaba al principio. Ah, también he contado las

horas y los minutos antes de que se presente, y he acechado por la ventana, detrás de los visillos, para que no me descubran. He lamentado no saber fumar, un cigarrillo me hubiera sentado bien, al parecer aplaca la impaciencia.

Cuando entra no se fija en mi febrilidad, ni tampoco en mis esfuerzos, solo le interesa la casa, por la que se mueve como por un terreno minado. No hace ninguna observación sobre la amplitud, la luminosidad o la decoración, simplemente dice que hay muchos libros, que nunca había visto tantos libros, me propone que vayamos a mi cuarto, no quiere entretenerse. Hay que subir dos tramos de escaleras.

Mi habitación es bastante grande, está dividida por un tabique bajo que separa la parte para dormir del escritorio. Se encuentra en la buhardilla y tiene las ventanas pequeñas. En el suelo, una moqueta de color crema, salpicada de manchas, restos de barro pegado a las suelas, supongo. En las paredes, pósteres de Jean-Jacques Goldman. Thomas me clava la mirada frunciendo el ceño, como burlándose de mí. Asegura que es un cantante popular para chicas. Ofendido, le contesto que se equivoca, que debería escuchar las letras con atención, que tiene una canción, en especial, titulada *Veiller tard*, en la que habla de «esas palabras encerradas que no supimos decir, esas miradas insistentes que nadie comprendió, esas llamadas evidentes, esos destellos tardíos, esos arrebatos de añoranza que se desencadenan por la noche». Replica que las letras no tienen ninguna importancia, que solo cuenta la música, la energía que desprende. Él escucha Téléphone. No objeto que las letras de Téléphone tienen importancia, se pensaría que le estoy dando una lección. Y para él, en ese momento, no soy más que un frívolo incorregible.

Si lo hubiera sabido en aquel momento, podría haberle dicho que a Duras le encantaba la canción *Capri, c'est fini*. Por lo demás, en *Yann Andréa*

Steiner escribe: «Sí. Algún día sucederá, algún día sentirá la abominable añoranza de lo que califica de "invivable", es decir, lo que intentamos usted y yo durante aquel verano de lluvia y viento del 80. Algunas veces a la orilla del mar. Cuando se vacía la playa, al anochecer. Después de que se hayan ido las colonias de niños. Sobre toda la extensión de arena, de repente algo grita que *Capri, c'est fini*. Que era la ciudad de nuestro primer amor pero que ahora ha terminado, terminado. Qué terrible resulta de repente. Terrible. Cada vez dan ganas de llorar, de huir, de morir, porque Capri ha girado con la Tierra hacia el olvido del amor».

También podría haberle contado lo que François Truffaut le hace decir al personaje interpretado por Fanny Ardant en *La mujer de al lado*; además, justo acababa de ver la película: «Solo escucho canciones porque dicen la verdad. Cuanto más tontas, más verdaderas. En realidad, no son tontas. ¿Qué dicen? Dicen: "No me dejes... Tu ausencia me ha destrozado la vida..." o "Sin ti soy una casa vacía... Déjame convertirme en la sombra de tu sombra..." o "Sin amor, no se es nada..."».

Depardieu le contesta: «Bueno, Mathilde, tengo que marcharme».

El mismo deseo de cambiar de tema, el mismo desdén cansado que experimento cuando Thomas comenta mis gustos musicales. Al descubrir los libros, el montón de libros alineados o apilados, se contiene. De repente vuelve a sentir una especie de admiración. Pero una admiración dolorosa. Lo que le gusta de mí es lo que me aleja de él.

Dice que quiere chuparme, que no puede esperar, juraría que ese deseo acaba de surgir, que no ha sido elaborado anteriormente, que no se ha construido a lo largo de los días sin mí, no, estalla entonces, se manifiesta, el segundo antes no existía. Me derriba sobre la cama, me desabrocha los tejanos, me baja los calzoncillos, si pudiera los desgarraría, como en una escena de película porno heterosexual, la chica a quien le arrancan las

braguitas de algodón blanco, yo me dejo hacer, mi sexo se agranda en su boca. Al principio, no me atrevo a mirarlo mientras me chupa, me digo que no aguantaré que lo mire haciendo eso, me digo también que todo debe hacerse conforme a sus deseos, así como a sus inhibiciones. Y, al final, levanto la cabeza, despacio, me incorporo sobre los codos y lo contemplo, presa de la voracidad, parece un niño muerto de hambre a quien acaban de dar comida, y que prefiere atragantarse. Ignoro de qué profundidades nace esa necesidad de un sexo de hombre, pero sí adivino la represión y la autocensura que precedieron a semejante afán.

Durante algunas semanas, me preguntaré si no me eligió únicamente porque estaba disponible, porque era el vehículo ideal para colmar sus deseos reprimidos, y porque no había localizado a nadie como yo. Me repetiré: en el fondo, para él, solo soy el chico con quien folla, nada más, reducido a un cuerpo, a un sexo, a una función.

A propósito del sexo desacomplejado, quisiera mencionar algo, antes de que se me olvide: muchos años después, frecuentaré a actores porno, incluso compartiré piso durante varios meses con uno de ellos, en California, la meca de esa industria. Acudiré regularmente a rodajes, los veré calentar, fingir atracción, empuñar al otro, aguantar el ritmo, quedarse quietos para una foto, continuar como si nada, jadear de mentira, formaré parte del círculo íntimo de esos chicos que hacen el amor por unos centenares de dólares. Descubriré que algunos se dedican a eso para ganarse la vida, y para ellos se trata de un trabajo como cualquier otro, se las arreglan con lo que les ha dado la naturaleza. Otros son máquinas de guerra, cada día se pasan horas y horas en el gimnasio, con el único objetivo de lucir un cuerpo perfecto o, más exactamente, un cuerpo que se corresponda con los cánones del negocio, se chutan esteroides, tienen los hombros cubiertos de pinchazos, hacen sesiones de bronceado y, una vez en el plato, se entregan a una competición. Por último, otros disfrutan multiplicando sus parejas, retozando frente a una cámara, incluso llegan a sucumbir a los

encantos de su compañero de trabajo, cosa que confiere más verosimilitud a la escena, quizá. A todos les encanta su cuerpo. Todos aseguran que el sexo, para ellos, es una necesidad vital, una droga. Todos o casi todos son chicos enternecedores.

Thomas se desviste, esparce su ropa por la habitación, quiere estar desnudo a su vez y que las pieles se toquen (no tiene ningún problema con la desnudez, me enseña a no temer tanto la mía). Me acaricia, sus manos son expertas, sabe lo que debe hacer. Me come las caderas y el torso. Gime. Yo oigo ese gemido, que no ha podido contener, que quizá ha soltado sin darse cuenta: me conmueve hasta los tuétanos. Ya lo he escrito, creo: nada me conmueve tanto como esos instantes de abandono, de olvido de sí mismo.

Se echa sobre el vientre para que le penetre, arqueándose ligeramente. Veo el vello que le recorre la línea de las nalgas. Deslizo la lengua, gime de nuevo, también tiembla, me doy cuenta de que tiene la piel de gallina en la superficie del culo. Entro en él. Ante mis ojos, un póster de Goldman; a mi alrededor, la decoración de un cuarto de adolescente, un adolescente al que estoy matando.

Después, vuelve a hablar. Es como si se abrieran unas compuertas. La verdad es que Thomas no habla demasiado. En su familia, las comidas son silenciosas y las veladas, cortas, el agotamiento los obliga a acostarse temprano. En el instituto, deja que los demás cuenten sus historias, ya lo he observado, él siempre se mantiene algo apartado, se escuda tras un cigarrillo, son los otros quienes se expresan, a veces ni siquiera hace el esfuerzo de fingir que escucha. Recuerdo que fue eso lo que me gustó de él, el aparente encierro, el aislamiento. Conmigo se siente autorizado a tomar la palabra. Pero tal vez lo haga para sí mismo, como quien lanza una botella al mar, o como quien lleva un diario íntimo, o incluso como el barbero del rey Midas: porque es demasiado para él solo.

Habla de sus *hermanitas*. Nathalie y Sandrine. Dieciséis y once años.

Dice que Nathalie es un año y medio menor que él, que era *lógico* tener un segundo hijo tan rápido después del primero, pero que no se parecen en nada, ella ha salido a su padre, tiene los ojos claros; también tiene la fuerza de su padre.

Yo le digo: entonces, ¿tú te pareces a tu madre? Dice que tiene su mirada oscura, sí. Añade: algo extranjero. No entiendo la frase. No le pido explicaciones. Supongo que ya llegarán.

Nathalie abandonó la escuela para estudiar secretariado en un centro especializado donde está interna, vuelve los viernes por la tarde, pero ayuda con los trabajos de la granja durante los fines de semana, siempre hay algo que hacer.

Thomas dice que no se entienden, que hacen malas migas; la encuentra demasiado práctica, demasiado simplona en la vida real, da demasiadas lecciones, como si fuera una vieja.

En cambio, adora a Sandrine, la pequeña, que llegó a destiempo; un accidente. Se le ilumina la cara cuando habla de ella. Sin embargo, su nacimiento fue catastrófico para sus padres. Los médicos dictaron la sentencia de inmediato: no es normal, jamás lo será. En aquella época no existían las ecografías, no hubo manera de preverlo. La anormalidad les causó estupor. Sandrine está atascada en la infancia, para toda la vida. Su padre no sabe qué hacer, Nathalie no siempre es amable con ella, se exaspera enseguida por la lentitud y la torpeza de la pequeña. En cuanto a la madre, no dice nada, pero desde que tuvo a una hija retrasada, está sumida en la tristeza.

Él es el mayor, el único chico, da a entender que eso entraña una responsabilidad particular.

Yo soy el menor. Mi hermano es un estudiante brillante, pronto hará la tesis, se convertirá en doctor en matemáticas con las máximas calificaciones, recibiendo incluso un *cum laude* por unanimidad, optará por la

investigación, publicará artículos en revistas internacionales inaccesibles para los profanos y dará conferencias por todo el mundo. Figúrense qué significa ir después de él. La comparación me resulta desfavorable sistemáticamente. Por eso le explico a Thomas que el destino que él se imagina para mí no puede ser sino una carretera secundaria comparado con el que le espera a mi hermano mayor. Asegura que me equivoco.

Añado que estuve a punto de tener un hermanito: mi madre se quedó preñada siete años después de nacer yo, pero el embarazo no llegó a término, el aborto natural sucedió muy tarde, casi en el sexto mes, mi madre salió exangüe y desesperada de esa prueba, aunque jamás dijo ni una palabra sobre el asunto (no, ni una sola: un rigor ejemplar). El niño se hubiera llamado Jérôme o Nicolas. Pienso a menudo en ese hermano que nunca tuve.

Thomas dice: ya ves que pertenecemos a mundos distintos. *Mundos que no tienen nada que ver.*

Vuelvo a su madre, que es quien me interesa. Enseguida me cuenta que es española. Llegó a Francia hace veinte años, con sus hermanos, habían encontrado trabajo en una granja, nada que ver con el exilio a causa del franquismo, no tenían ninguna voluntad de escapar del partido único, de la censura, de las jurisdicciones de excepción o del despotismo, no, solo era una chica que sabía que al otro lado de la frontera había trabajo, luego conoció a Paul Andrieu, de veinticinco años y aspecto alocado, sus hermanos acabaron marchándose y ella se quedó.

Le pregunto: ¿dónde de España? Rechaza mi pregunta con un gesto de la mano, asegura que es imposible que lo conozca. Como insisto, me dice el nombre, a regañadientes. Vilalba. Digo: sí, está en Galicia, en la provincia

de Lugo. Se asombra: ¿cómo lo sabes? Digo: se encuentra en el Camino de Santiago. Me pregunta si lo he hecho. Le digo que no, nunca, por qué razón iba a hacerlo, yo no soy de peregrinar, pero lo leí en un libro y todavía me acuerdo. Se burla de mí, dice: estaba convencido de que eras un chico así, que sabe las cosas gracias a los libros. Añade, abrumado: pero lo peor es que, si nos preguntaran a los dos por ese lugar, estoy casi seguro de que tú conseguirías hablar mejor de él que yo.

Cuando me convierta en novelista, escribiré sobre lugares a donde no he ido nunca, lugares cuyo nombre he leído en un mapa, simplemente, cuya mera sonoridad me ha gustado. *Un instante de abandono*, por ejemplo, transcurre en Falmouth, en Cornualles, Inglaterra, una ciudad que no he pisado jamás. Con todo, la gente que ha leído la novela está convencida de que conozco el lugar «como la palma de la mano». Algunos incluso han llegado a asegurar que la ciudad es *exactamente* tal y como la describo, que semejante exactitud resulta sobrecogedora. A esos lectores, en general, les explico que la verosimilitud es más importante que la verdad, que la precisión cuenta más que la exactitud y, sobre todo, que un lugar no es una topografía sino la manera de narrarlo, que no es una fotografía sino una sensación, una impresión. Cuando Thomas me revela que su madre es originaria de Vilalba, visualizo enseguida a una niñita con el pelo bastante largo, los ojos negros, ataviada con un vestido blanco de lino, sola en una callejuela adoquinada, agobiada por el calor, como abandonada, y luego una iglesia un domingo por la mañana, los fieles asistiendo a la misa, y también una torre con aspecto de fortaleza al pie de la cual los niños jugarán al escondite más tarde, la niñita se reunirá con ellos, y hoteles a la salida de la ciudad para los peregrinos de paso, un mundo fosilizado, puro aburrimiento. Estoy convencido de que la imagen es precisa. Y, aunque no lo fuera, tengo la esperanza de que el lector haya *visto* a la niñita, y que a través de ella haya *visto* la ciudad.

En la infancia y la adolescencia va allí, varias veces, en verano, estancias

muy cortas porque es imposible dejar la granja durante mucho tiempo, el joven aprendiz a quien contratan en su ausencia no puede encargarse de todo, los animales necesitan atención permanente, las cosechas podrían perderse. Cogen el coche, primero un Simca 1100 verde, luego un Peugeot 305 Break (¿cómo puede ser que me acuerde de esto?), los tres chiquillos en el asiento trasero y las maletas sobre el techo. Hace un calor insoportable, el padre ha colocado unos paños en las ventanillas para filtrar el sol. Se paran cada dos horas en áreas de descanso de la autopista, en aparcamientos, para comerse unos bocadillos envueltos en papel de aluminio, preparados por la mañana antes de salir, para estirar las piernas, para hacer pis o para llenar el depósito de gasolina. Vuelven a ponerse en marcha, la radio está encendida pero la mayor parte del tiempo no sintoniza ninguna emisora o la sintoniza mal, las canciones llegan entrecortadas o resultan inaudibles, nunca oyen el final de las bromas, las noticias no las escuchan. El trayecto parece interminable.

Toda la familia de su madre sigue viviendo en Vilalba. Sus hermanos se casaron, tuvieron hijos, hay primos, primas, todo ese pequeño mundo vive en un perímetro de un kilómetro, a lo sumo. Los reencuentros son alegres, las despedidas tristes, se quejan de haber compartido tan poco tiempo. Thomas dice que, de hecho, apenas conoce Vilalba, porque se quedan en casa, enfrascados en conversaciones interminables, salpicadas de risas y de lamentos, en comidas y cenas que se alargan muchísimo. Dice que España, para él, es la gente de su familia, que se interrumpe y que come y bebe y se ama hasta bien entrada la noche.

Digo: ¿es por esta razón que has precisado que tenías *algo extranjero*? Dice: sí, los ojos oscuros, la piel morena. Y esa impresión de no encontrarme por completo en mi lugar, aquí, de ser una especie de desarraigado, como si el desarraigo se pudiera recibir en herencia.

No le pregunto si también tiene la fragilidad de su madre. Sin embargo, la pregunta me atenaza desde que ha comentado que su hermana poseía la fuerza de su padre. Se negaría a contestar, porque es una cuestión demasiado íntima, que exigiría cierta introspección o una confesión. En cambio, estoy convencido de que ha heredado la gracilidad de su madre, que la delicadeza de su complexión viene de ella, así como la indolencia.

Dice: lo que no comparto con ella es la fe. Su madre es muy creyente, católica practicante, acude a la iglesia cada semana, incluso puede llegar a ir varias veces, sobre todo desde que nació la pequeña, ¿le pide una explicación a Dios, por qué le mandó esa prueba, o cómo encontrar el coraje para aguantar, para ser una buena madre, pese a todo? Lleva una medalla de la Virgen alrededor del cuello, tiene un rosario que desliza entre los dedos, por supuesto, y colgó una cruz encima de la cama de matrimonio. Llegó al extremo de clavar con chinchetas un cartel que representa a Jesús, el hijo de Nuestro Señor, en una de las paredes del comedor, junto al aparador. Dice que ha crecido con eso. Le digo: ¿eso?, ¿te refieres a esa santurronería? Me ordena que no emplee esa palabra. Él no es creyente, pero respeta la fe de su madre. Añade que finge creer para no hierla. Es así. Ella necesita convencerse de que su hijo va por el buen camino.

Durante mucho tiempo me pregunté si esa presencia tan cargante de la religión, si la separación del Mal como principio divino machacado día tras día, si el mensaje bíblico sobre la diferenciación interiorizado por su madre, si la exaltación de las relaciones estables practicada en esa familia sin tacha había influido en aquel niño a quien se le prohibió rebelarse. Creo que sí.

Precisa que ha hecho la catequesis y la comunión solemne. Que formaba parte del guion.

Le sorprendo revelándole que entonces tenemos algo en común.

He cumplido seis años. Los miércoles por la tarde, todos mis compañeros de clase van a «cate». Y todos aseguran que «se divierten». A mi hermano y a mí nos han prohibido entrar en una iglesia y, con más razón, seguir las enseñanzas de un cura. Por tanto, cometo una transgresión tremenda el día que, a escondidas de mi padre, me uno al grupo ya formado. En ese *remake* de *Don Camilo* en Charente, el cura se queda de piedra al verme, oliéndose la encerrona, pero yo le aseguro que cuento con el permiso de mi padre para estar allí. Ya sé mentir con un aplomo sobrecogedor. Tras la lección, el cura me acompaña a la escuela: mi padre está muy inquieto, me ha buscado por todas partes, se ha asustado. Sin embargo, cuando me ve de la mano del hombre de Dios no siente alivio, o se trata de un alivio fugaz, porque en su mirada distingo claramente la cólera. Por su parte, el cura saborea un modesto triunfo. Tomo la palabra, cuento que me ha encantado ese rato en la iglesia, con el sacerdote, y que quisiera continuar la experiencia. Para mi sorpresa, mi padre contesta, magnánimo: de acuerdo. Durante cuatro años, pues, iré a catequesis todos los miércoles y a misa todos los domingos por la mañana; el entusiasmo de los comienzos se apagará enseguida dando paso al aburrimiento de una tarea latosa. Mi padre, cuya magnanimidad no era más que una forma de perversidad, me obligará a seguir hasta el final, a no saltarme ni una lección. A los diez años, cuando al fin llega el momento de la comunión solemne, aborrezco a Dios, la Iglesia y a los curas. Una jugada maestra.

Le digo a Thomas, en broma: ya ves que no somos tan diferentes.

Este recuerdo me lleva a la figura del padre. Me doy cuenta de que Thomas habla poco del suyo. Desde luego, ha evocado su robustez, su presencia, sus dificultades con su hija retrasada. Me lo imagino taciturno y frugal. E intuyo que el hombre se dedica fundamentalmente a su trabajo, a llevar la granja, a aguantar. Pero no sé nada de la relación que tiene con su hijo. Thomas dice: cuesta saber qué piensa. Una manera elegante de dar a entender que el padre no se prodiga en palabras afectuosas, de consuelo, ni en gestos de ternura, que guarda las distancias, que muestra una mezcla de

reserva y de orgullo. Yo ya sé qué significa ser hijo de un hombre así. Me pregunto si la frialdad de los padres causa la extrema sensibilidad de los hijos.

Thomas y yo estamos echados en la cama. Mi cabeza reposa en su pecho. No sé cómo hemos acabado en esta postura. Supongo que ha ocurrido mientras conversábamos. Cerca de nosotros, un espejo de pie, en el que acostumbro a observarme por la mañana, una vez vestido, para peinarme, y donde ahora puedo contemplar nuestro reflejo. En esa postura, comprendo repentinamente que he cambiado. Envejecido, tal vez. Que ya no soy el chico acomplejado, asustadizo, a quien se puede insultar, que ya no soy el chico despierto, pensativo, ahora soy distinto, por el uso del cuerpo, así como por el hecho de avivar el deseo, de compartirlo con otro, por la victoria sobre cierta forma de soledad. Aunque *de cara a la galería* no puedo mostrar nada, por supuesto, forma parte del pacto, creo que se me ve el cambio, que si uno presta un poco de atención, percibirá la diferencia: es deslumbrante.

Hace poco, ordenando las cosas que seguían en el escritorio de mi cuarto, obligado por la decisión de mi madre de «reformular la habitación por completo, de desprenderse de todas esas antiguallas que no sirven para nada», encontré dos fotos. Una data de primero de bachillerato, la otra del verano después de la selectividad. La comparación es sobrecogedora: el joven ya no es el mismo. En la primera foto aparece mustio, con los hombros caídos y la mirada huidiza. En la segunda, sonríe, con la piel iluminada por el sol. Desde luego, las circunstancias influyen. Pero yo estoy convencido de que esa metamorfosis se debe al amor secreto.

Thomas consulta la hora en el reloj de pulsera. Es un Casio digital, ya me fijé en la primera cita, a mí también me gustaría tener uno. Se incorpora enseguida, obligándome a abandonar la dulzura de su pecho. Dice que tiene

que marcharse, que ya llega tarde, que su padre lo espera, que deben hacer algo en las viñas. Se viste a toda prisa. Yo objeto que el autobús no pasará hasta dentro de media hora, que puede quedarse un poco. Él no va en autobús, tiene una Suzuki 125, que ha aparcado en la calle, un poco más arriba. No recuerdo haberlo visto con casco, dice que la mayor parte del tiempo circula sin, que por los caminos rurales nunca se cruza con la poli. Digo: ¿algún día me llevarás a dar una vuelta? Doy por sentado que se encogerá de hombros, que soltará una carcajada o que me recordará la regla de discreción. En cambio, me pregunta: ¿te gustaría? Pienso que sí, que, decididamente, algo está cambiando.

Cumpliré la promesa. Al cabo de unas semanas, me llevará en moto. Me recogerá a la salida de la ciudad, esta vez con un casco, no sé si como medida de seguridad, para respetar la ley o para que no nos reconozcan, yo montaré detrás, me agarraré a él, iremos a toda velocidad por caminos rurales, atravesando bosques, viñas y campos de avena, olerá a gasolina, haremos ruido, a veces tendré miedo, cuando las ruedas se deslicen por la gravilla o por senderos llenos de baches, pero lo importante será estar agarrado a él, estar *fuera* agarrado a él.

Mientras tanto, sale corriendo, baja las escaleras a toda prisa, apenas se despide. Cuando la puerta se cierra, el silencio es tan pesado que podría doblegarme las rodillas. Me salvan los efluvios de su olor, su olor íntimo impregnado de cigarrillo y de sudor. Lo que perdura de él.

¿Y después? Después hay otras citas clandestinas. Principalmente, en mi cuarto: se impone la parte práctica. Citas más seguidas que requieren inventiva, organización y prudencia, a veces nos parece que actuamos como conspiradores. Entonces no existen los móviles, tengo que llamar a su casa, cuando me contesta una voz desconocida a veces cuelgo y a menudo me presento, bajo otra identidad, al fin y al cabo, Thomas está en su derecho de

tener un compañero llamado Vincent, que no resulta nada sospechoso (Vincent, otro nombre que utilizaré más tarde, en las novelas). O bien le dejo una nota en la taquilla —cada estudiante tiene una, que se le asigna a principio de curso— indicando el día y la hora, sin firmar, sin ningún signo distintivo; me responde por el mismo canal. En ocasiones fijamos el próximo encuentro de una vez para otra, antes de abandonar el cuarto, pero raras veces, como si ese procedimiento tuviera algo vulgar, que redujera nuestra historia a una simple obsesión erótica.

También nos saltamos clases, con la excusa de estar enfermos, Thomas dice que eso va a despertar sospechas, esos días se pone nervioso.

Hacemos el amor.

Le quito los tirantes de la camiseta imperio. Me parece que no existe ningún gesto tan sensual, tan turbador.

Me pasa una y otra vez la espalda y luego la palma de la mano por el vientre y las caderas.

Me tiende su cigarrillo para que le dé una calada. Me pongo a toser al instante. Lamentable.

Le lamo suavemente cada uno de los lunares del cuerpo. Tiene treinta y dos, los he contado.

Le cambio la venda. Se ha herido con un sarmiento que le ha hecho un corte muy profundo.

Observo cómo se adormila y la cabeza le cae hacia la izquierda; se despierta enseguida.

Me pone los auriculares de su *Walkman*, quiere que escuche a Bruce Springsteen.

Baila frente a mí, un poco exaltado, con el eco amortiguado de la canción. Me parece que estoy soñando.

El resto del tiempo nos besamos, nos chupamos, nos la metemos por el culo.

Un día le sugiero que vayamos al cine. Tengo los argumentos preparados: nadie o casi nadie va al Club, especialmente a las sesiones de media tarde, y los escasos espectadores son bastante mayores, no

correremos el riesgo de que nos reconozcan. Añado una propuesta: él entra primero y, si no ha salido al cabo de cinco minutos, cuando empiecen los anuncios, significa que no hay moros en la costa y que yo también puedo entrar. Thomas se da cuenta de que he pensado en todo. Digo que a la fuerza, con él. Me pregunta si es un reproche. Contesto que no, que no he olvidado lo que me dijo el primer día, en el bar de los borrachines.

Descubrí el cine cuatro años antes, cuando dejamos el pueblo, el apartamento de encima de la escuela y los tilos para instalarnos en Barbezieux; fue una revelación. Sin embargo, era un cine modesto: pocos asientos, pocos medios, pocas sesiones, pero, para el niño recién llegado del pueblo, el niño que todas las noches debía acostarse obligatoriamente a las ocho y media, imposible arañar unos minutos siquiera, a pesar de las súplicas, los subterfugios y los embustes, y que jamás había visto una película, se trata de un nuevo universo. De entrada, me gusta la oscuridad de la sala, las butacas mullidas, profundas, que se balancean un poco, marrones (en aquella época, el marrón no era un color feo), la pantalla gigantesca (en mi recuerdo lo es; en realidad, un poco menos), el olor a palomitas (y a moho también, como si reinara una humedad persistente). Hasta me gustan los títulos de crédito de Jean Mineur, espero a ese chiquillo sonriente que lanza un pico hacia una diana, sé que va a dar en el blanco, que saldrá un número de teléfono, ya puede empezar la película. A los doce o trece años no voy a ver películas para mi edad, dibujos animados de Walt Disney, por ejemplo, creo que nunca los he visto, no he corregido esa carencia original, ni tampoco películas de acción o de ciencia ficción, ni siquiera *La fiesta*, que los adolescentes se saben de memoria, espontáneamente no me interesan, yo elijo películas «para viejos», como las de François Truffaut, André Téchiné o Claude Sautet, películas escandalosas también, como *El hombre herido* de Chéreau o *La posesión* de Zulawski. Cuando se lo confieso a Thomas, dice: no me extraña nada.

De todas formas, añade: ¿de verdad has visto *El hombre herido*? Le

contesto que es una de las impresiones más fuertes que he experimentado nunca, y no solo cinematográficamente, por supuesto. Por primera vez veo la homosexualidad representada en una pantalla, y además de manera cruda, directa, desacomplejada. Le hablo a Thomas de la suciedad y la urgencia de la estación, de la leve promiscuidad en los meaderos, de la mezcla de las putas y los vagabundos, de la sensación clarísima de que apesta a mierda y a leía. Le cuento el tráfico de sentimientos, la marginalidad, los cuerpos que se buscan, se apretujan y se separan con violencia. Me doy cuenta de que le repugna. Dice que no es eso. No dice la frase completa. No dice: *la homosexualidad* no es eso. Es incapaz de pronunciar la palabra; de hecho, no la pronunciará ni una sola vez. Dice: eso da una imagen asquerosa. Recuerdo la expresión: imagen asquerosa, que utiliza en lugar de: visión desdichada, por ejemplo. Es uno de los reproches que le han hecho a Chéreau. Yo objeto que se equivoca, que ante todo se trata de una historia de amor, de la pasión de un adolescente por un hombre, que no existe nada tan puro como ese amor. Hablo de la pureza del amor loco. Dice que no irá a ver la película por nada del mundo.

En ese momento ignoro que Hervé Guibert, el autor del guion, se convertirá en uno de mis escritores de referencia. Seis meses después, descubriré *Las aventuras singulares*. Y estas frases que me crucificarán: «Tal vez sea una chifladura pensar que pueda amarte, pero lo pienso. De ti solo espero mirarte, oírte hablar, verte sonreír, besarte. No es un deseo localizado, es un deseo de acercamiento». Descubriré que los libros pueden hablar de mí, para mí. (Y, de paso, la fuerza inaudita de la «escritura blanca», neutra, pegada a la realidad). Seis años después, Guibert anunciará que está enfermo de sida, que se va a morir. Me pregunto entonces si *El hombre herido* es una película premonitoria o si, por el contrario, muestra los últimos fulgores del amor libre, sin constricciones, sin pavor, sin moral. Justo antes de la hecatombe.

Ignoro, asimismo, que acabaré conociendo a Patrice Chéreau, trabajando con él. Adaptará una de mis novelas. Una historia de fraternidad y de agonía, de un cuerpo torturado que se acerca a la muerte. Como un

círculo cerrado veinte años después.

Ese invierno de 1984 que toca a su fin, la película que me muero de ganas de ver es *La ley de la calle*, de Coppola, anunciada como la continuación de *Rebeldes*, estrenada unos meses antes. Me encantó esa historia sobre la juventud, la ociosidad, la fuerza de las relaciones entabladas durante la adolescencia y la emancipación, en la que aparecen todos los grandes actores del cine de los años ochenta: Tom Cruise, Patrick Swayze, Matt Dillon y Rob Lowe. Me encantaron esos chicos malos con el pelo engominado que en realidad son los hermanos pequeños de los de *Rebelde sin causa*. Pero, sobre todo, literalmente me enamoré de C. Thomas Howell, que interpreta a PonyBoy. Recuerdo con una precisión asombrosa la sensación física del flechazo que experimenté entonces. Tardaré semanas enteras en liberarme de esa conmoción, en aceptar su perfecta inanidad. Por lo demás, me doy cuenta, *a posteriori*, de que Thomas se le parece (me pregunto si mi inconsciente se ha manifestado, desecho enseguida ese pensamiento). Cuando le cuento que *La ley de la calle* se rodó en blanco y negro, me dice: no podemos ir a ver algo así, no somos nuestros padres.

Acabamos comprando entradas para *El precio del poder* de Brian de Palma. Con todo, le hago observar que la crítica es tremebunda: deplora la violencia gratuita, el lenguaje inútilmente grosero y la estética escandalosa. Pero Thomas tiene razón, por supuesto. La película es una obra maestra, además de una fábula feroz sobre el poder corruptor del dinero. Mientras desfilan los créditos, dice: genial la escena de la sierra eléctrica, ¿verdad? Lo miro y contesto con ironía: he estado a punto de acurrucarme contra ti en ese momento. Me sonrío. Recibo esa sonrisa como un regalo. Thomas me sonrió en contadas ocasiones. No era su estilo.

También se acuerda de una réplica. Digo: ¿cuál? Dice: «Tengo las manos hechas para el oro y están metidas en la mierda».

Poco después de ese episodio, volveremos a encontrarnos, los dos, en un mismo lugar, rodeados de gente. Pero esta vez sin querer. Y ese azar marcará una enorme diferencia.

Me han invitado a una fiesta de cumpleaños. He dudado mucho antes de ir. No me gustan los festejos ni las reuniones (no he cambiado, en este sentido). De hecho, el fin de semana anterior monté una escena a causa de mi desprecio por los encuentros supuestamente festivos.

Se trataba de una boda. La novia era una de mis primas. Primero tuvimos que acudir a la iglesia, escuchar la perorata de un cura que sudaba a mares, posar para una foto en las escaleras y compartir por escrito, en un tarjetón satinado, la alegría meliflua de esa familia interminable. Luego fuimos a tomar un vinacho infame en una sala de fiestas donde hacía bastante frío. Los vasos eran de plástico blanco. Los cacahuetes los habían comprado al por mayor. Todo olía al chocolate del loro, no a miseria sino a mediocridad, cosa que resulta mucho más imperdonable, desde luego. Más tarde, la comitiva se puso en marcha hacia un curioso merendero situado en un pueblecito perdido donde mi padre había dado clase antaño. Me acuerdo de las risas obscenas, de las conversaciones a voz en cuello, de las frentes bañadas en sudor, de las camisas manchadas de vino de mis tíos, de todo ese buen humor disoluto, de esa multitud de caras enrojecidas, de tripas ahítas. Me acuerdo de los juegos que me dan vergüenza retrospectivamente: una mujer con los ojos vendados tenía que reconocer a su marido a tientas, palpando las pantorrillas de cinco hombres elegidos al azar, o empujar una manzana colocada en el suelo con la ayuda de un plátano que le colgaba de entre las piernas, que llevaba atado a la cintura con un cordel. Me acuerdo de esa vulgaridad absoluta, de esa humanidad grasienta, y todo eso me horroriza. En la mesa, a mi lado, uno de mis primos, de apenas catorce años, alardeaba de sus hazañas sexuales, supongo que imaginarias, ante un compañero prepúber, y me daba codazos para que le contara con pelos y señales mis conquistas amorosas (por lo demás, dudé si decirle: pues yo chupo pollas, ¿quieres más detalles?). Más lejos, unos cantantes endomingados vestidos como mecánicos de juerga o comerciales, y que se

habían excedido con la brillantina, berreaban romanzas antiguas o perpetraban clásicos poco conocidos. A las once, unos cuarentones achispados se pusieron a bailar la conga mientras unas viudas sin edad los contemplaban con una sonrisa embobada. Yo solo tenía un deseo: huir, y precisamente eso es lo que hice. Fui a buscar a mi padre y, con un tono que debió de impresionarlo mucho, puesto que obedeció al instante, sin discutir ni parlamentar siquiera, él que aborrecía los escándalos, le supliqué que me acompañara a casa. En el camino de regreso me juré que nunca más volvería a encontrarme en una situación así.

Desde luego, una fiesta de cumpleaños de jóvenes no es una boda, pero puede degenerar fácilmente en una especie de trivialidad o de aburrimiento, la edad no influye gran cosa. Sé que escribiendo esto doy la impresión de haber sido un chico altivo y demasiado delicado (y sin duda lo era, en parte). En retrospectiva, creo que lo que me empujaba a la misantropía era simplemente el pánico a la muchedumbre, a sus movimientos, a que se transformara en una jauría.

Esa noche se han reunido principalmente alumnos del instituto, reconozco las caras. Una chica popular y afable, con quien he charlado en varias ocasiones porque es amiga de Nadine, celebra su decimoctavo cumpleaños (cuando uno se vuelve *mayor* de edad, es decir, digno de consideración, esencial, incluso capital, el hito a partir del cual uno es oficialmente adulto, mientras que antes se suponía que era insignificante, no ciudadano; siempre me he burlado de esas fronteras artificiales). De hecho, es Nadine quien ha insistido para que la acompañe, me repite constantemente que debo ser más sociable, que la auténtica vida no está en los libros, que la ligereza, la despreocupación y la embriaguez no son palabrotas. Tiene razón: debería haberla escuchado mucho antes, así tal vez no me hubiera perdido la juventud.

La secuencia es bastante clara: una casa de construcción reciente junto a la carretera que lleva a Cognac, un amplio comedor del que han retirado gran

parte de los muebles, baldosas de color beis, adornos colgados de las puertas acristaladas y las lámparas de techo, unos focos que balancean su luz estroboscópica y, por lo demás, un ambiente tamizado, la iluminación del jardín contiguo situado en la parte trasera de la casa vuelve más verde aún el verde del césped, chicos y chicas, más de treinta, algunas cabelleras demasiado rubias, tejanos que dejan al descubierto calcetines blancos y algunas sudaderas, chaquetas con hombreras y pantalones de pitillo, colores fluorescentes mezclados con siluetas góticas. La banda sonora está a tono: bailamos con *Whake Me Up Befare You Go-Go* de los Wham o *Footloose* de Kenny Loggins, nos sabemos de memoria la letra de *Toute première fois* de Jeanne Mas, nos abrazamos con *Time After Time* de Cindy Lauper. Y, cultivando una melancolía inesperada pero bienvenida, alguien pone 99 *Luftballons* de Nena.

Y con las últimas notas de esta canción aparece Thomas. Sí, de repente, está ahí, en medio de la sala, no lo he visto llegar, de ahora en adelante ocupa todo el espacio, o lo reduce a su dimensión; juraría que han apagado las luces que iluminaban a los demás, que los han dejado a oscuras. (Creo recordar una parte del ensayo de James Dean para *Rebelde sin causa*, hay unos jóvenes reunidos en una sala, son jóvenes, seductores, sus caras están alineadas como en una pintura del Greco, y entonces entra Jimmy, irrumpe ante la cámara, es más bajo que los demás, gafotas, va un poco encorvado y tiene una sonrisa socarrona, pero solo se le ve a él, los otros se han evaporado, probablemente esté reconstruyendo la escena, magnificándola, pero creo que algunos hombres pueden eclipsar al resto de la humanidad con su mera presencia, qué nos deja sin aliento).

Mi primera reacción es de sorpresa, incluso de estupor. No me esperaba encontrármelo. Ignoraba que estaba invitado (por lo demás, ¿por qué deberían habérmelo comentado?, ¿y quién?). Cuando lo vi, el día anterior, no mencionó el cumpleaños (pero, a fin de cuentas, no me debe nada; nuestra relación está basada en eso, en el rechazo a cualquier obligación).

Yo tampoco le dije nada. Si lo hubiéramos sabido, al menos uno de los dos no habría venido, evidentemente. La verdad, también, es que no contaba con su presencia en esa clase de fiesta. Es tan hosco, tan reticente a las juergas adolescentes, se encuentra tan poco en su lugar en ese decorado... Resulta incongruente. Fuera de lugar.

Él todavía no me ha visto. No se ha formado la imagen, ni siquiera la contempla, se mantiene en la virginidad, la desenvoltura. Da una calada a un cigarrillo, echa un vistazo a su alrededor, enseguida se le acerca uno de sus amigos, a quien ya he distinguido, que va a la misma clase que él, Thomas le estrecha la mano de manera negligente, como se hace con los auténticos allegados, a quienes no hace falta demostrar nada. Acto seguido, pienso en el universo del que estoy excluido, en las fraternidades que ha construido y en las que yo no ocupo lugar alguno, así como en su cotidianidad, de la que yo no formo parte. El amigo encarna todo eso, el apretón de manos simboliza todo eso. Yo soy el mundo invisible, subterráneo, extraordinario. En general, esa singularidad me alegra. Esa noche me hace sufrir como un condenado.

Y es que, a pesar de todo, entre nosotros existe una intimidad fulminante, a veces, una proximidad insuperable, pero el resto del tiempo ignorancia, una separación absoluta: nadie objetará que semejante esquizofrenia puede hacer perder la cordura hasta al más equilibrado. Y yo no estaba precisamente equilibrado por aquel entonces.

Existe la locura de no poder mostrarnos *juntos*. Una locura agravada en ese caso por la situación —inérita— de encontrarnos en medio de una fiesta teniendo que comportarnos como perfectos extraños. La locura de no poder alardear de nuestra alegría. Triste palabra, ¿verdad? Los otros tienen ese derecho, lo ejercen, no se privan de él. Eso les hace más felices aún, los hinche de orgullo. Nosotros estamos atrofiados, menguados por nuestra propia censura.

Existe la quemazón de no poder decir nada, de tener que callarlo todo, y

esta pregunta atroz, este abismo bajo los pies: si no hablamos de ello, ¿cómo demostrar que es real? Algún día, cuando la historia se haya terminado, porque se terminará, nadie podrá dar fe de que tuvo lugar. Uno de los protagonistas (él) podrá llegar al extremo de negarla, si lo desea, incluso de indignarse por el hecho de que se inventen semejantes sandeces. El otro (yo) solo dispondrá de su propia palabra, que no tendrá demasiado peso. Esa palabra no se pronunciará jamás. No, jamás he contado nada. Salvo hoy. En este libro. Por primera vez.

Eso andaba cavilando yo cuando, súbitamente, una chica se lanza al cuello de Thomas. Ha surgido de la sombra, se restriega contra su luz. Lo hace con tanto ahínco, con tanta energía, con tanta espontaneidad... Esa espontaneidad me hiere, pues el gesto no solo es impulsivo, sino que parece natural. Thomas se queda un poco sorprendido y desconcertado, desde luego, pero se deja hacer, acepta la familiaridad, el abrazo. Le devuelve el beso. Podría interpretarlo como la versión femenina de la camaradería que se ha manifestado un poco antes, pero los celos que se apoderan de mí, que me invaden, me hacen ver la escena de manera completamente distinta.

Aunque conozco los celos, se trata de un sentimiento que me resulta muy lejano. Nunca he sido posesivo; como considero que uno carece de prerrogativas sobre los demás, me incomoda la idea misma de propiedad. Respeto sobremanera la libertad de cada cual (probablemente porque no soportaría que me coartaran la mía). Por otra parte, sé discernir, creo yo, e incluso desapegarme. En cualquier caso, me atribuyen esas cualidades, incluso a esa edad. En general, no me muestro envidioso, y siempre me ha parecido mezquina la odiosa agresividad de las harpías. Pero todos mis nobles principios se derrumban en un segundo, el segundo en que la chica salta al cuello de Thomas.

Porque esa escena atestigua una vida vivida al margen de mí. Y me condena al vacío, a la inexistencia, de la manera más cruel.

Porque demuestra lo que suele ocultarme Thomas.

Porque revela el encanto del chico tenebroso y las numerosas tentativas que deben de producirse para acercarse a él.

Porque ofrece una alternativa al chico extraviado, dividido interiormente.

En realidad, no soporto la idea de que me lo arrebaten. De perderlo. Descubro —menudo imbécil— la mordedura del amor.

(Y cuando te han mordido una vez, te da miedo volver a empezar, más tarde, temes hacerte daño, evitas la mordedura para evitar el sufrimiento; durante años, ese principio me servirá de viático. Cuántos años perdidos).

Justo después del abrazo, Thomas se vuelve en mi dirección (no hace falta interpretarlo como una relación de causa efecto o una expresión del inconsciente, es puro azar, se trata de un movimiento lento) y al fin me sorprende. Jamás había visto una mirada tan fulminante. Sí, así es, exactamente: un rayo se ha abatido sobre él. Primero, a causa de la revelación de mi presencia. En segundo lugar, supongo, por la imagen que proyecta él en ese instante, la del chico cortejado, que ha puesto la mano al descuido sobre la cadera de la chica. Peor imposible. Se ha quedado blanco y rígido como un cadáver. La chica no se da cuenta de nada, sigue coqueteando, charlando, gritándole cosas al oído porque la música está demasiado alta y para acentuar su proximidad, sin duda, él ya no la escucha pero ella no lo sabe. Solo el amigo que se encuentra a su lado parece intrigado por el cambio de expresión, por el cambio de postura. Pero no deduce nada, de entrada, dado que no está mirando hacia mí, no ha entendido que el responsable de esa metamorfosis soy yo.

¿Y yo, qué cara pongo? No debo de mostrarme más brillante ni más valeroso. La desazón debe de desfigurarme, dando a mi expresión una mezcla de despecho y de tristeza. Nadine, que ha vuelto a mi lado con unos vasos de ponche, lo ve todo, me conoce demasiado. Años más tarde, me confesará que aquella noche lo comprendió. Por mi derrumbe. Comprendió mi amor por el muchacho de ojos oscuros. Comprendió mi amor por los

chicos en general. Tuvo una revelación. O más bien la confirmación. Como si ya lo *supiera* antes de aquel minuto pero ese saber no hubiera alcanzado su consciencia y la alcanzara entonces, a la luz tamizada de una fiesta de cumpleaños, como un fulgor. En el momento mismo no dice nada. Me tiende el vaso de plástico. Yo tardo un poco en cogerlo.

Bebo mucho, desmesuradamente. Un ponche tras otro. Voy a servirme con regularidad de una gran ensaladera en la que nadan trozos de fruta sanguinolenta.

Hablo con desconocidos, les hago un montón de preguntas, fingiendo interés por ellos, y tal vez sienta verdadero interés por ellos, es una manera como cualquier otra de no pensar en T. Al día siguiente, algunos llegarán a decir que soy bastante simpático, que *mi fama no me hace justicia*.

También bailo. Y eso que no sé bailar. Me avergüenza mi cuerpo. La debilidad de mi cuerpo. Pero ¡qué diantre!, se baila de maravilla en la cima de un volcán. Además, lo que me mata entonces no es el sentido del ridículo.

Salgo al jardín, piso el césped, en un rincón hay unos tipos fumando un cigarrillo, les pido que me den una calada, se ríen de mi borrachera pero acceden, yo me pongo a toser enseguida. Desde luego, no es lo mío.

Pregunto por el servicio, me precipito hacia el interior, vomito, me quedo mucho rato con la cabeza inclinada sobre el vómito. Aporrean la puerta.

Vuelvo a la pista de baile, sigo bailando, me olvido de mi cuerpo, me olvido de la vergüenza.

T. y yo nos rehuimos.

Me digo: ¿qué tiene eso de nuevo, en el fondo? ¿Acaso no nos pasamos la mayor parte del tiempo rehuyéndonos? ¿Echándonos de menos?, ¿fallándonos? (y sonrío por la contradicción —con una sonrisa desdichada, por supuesto; incluso trágica).

A altas horas de la madrugada, se apodera de mí el deseo de abrazarlo, de

abrirme paso entre la gente para abrazarlo. El exceso de alcohol ha acabado con todas mis inhibiciones.

Todas, salvo esta.

Incluso en pleno abandono, en plena disolución del yo, sigo siendo obediente. Y me detiene la envergadura del riesgo que correría. Un riesgo mortal.

Decido marcharme de la fiesta.

Recuerdo haber caminado largo rato, después, en medio del frío, por el arcén de la carretera comarcal, para volver a casa, haber vislumbrado el resplandor pálido de las farolas que iluminan la entrada de la ciudad, haberme torcido el tobillo en una grieta del asfalto deteriorado, haber oído el quejido de un perro, haber despertado a mis padres al subir por las escaleras (se encendió la luz de su cuarto, debieron de mirar la hora, intercambiaron algunas palabras en susurros), haberme desplomado en la cama sin desnudarme siquiera, haber tenido tiempo de pensar a lo largo de todo el trayecto que es mejor tener aventuras que enamorarse, pero que a veces no se puede elegir.

Cuando vuelvo a ver a T., al cabo de dos días, me he prometido no comentar nada sobre la velada, sobre el naufragio. Él tampoco dice palabra al respecto. Hacemos el amor. Hasta me parece que aflora un poco más de ternura que de costumbre. No obstante, cuando los cuerpos yacen el uno junto al otro, con la mirada vuelta hacia el techo, brotan las palabras, las palabras que se suponía que no debían brotar. Provocan nuestra primera crisis. Mis celos estallan. Mi infancia. Mi explicación es torpe, tormentosa. T. me deja hablar. Al final, dice: es así, no hay nada que discutir (incluso creo que dijo: negociar). *Si lo prefieres, lo dejamos.* Si ya no lo soportas. Ahora mismo, de inmediato.

Yo le digo: no, no lo dejemos.

El terror a perderlo se ha impuesto a cualquier otra consideración. La dependencia.

Las citas clandestinas se reanudan con normalidad. Los besos en todo el cuerpo. El amor en el picadero. Lo que solo nos pertenece a nosotros. Lo incommunicable.

Una vez, una sola vez, nos enfrentamos a un imponderable. Mi madre vuelve a casa de improviso. Está indispuesta, ha pedido si podía salir antes de la oficina, su jefe ha accedido, introduce la llave en la cerradura, desde el segundo piso no la oímos, entra en casa, deja sus cosas, su bolso, se cree sola, se supone que su marido y su hijo están fuera, es ella la que nos oye, la que sorprende el eco de nuestra conversación en mi cuarto, me llama un poco inquieta para asegurarse pero no obtiene respuesta alguna, acabamos de copular, estamos embotados como ocurre a veces después de copular, enfrascados en una cháchara sin hilo conductor, como no respondo ella empieza a subir las escaleras, su inquietud ha ido en aumento, chirría bajo sus pasos, el chirrido sí que lo oímos, el pánico se apodera de nosotros, también nos deja petrificados, ¿qué podemos hacer?, ¿saltar de la cama a toda prisa, corriendo el riesgo de que acelere el paso, convencida de que ocurre algo *anormal*, o no movernos y correr el riesgo de que nos descubra así, echados, desnudos?, repite mi nombre, comprendo que es mi madre que se acerca, que está a punto de llegar, al otro lado de la puerta, a un metro de presenciar cómo se derrumba su mundo, que va a abrir la puerta, que resulta ineluctable (pero ¿por qué no tiene miedo?, ¿por qué no se larga?), le digo: sí, aquí estoy, trabajando, ella dice: pero no estás solo, te he oído hablar, le digo: estoy con un compañero, nos han anulado una clase y hemos venido aquí para preparar una presentación, ella dice: ah, pues entonces no os molesto, no se atreve a abrir la puerta, no se atreve, al final nos ha salvado mi talento para inventar mentiras plausibles, ella dice: pero si queréis merendar os preparo algo (todavía le prepara la «merienda» a su hijo de diecisiete años), le digo; no hace falta, no te preocupes, añado: ¿estás bien?, ¿por qué has vuelto tan temprano? (y Thomas me regaña ahogando un grito: pero ¿por qué insistes?, ¡si ya se estaba yendo!, le digo: esto confirma que

no tengo nada que ocultar, que no «viene el coco», sé que hay que vestir las mentiras), ella me cuenta que tenía escalofríos y migraña, todo a través de la puerta, dice: debo de estar incubando algo, y se marcha escaleras abajo. Más tarde, cuando Thomas y yo aparecemos en la cocina, como unos colegiales repeinados, lavados de nuestros pecados, sin despertar sospecha alguna, mi madre nos mira sin malicia, con ingenuidad. Thomas se dirige a ella para darle la mano, respetuosamente. Por la noche me dirá: qué educado, tu amigo.

Por lo demás, ¿qué ocurre ese invierno y esa primavera? Jean-Marie Le Pen aparece por primera vez en *L'heure de la vérité*, un programa de entrevistas a políticos. Entra en el plato de Antenne 2 junto a François-Henri de Virieu con *Live and Let Die* de Paul McCartney de música de fondo y la expresión de quien ya ha ganado. Los Juegos Olímpicos se celebran en Sarajevo, Yugoslavia. Todavía existe Yugoslavia. Son seis repúblicas, cinco naciones, cuatro lenguas, tres religiones, dos alfabetos y un solo partido, tal y como le gustaba repetir a Tito, que reposa en un mausoleo en Belgrado conocido como «la Casa de las Flores». Aún no es un país desmembrado, pero el comunismo ya agoniza. Perrine Pelen gana dos medallas de esquí. Me acuerdo de su cara de niña y de su pelo corto. David, el niño-burbuja, muere a los doce años. Nació aquejado de una inmunodeficiencia combinada severa, condenado a sucumbir en su primer año de vida. Sus padres decidieron encerrarlo en una burbuja estéril. Se convertirá en una especie de cobaya ante la mirada de las cámaras. Un trasplante fallido acaba con su existencia trágica. En Gran Bretaña, los mineros empiezan una huelga. Todavía no sabemos que durará un año, que se cobrará varias víctimas, que inspirará a The Clash, que los huelguistas volverán a sus puestos de trabajo sin haber conseguido nada, que Margaret Thatcher acabará despellejando al movimiento obrero. En Francia, centenares de miles de personas se manifiestan en defensa de la escuela privada, a la que llaman escuela libre. La apropiación, la usurpación de ese adjetivo me saca de quicio. Mi consciencia política se despierta entonces. Indira Gandhi ordena el asalto al Templo Dorado de Amritsar, manda tanques contra ese santuario sij y, al

cabo de unas semanas, será asesinada por un sij. Y está el sida, por supuesto. El sida que nos arrebatará la inconsciencia.

He escrito la palabra: amor. Aunque me he planteado emplear otra.

Al menos porque el amor es una idea curiosa: difícil de definir, de acotar, de establecer. Existen tantos grados de amor, tantas variaciones... Podría haberme contentado con afirmar que estaba enternecido (y es verdad que T. sabía hacerme flaquear, ceder, de maravilla), o cautivado (sabía atraer, conquistar, halagar e incluso hechizar como nadie), o turbado (a menudo provocaba una mezcla de perplejidad y de emoción, sabía tomar las riendas de la situación), o seducido (me atrapaba entre sus redes, me embaucaba, me ganaba para sus causas), o prendado (estaba alborozado de la manera más tonta, me encendía con cualquier cosa); incluso cegado (dejaba al margen lo que me incomodaba, minimizaba sus defectos, ponía por las nubes sus cualidades), perturbado (ya no era del todo yo), cosa que no tendría un sentido tan favorable. Podría haber explicado que era simple afecto, que me conformaba con estar encaprichado, una fórmula lo suficientemente vaga como para englobar cualquier cosa. La verdad, la pura verdad, es que estaba enamorado. Más vale emplear la palabra precisa.

Con todo, me he preguntado si pudo ser una invención. Ya saben que siempre andaba inventándome cosas y que estas resultaban tan verosímiles que la gente acababa creyéndome (en ocasiones, yo mismo era incapaz de distinguir entre lo verdadero y lo falso). Más tarde lo convertí en un oficio, me hice novelista. ¿Acaso podría haber creado esta historia con todas sus piezas? ¿Podría haber transformado una obsesión erótica en una pasión? Sí, es posible.

En junio hacemos la sele. En julio, una lista colgada en un tablón de anuncios negro nos comunica que hemos aprobado. Yo estoy contento, como corresponde a las circunstancias. T. se pone aguafiestas, me espeta:

pero si nunca se te ha pasado por la cabeza que no fueras a aprobar, ¿no? Tú no has temblado buscando tu nombre en la lista. Incluso la mención de honor estabas convencido de que la conseguirías, ¿verdad? Le digo que eso no quita la alegría, que se puede saborear el momento, la dulzura del verano.

No he comprendido que la sele significa *el final de la historia*.

O más bien me he negado en redondo a considerarlo, me he instalado en la negación. He ocultado la frase sublime y terrible, que ya pronunció el primer día: «porque tú te marcharás y nosotros nos quedaremos».

(*A posteriori*, me quedo atónito por mi actitud. Yo, tan racional, tan pragmático, ¿cómo logré desechar la evidencia, la certeza del final? Supongo que no quería que me desbordara la tristeza por anticipado. Por lo demás, haré exactamente lo mismo con las muertes programadas, con los vencimientos previsibles, me comportaré como si la vida fuera a continuar, la víspera de su muerte hablaré con mis amigos imaginándome el futuro, aunque estén demacrados, impotentes, intubados en lechos de dolor, y cuando me anuncien su fallecimiento sentiré estupor, será como una revelación).

T., por su parte, no se ha olvidado de nada, no ha escamoteado nada. Por eso tiene una expresión enfurruñada.

No sé qué se oculta *en concreto* tras esa expresión. Si me pusiera a reflexionar, diría: melancolía, tristeza, tal vez, el principio de una nostalgia que sabrá enmendarse enseguida; o nada de eso, dado que se ha esforzado tanto en no comprometerse jamás. En cualquier caso, no diría: desesperación.

Por mi parte, cuando al fin cobre consciencia de la ruptura, experimentaré un desgarró, un sufrimiento muy puro. Siempre pensé que sería yo quien más sufriría. Incluso razoné que sería el único en sufrir.

A veces, uno carece de discernimiento.

Justo después de los resultados de la sele, le digo: ven, que te quiero enseñar la cámara que me han regalado mis padres. Bromea: al menos no estaban muy preocupados, si te han hecho un regalo antes de saber... Yo me

encho de hombros. Añade: ¿esa es la no única excusa que se te ocurre para que vayamos a tu casa, para que follemos, para celebrar esto...? Suelto una carcajada, ignoro que es mi última risa con él. La casa está vacía, el cuarto acoge nuestra cópula.

Y luego, sin pensar, sin demasiada esperanza tampoco, lanzo una propuesta: podríamos ir a dar una vuelta con tu moto, por el campo, así aprovecho para estrenar la Canon. Para mi gran sorpresa, acepta sin rechistar. Salimos de inmediato. El aire es cálido, la luz casi cegadora. Acabamos parándonos en un rincón que me encanta, apartado de todo.

Y me pongo a hacer las primeras fotos. Thomas se mantiene algo alejado, intuyo que se divierte con mi excitación infantil, va a sentarse a un murete de piedras pardas, arranca una brizna de hierba para tener los dedos ocupados, me doy la vuelta y lo descubro en esa postura, lo encuentro más hermoso que nunca. Tras él, un cielo amarillo y un roble. Quisiera inmortalizar ese instante, el instante de su belleza en el mes de julio que acaba de empezar, pero presiento que, si se lo pido, me dirá que no. Y me niego a fotografiarlo a sus espaldas. Me acerco despacio, ya resignado. Sin embargo, casi a mi pesar, sin duda porque el deseo es demasiado poderoso, formulo mi requerimiento. Vacila, distingo la vacilación en su mirada, y al final acepta. Me quedo turulado, pero no lo muestro y me apresuro a regular el objetivo antes de que se desdiga. Hago la foto. En la foto, lleva unos tejanos y una camisa de cuadros arremangada, y conserva la brizna de hierba entre los dedos. Y sonrío. Con una sonrisa ligera, cómplice; tierna, creo. Que me ha perturbado durante mucho tiempo siempre que he observado la foto. Que todavía me perturba mientras escribo estas líneas y lo contemplo, colocado sobre la mesa, aquí, justo aliado del teclado del ordenador. Ahora lo sé. Sé que Thomas tan solo consintió esa única foto porque había comprendido (decidido) que sería nuestro último momento juntos. Sonrío para que me lleve su sonrisa.

Luego llega el momento de viajar a la isla de Ré (para mí). Como cada verano desde la infancia. Y es que la isla siempre ha formado parte de mi vida. ¿Por qué razón? Allí vivía el mejor amigo de mi padre, a quien

conoció a los veinte años, durante el servicio militar; decían: «en el regimiento». Cuando escarbo en mi memoria, el recuerdo más antiguo que aparece, cada vez, es de la isla: tengo tres años, llevo unos pantalones cortos, una camisa marinera, una gorra de ciclista en miniatura y me encuentro en la proa de un barco, sentado en el regazo de mi madre. El sol me hace entrecerrar los ojos. El barco es el transbordador que une el continente con la isla, entre La Pallice y Sablanceaux. La travesía dura veinte minutos. El deslumbramiento que experimento en ese instante no me ha abandonado jamás, todavía lo siento mientras consigno el recuerdo. Explica la obsesión por el mar que atestigua el conjunto de mis novelas.

Todos los veranos desde entonces, pues, los paso en la isla. Hacemos cola durante horas en el embarcadero, esperamos pacientemente con un calor insoportable, el escay del coche se nos pega a los muslos. Pero, una vez en la cubierta del transbordador, nos olvidamos de todo, de la espera, de la humedad, bajamos del coche y obra el embeleso, aspiramos el aire en el que se mezclan los efluvios del carburante con la sal marina, contemplamos el centelleo en la superficie de las aguas. En cuanto alcanzamos la otra orilla, salimos pintando hacia Sainte-Marie.

En esa época, la isla es muy popular: hay *campings*, vacaciones pagadas, mesas plegables junto a las carreteras y gorros de tela con el logo de Paul Ricard. No es el anexo de Saint-Germain-des-Prés en el que se ha convertido hoy. La piedra de los muretes es oscura, los postigos color verde botella.

Por la tarde vamos a bañarnos cerca de Saint-Sau-veur, a pie, el camino está flanqueado por pinos piñoneros. Me encanta esa playa que huele a macro-algas, esa agua de mar tibia y turbia. De hecho, una vez estuve a punto de ahogarme allí (de ahí viene, tal vez, quién sabe, mi manía de que muchos de los personajes de mis novelas se ahoguen, aunque la experiencia no me dejó secuelas). Hoy, cuando me cruzo con niños en esa playa, cuando los veo correr por las dunas, o echarse sobre las piedras calientes del murete que hace las veces de dique, los contemplo con una sonrisa. Me acuerdo de que fui como ellos, en la inconsciencia, la ligereza, el sol. Uno jamás se desprende de su infancia. Sobre todo si ha sido feliz.

(A veces lamentaré que mi infancia y mi adolescencia fueran tan indolentes, tan protegidas, tan corrientes, porque a menudo se siente uno obligado a hacer valer un trauma que se remonta a la más tierna edad —como quien enseña sus papeles a la policía— para justificar que escribe. Pero yo no he sufrido violaciones, ni incestos, ni una familia tarada, ni a un padre desconocido, ni a un padre conocido, ni una fuga, ni una deriva, ni una enfermedad grave, ni pobreza, ni la alta burguesía, nada con que armar un libro que llame la atención, nada que *haga vender*).

En fin. Ese verano de 1984 no debería contravenir la regla. Ahí están, como siempre, la gran bahía de Rivedoux, los pequeños acantilados de La Flotte, los tapiales de Bois-Plage, las salinas de Ars y la punta rocosa de Saint-Clément. Ahí están, como siempre, las malvarrosas en las callejuelas, las agujas de pino que crujen bajo los pies en el bosque del Trousse-Chemise y las encinas bajo las que guarecerse. Ahí están, como siempre, las fortificaciones de Vauban para protegerme de invasiones imaginarias, la abadía a cielo abierto que me daba tanto miedo de noche y el faro de Baleines que me causa vértigo. Ahí están, como siempre, los chicos de mi edad con quienes me encuentro cada año, antes íbamos al tiovivo, ahora frecuentamos bares. Todo está en su lugar, todo me apacigua.

Pero añoro a T. Lo añoro horrores. Y eso lo cambia todo. ¿Se han dado cuenta de que los paisajes más hermosos pierden su esplendor cuando los pensamientos nos impiden contemplarlos como es debido?

No le escribo ninguna carta, ni mucho menos una postal, me lo ha prohibido. Por teléfono le llamo muy poco, como me ha pedido con insistencia. De todas formas, durante el día trabaja en el campo, no está disponible. Por la noche no sé qué hace, no quiero saberlo. Y luego se marcha a España, siguiendo su propia tradición. Entonces sí que se vuelve inaccesible.

A comienzos de agosto me acuesto con un chico que ha instalado una tienda en el *camping* Les Grenettes. Hacemos el amor allí, bajo la lona, con promiscuidad, sobre un saco de dormir que apesta a sudor.

Me he acercado a él por su pelo rubio, decolorado por la sal y el sol, por sus ojos verdes, y porque resultaba fácil. No busco diversión, ni una manera de apaciguar el dolor, tampoco busco una alternativa, no, de verdad, cedo a lo fácil, eso es todo.

Ese otro cuerpo, tan distinto al de T., me confunde. No tengo referencias, es desagradable. Es agradable, también.

Cuando vuelvo a Barbezieux alrededor del 15 de agosto, llamo a T. Me contesta su hermana Nathalie, la que estudia secretariado. Es ella quien me dice con una voz monocorde: se ha quedado en España, tenemos familia allí, no sé si lo sabe (me trata de usted, ignora quién soy, habla con desenvoltura, me la imagino ocupada con otra cosa: pintándose las uñas o arreglándose el pelo), le han ofrecido un trabajo, lo ha aceptado, no quería continuar los estudios, así que tanto le da estar aquí o allí.

Cuando termina de pronunciar estas palabras estalla un ruido en mi cabeza. El ruido de la sirena del barco que suelta las amarras, que se aleja de la tierra firme. Sí, ese mismo ruido, lo juro. Un estruendo desgarrador. No sé por qué.

Un día escribiré sobre los barcos que zarpan y sobre cómo se despiden cuando sueltan las amarras, escribiré la historia de una mujer que contempla la partida de los barcos desde el muelle de Livorno. Precisamente me remontaré al ruido mate de la sirena, en mi oído, a finales del verano de 1984. Un zumbido que se apaga poco a poco.

Después es distinto. Ya no es un ruido, sino una sensación física, un choque,

como una colisión. Soy el accidentado a quien los camilleros sacan de entre un montón de chapa, llevan en una camilla a toda prisa, trasladan en una ambulancia, dejan en las urgencias de un hospital, confían a los buenos cuidados de un médico de servicio, el gran herido a quien operan urgentemente porque está perdiendo mucha sangre, porque tiene algunos miembros destrozados, además de lesiones, y luego el superviviente operado, cosido, enyesado, que se va despertando de la anestesia, todavía bajo el efecto del cloroformo pero ya presa de los dolores que se reavivan, del recuerdo del traumatismo, y más tarde el convaleciente desorientado, sin referencias, sin energía, sin voluntad, que a veces se pregunta si no hubiera sido mejor dejarse la piel en el fragor de la caída, pero que se cura, dado que a menudo uno se cura.

Sí, esta analogía tan trillada es la más esclarecedora.

En septiembre, a la vuelta de las vacaciones, me marchó de Barbezieux. Me convierto en un interno del instituto Michel-de-Montaigne de Burdeos. Ingreso en las clases preparatorias para entrar en HEC, una de las escuelas de negocios más prestigiosas de Francia. Empiezo una nueva vida. La que han elegido para mí. Colmo las esperanzas que han depositado en mí, me doblego a la ambición que han alimentado por mí, tomo el camino que me han trazado. Entro en vereda. Borro a Thomas Andrieu de mi memoria.

Capítulo dos 2007

OceanofPDF.com

Otra vez en Burdeos. Han transcurrido más de veinte años. La ciudad ha experimentado una verdadera metamorfosis. Cuando yo tenía dieciocho años era sombría, los muros parecían recubiertos de hollín. Ahora es clara, han revocado las fachadas, domina el color ocre. Antaño era cerrada y decadente. Ahora se ha abierto, los jóvenes campan a sus anchas, al atardecer hasta tiene algo español a causa de la gente reunida en las plazas o en las terrazas de los cafés, de las copas que tintinean, de las conversaciones que se lleva el viento ligero, del buen humor. Antes la burguesía estaba avejentada, ahora es bohemia. Pero, sobre todo, la ciudad ha redescubierto su río desde que rehabilitaron y acondicionaron los muelles. Tiempo atrás, allí había mataderos abandonados, malas hierbas, alambradas de espinos, barro, ni se lo imaginan. Ahora ya ven lo elegantes que son las orillas, el césped, los plataneros, el espejo del agua y el tranvía justo enfrente.

Soy escritor. Me encuentro en la ciudad para participar en un debate y firmar ejemplares en una librería. La prensa habla de mi última novela. Mi vida gira en torno a los libros. Por la noche es demasiado tarde para regresar a París, ya no hay trenes, me han reservado una habitación en un hotel, cerca de las avenidas de Tourny. A la mañana siguiente todavía tengo una cita con una periodista y luego ya podré disfrutar un poco la ciudad, tal vez ir a pasear por la orilla del Garona, justamente, antes de marcharme de verdad, de volver a casa.

Ocurre esa mañana, precisamente. La entrevista está a punto de terminar

cuando distingo la silueta del joven de espaldas, con una maleta, que sale del hotel. Cuando veo *la imagen que no puede existir* y grito su nombre. Me levanto de manera precipitada para alcanzar al chico en la acera, le pongo la mano en el hombro, se da la vuelta.

Y es *casi* él.

Digamos que la semejanza resulta más que sobrecogedora. Es tal el parecido que me causa un temblor a lo largo del espinazo, me hace tambalear, me provoca un ligero desequilibrio, por unos segundos me deja sin aliento (la situación tiene repercusiones físicas, consecuencias corporales, del mismo modo que las situaciones de peligro inminente generan un pánico que entraña cierta desarticulación, cierta contracción).

Los rasgos son idénticos, la mirada es igual, resulta turbador. Turbador.

Pero despunta una ínfima diferencia, que probablemente se deba a la disposición general, o a la sonrisa.

Y esa ínfima diferencia logra hacerme entrar en razón, devolverme a lo aceptable.

Al joven, tras recobrarne, no le digo: disculpe, me he equivocado, lo he confundido con otro. Tampoco le digo: si supiera cómo se parece usted a una persona que traté hace tiempo. Digo: eres *clavado a tu padre*. Me contesta al vuelo: siempre me lo dicen.

Y luego enmudecemos. Yo sigo contemplándolo, como si se tratara de un cuadro. Es decir, escruto los detalles, me alargo, comportándome como si él no fuera un ser vivo, como si no me mirara. Un cuadro, desde luego.

El cuerpo se me apacigua.

El joven debería estar incómodo por el escrutinio. Intentar zafarse. O incluso considerarlo fuera de lugar, grosero. Pero no, decide divertirse, me

sonríe. Tenía razón yo: la sonrisa no es exactamente igual.

Le pregunto si tiene prisa o si, por el contrario, le da tiempo a tomar un café. O más bien me oigo formular esa propuesta, que se me escapa, que surge sin reflexión previa, sin el filtro de la inteligencia, que atestigua mi imperiosa necesidad de retener al hijo milagroso, de no dejar que se marche por nada del mundo, para interrogarlo mejor, por supuesto, para rellenar los vacíos, para colmar una ausencia de veintitrés años. No tengo ocasión de oponerme a esa necesidad retorcida, ni mucho menos de descifrarla o de asustarme. Se ha expresado, a mi pesar, y ahora debo arreglármelas.

Dice que debe coger un tren dentro de una hora, que puede quedarse *un poco*. Paradójicamente, me asombra que acceda sin rechistar a la petición de un extraño: yo no lo habría hecho, me habría sustraído a la inquisición, habría continuado mi camino, habría reconquistado mi soledad.

Lo ha entendido, por supuesto. Sabe a qué se debe mi interés por él. Pero ¿por qué eso le basta para quedarse? Como ha dicho él mismo, a menudo le recuerdan ese parentesco, por lo que podría estar harto. No expresa ningún hartazgo. Sigue sonriendo. Y me da una explicación de por qué ha aceptado mi invitación. Dice: *debió de amarlo mucho para mirarme así*.

Vamos a sentarnos donde estaba antes con la periodista. Me despido de ella abruptamente. Me quedo solo con el joven. Digo: ni siquiera sé cómo te llamas. Dice: Lucas (y ese nombre, tan habitual en mis libros, me turba, como si, decididamente, no hubiera lugar para el azar). Me presento a mi vez. Continúa: usted es un amigo de juventud de mi padre, ¿verdad? Oigo la expresión, la encuentro hermosa, es falsa pero hermosa. Digo: sí, eso es, un amigo de juventud...

La frase se queda en suspenso. Y es que la emoción vuelve a apoderarse de mí a causa de la voz que me recuerda a otra, de la gestualidad también, que

presenta unas similitudes fascinantes. Ignoro qué parte se debe a la genética y cuál a la imitación.

Le pregunto si Thomas está bien. No digo Thomas, por supuesto. Digo: tu padre. La pregunta parece de circunstancias, de cortesía, un paso obligado, un comienzo natural. No obstante, se trata de algo muy distinto: existencial, tal vez. Por suerte, mi interlocutor no lo sabe, lo interpreta como simple cortesía. La sonrisa vuelve a iluminarle la cara, en la que se mezclan la malicia y la perplejidad. Dice: con él es difícil saber si está bien, siempre es tan hermético... ¿Ya era así, en su época? Oigo «en su época», entonado sin malicia, pero que despacha mi juventud a tiempos remotos, reduciéndola a una curiosidad, a un objeto de estudio, a una rareza. Contesto que jamás ha sido expansivo, desde luego, que su naturaleza lo llevaba más bien al mutismo, al menos a quedarse al margen. Lucas tiene un aire muy distinto: parece jovial, abierto a los demás, nada hosco. No ha heredado la hosquedad de su padre.

Le pregunto si sigue viviendo en el mismo lugar, sorprendido por mi propia indiscreción. El hijo me lo confirma: ¡claro! ¿Se lo imagina viviendo en otro sitio? Mi padre es de esa gente que nunca se marcha. Que se muere donde nació. En un reflejo de defensa, le digo: ¿y tú no? Explica: a mí me apetece ver mundo. A mi edad es normal, ¿no? Asiento, sin insistir. Y enseguida le hago observar que su padre también se alejó, antaño, cuando encontró un trabajo en España. Añado: fue entonces cuando nos perdimos de vista. Articulo las últimas palabras sin hacer ningún énfasis, como si la vida fuera eso, simplemente, frecuentarse y perderse de vista y continuar viviendo, como si no hubiera desgarros, separaciones que te dejan exangüe, rupturas de las que te cuesta horrores recuperarte, añoranzas que te persiguen durante mucho tiempo.

El hijo replica: ¡Galicia tampoco es Perú! Está a la vuelta de la esquina.

Además, para nosotros es parte de la familia. Francamente, he visto exilios más impactantes.

Percibo el apetito y la desenvoltura de aquellos que han crecido en un planeta encogido, para quienes el viaje no es una expedición sino una aventura cotidiana, para quienes el sedentarismo es una muerte encubierta. Veo al chico cosmopolita. Pienso que probablemente el destino habría sido distinto si su padre hubiera tenido esa misma inclinación. Si no hubiera vivido en *otra época*. Y si hubiera sabido liberarse de sus propias trabas.

El hijo añade: bueno, dicho esto, sin su paréntesis español (¿se puede emplear un término más preciso?), yo no hubiera nacido. Mi rostro expresa incompreensión. Lucas la disipa de inmediato: fue allí donde conoció a mi madre.

Acto seguido, me cuenta la historia.

Thomas está contratado en una gran propiedad en Galicia junto con sus tíos y sus primos. Al parecer, se desloma, se deja la piel en las labores, incluso aunque haga un sol de justicia o llueva a mares, empieza muy temprano por la mañana y es uno de los últimos en terminar, es el orgullo de los demás hombres. Su tía, por su parte, dice que se mata trabajando. ¿Acaso ha adivinado que no es del todo normal que un joven de dieciocho años, que podría haber *continuado los estudios*, se vuelque hasta tal punto en tareas que solo requieren sus brazos, su fuerza bruta? ¿Ha percibido que esa abnegación probablemente sea una forma de olvidarse, de diluirse, una forma también de ponerse a prueba, de hacerse daño? Soy yo quien lo formula, Lucas se contenta con evocar al chico que trabaja la tierra en condiciones inhumanas. La imagen heroica se impone ante mis ojos.

Una noche, en una fiesta de pueblo, en medio de las guirnaldas, al son de un acordeón ebrio, Thomas distingue a una chica. Tiene diecisiete años, se llama Luisa, es morena de piel, se dirige hacia ella. En ese momento pienso que han reescrito la historia, que la escena no puede ser tan cinematográfica, los años contándola una y otra vez han moldeado esta

especie de leyenda familiar de los orígenes, sin duda. Supongo que no hubo flechazo, sino simplemente vino, una noche calurosa, mariposas revoloteando, la idea de que nada importa en realidad y de que todo es posible, cosa que se confunde con el enamoramiento. Además, sé que Thomas no puede abordar a una chica de manera natural, que por fuerza lo retiene su pudor y *lo que es*; debió de ser ella quien venció sus propias inhibiciones y supo arreglárselas para pasar por alto la vergüenza y el pavor del muchacho. También sé que uno debe abandonar una parte de sí mismo para parecerse a los demás.

Eso es lo que ocurre esa noche en Galicia, la noche de las guirnaldas.

La cosa podría no tener futuro. No debería tenerlo.

Pienso en todos los chicos cuyo camino se ha cruzado con el mío, durante unas horas, en medio del alcohol y las drogas, a quienes no he vuelto a ver jamás, esos cuerpos con los que me he entrelazado al hilo de noches salvajes y a los que he perdido al amanecer, esas miradas que me han subyugado y que he olvidado en cuanto he alcanzado el placer. Para esos chicos solo he sido un tipo de paso, un amante fugaz, un nombre incierto; ¿cuántos de ellos se acuerdan realmente de mí?

Considero que la juventud suele carecer de ataduras, de deberes.

Sin embargo, esos jóvenes vuelven a verse. Se acercan.

Estoy convencido de que Thomas se obliga. Objetarán que me niego a aceptar que cambie de trayectoria, de orientación, o simplemente que sucumba a un sentimiento desconocido hasta entonces, porque soy obtuso, estoy celoso o despechado, pero insisto, no se trata de despecho, estoy seguro de que le dedica la misma aplicación testaruda que al trabajo. El mismo empeño en olvidarse, en volver al camino recto, el que le recomienda su madre, el único posible. ¿Acaba creyendo en él? Esa es la única cuestión.

Una cuestión fundamental. Si la respuesta es que sí, entonces probablemente pueda ir avanzando a lo largo de los años. Si la respuesta es que no, entonces está condenado a una desdicha sin fin.

Entonces, el azar, por llamarlo de algún modo, decide por ellos, por él. Luisa se queda embarazada. Torpeza, mala suerte, imprudencia, qué más da, el caso es que esperan un hijo. Un hijo del que no pueden deshacerse, que crecerá en el vientre de su madre. En la España católica, con esas cosas no se juega.

El propio hijo del accidente lo cuenta así. Sabe que no fue deseado, que fue concebido cuando sus padres apenas se conocían, cuando estaban en la flor de la juventud, cuando probablemente sus caminos hubieran acabado separándose de no haberse producido el accidente. Sabe que, en otro país, en otra cultura, en otra época, jamás habría nacido. Dice: bueno, qué le vamos a hacer, es así. Añade: además, creo que los hijos no buscados no necesariamente crecen peor que los demás. No se equivoca.

Yo también soy un hijo no deseado, una casualidad, un descuido. Mi madre tenía veinte años cuando me dio a luz. Y no me ha faltado el amor.

Cuando se entera de que va a nacer un niño, la madre de Thomas —de costumbre, dulce y reservada— ordena que se casen. La boda tiene lugar dos meses después, en la iglesia de Vilalba. Uno no se opone a los decretos de una mujer que ha formulado tan pocos a lo largo de su existencia, uno no se enfrenta a la voluntad de una mujer que prácticamente no ha manifestado ninguna.

¿Y Thomas, en toda esta historia? Estoy convencido de que no se rebela. No tiene manera (los que le indican qué *debe* hacer son demasiado poderosos, lo dominan por completo). Pero probablemente tampoco le

apetece (son tan felices; su padre se dice: mi hijo ya no abandonará la tierra, su madre se regocija de que su hijo repita su historia con veinte años de diferencia: casarse con la joven española). En el fondo, la suerte acaba de elegir en su lugar, él se deja hacer, se resigna. Tal vez también se diga: es una señal del destino, hacía falta este encadenamiento de circunstancias para escapar a la desviación, para que todo vuelva a su cauce. La boda se celebra en primavera.

Lucas dice: he visto las fotos de la boda, mi madre las puso en un álbum, las mira con cierta regularidad, supongo que le gusta acordarse de su juventud.

(O bien confunde la juventud con la felicidad; se trata de una confusión frecuente). En esas viejas fotos de hace más de veinte años: los novios adolescentes en los escalones de la iglesia, endomingados, con ropa prestada, granos de arroz, la familia a su alrededor. Los recién casados en un jardín, bajo unos soportales de los que cae una glicina, ella sujetando con fuerza un ramo de flores, él con la cabeza muy erguida. El aperitivo y, al fondo, los muros de piedra de la granja, los paisajes extrañamente célticos que dan la imagen engañosa de una posible huida. La cena de gala, las grandes mesas, el gusto de estar juntos. El baile bajo las guirnaldas, las bombillas de colores, la promesa de un futuro dichoso.

Lucas añade: de todas formas, hay algo que me ha chocado de las fotos a fuerza de tenerlas delante de las narices: mi padre parece algo triste. Supongo que no era de los que sonríen por obligación.

Yo pienso que la tristeza no era para llevarle la contraria al fotógrafo, pero me muerdo la lengua, por supuesto.

Y me digo: si la tristeza ya estaba ahí, en las primeras horas de casados, si era tan inmensa que no podía disimularla, ni siquiera en los instantes de mayor comunión, de la fiesta más dichosa, entonces debió de ser un lastre durante todos los años posteriores, debió de pesarle mucho, muchísimo.

El joven prosigue: entiendo que me digan que me parezco a mi padre. En las fotos me da la impresión de verme a mí. Con la diferencia de que yo sonrío.

Recuerdo que una vez me encontré una foto de carnet olvidada en un estante de la biblioteca, en la casa de Barbezieux. Y pensé: ¿de cuándo es? Busqué alguna fecha, alguna coyuntura, la edad que debía de tener entonces. Deduje que debí de hacerme la foto para el documento de identidad, algunos años atrás; nunca se utilizan todas las fotos de esas series de cuatro, siempre queda una o dos en algún cajón o en la cartera, que uno saca al cabo de mucho tiempo, a menudo sin pretenderlo. Antes de que mi madre, a quien se la enseñé, soltara, como si nada: no eres tú, es tu hermano, ¿no reconoces el jersey?, tardé unos minutos en recobrarme por haber aceptado que tenía la cara de otro. Que no era más que una copia. Un calco.

Lucas dice que no sabía que se puede heredar todo de uno de los dos padres y nada del otro. Comento que sus hermanos y hermanas, suponiendo que tenga, tal vez se parezcan a su madre, que la distribución tal vez se ha llevado a cabo de esa manera. Entonces precisa que es hijo único, que sus padres no tuvieron más hijos, que la cosa se acabó, que su madre quería más pero su padre no, que aguantó, que jamás cedió, lo cual no impedía que su madre se quejara, a veces delante de otra gente, y que entonces la mirada de su padre se volvía dura, llena de una cólera fría.

Susurra (sí, la verdad es que habla en un tono de voz más bajo, como si confesara un secreto, o como si le costara pronunciar esas palabras), susurra que le hubiera gustado tener una hermanita, que así no habría estado tan solo de niño. Habla de los años de soledad en la granja. A su alrededor solo

había adultos. Y campos hasta el horizonte.

Se corrige de inmediato. La hermana de su padre a veces fue como una hermanita para él, porque había que cuidarla todo el rato, porque no era autónoma, porque cuidarla era sentirse útil, porque vivir con ella era como vivir en un cuento, pues tenía momentos de poesía pura, fulgores sublimes, ya que se imaginaba mundos enteros. Me cuenta que la internaron en una institución especializada, que su padre tuvo que aceptarlo, aunque se le partía el alma. Sigue allí.

Concluyo que Thomas volvió a Francia para trabajar con su padre. Lucas dice que sí, que eso fue lo que ocurrió. Que se acabó España, la juventud. Que se impuso Charente, la mujer, el hijo que criar, la hermana retrasada, el viñedo, el ganado.

Le pregunto si todavía se parece a su padre. Dice: ¡sí, sí! Apenas ha cambiado, ¿sabe? Es raro que cambie tan poco, que envejezca tan despacio. Si lo viera, lo reconocería enseguida.

Me complace la idea de un Thomas intacto, que no ha engordado ni se ha estropeado con el paso de los años. Conozco a muchos hombres que han cambiado radicalmente, en su mayoría en torno a los treinta: la cara se les abotarga, el cuerpo se les ensancha y el pelo se les vuelve ralo. Pocos escapan a esa calamidad. Yo mismo soy de los que han sufrido los estragos del tiempo, ya no me asemejo en nada a aquel adolescente del patio del instituto una mañana de invierno, la flacura ha desaparecido, me ha cambiado la cara, llevo el pelo corto, mi aspecto se ha aburguesado, solo conservo la miopía, las gafas que sustituyen la mirada.

También me perturba la perspectiva, perfilada sin intención alguna por parte del hijo, sin proyecto de ejecución, pero formulada pese a todo, de *volver a ver* a su padre. Jamás he contemplado esa posibilidad. Muy deprisa, a los dieciocho años, cuando me entero de que se ha instalado en España, cuando empiezo una nueva vida que me llevará de Burdeos a París, pasando por la Normandía, admito que lo que vivimos juntos pertenece

irremediablemente al pasado. Tengo esa certeza de lo irrevocable. Su «si lo viera», pues, me resulta inconcebible. Forma parte del orden de lo ininteligible.

(Me corrijo. Porque acabo de mentir. De mentirles. Evidentemente, tardé un tiempo, muchísimo tiempo, en resignarme al adiós, en admitir que todo estaba perdido. Durante largo tiempo continué esperando alguna señal. Confié en la añoranza y el remordimiento. Me planteé provocar un reencuentro. Empecé cartas que no llegué a enviar. Además, el deseo no se apaga como una cerilla al soplarla, sino que se consume. La verdad es que acabé renunciando. La posibilidad del reencuentro ha desaparecido).

Lucas consulta el reloj y me doy cuenta de que es el que llevaba Thomas, el Casio digital. Observa mi sorpresa, sin poder relacionarla con la situación: su padre desnudo junto a mí en una cama, un cuarto de siglo antes. Asegura que ahora es *vintage*, que esas antiguallas vuelven a estar de moda, sacude el puño, con orgullo. Dice: debería marcharme, si no perderé el tren.

Pero yo no quiero perder al hijo accidental, todavía no, así no. En medio de la precipitación, le propongo acompañarlo a la estación. Le digo: cojamos un taxi, llegaremos antes y te resultará más práctico. Acepta la invitación, sin vacilar.

(¿Acaso mi aturdimiento se debe, en parte, al deseo? ¿Resulta impertinente? Dado que Thomas se me ha reaparecido casi idéntico, ¿es de extrañar que mi deseo se rearme de manera casi idéntica?)

Andamos hasta el Gran Teatro, encontramos un taxi sin dificultad, bajamos por la Rue de l'Esprit-des-Lois en dirección a Quinconces y luego a los muelles, pasamos por delante del Palacio de la Bolsa, cuya fachada es de un ocre muy amarillo, el sol de la mañana se refleja en las ventanas altas,

parecen señales cegadoras, recorremos la ribera del Garona y no puedo evitar pensar (seré retorcido) en todos los jóvenes que han hallado ahogados en el río, sin explicación alguna, muchachos desaparecidos a quienes encontraron semanas más tarde, nunca se ha sabido si saltaron de un puente, si tuvieron la desgracia de resbalar mientras andaban por el muelle o si los empujaron a las aguas crecidas, algún día intentaré escribir un libro sobre las desapariciones inexplicables, sobre los misterios de esas muertes, pasamos cerca del barrio de Saint-Michel, que frecuenté mucho cuando estudiaba en el instituto Montaigne, afloran los recuerdos, incluidos los de las vueltas tambaleantes al amanecer, yo podría haber sido uno de esos chicos que se ahogan, el taxi da un rodeo por calles más sombrías, que no han caído en las garras de la modernidad, para volver al Cours de la Marne y llegar al fin a la estación de Saint-Jean. La plaza de enfrente ya no se parece en absoluto a la que conocí antaño. Mugrienta, ventosa, ocupada por los bajos fondos; hoy un rutilante tranvía se desliza en silencio por la explanada.

Durante el trayecto, digo: ni siquiera te he preguntado qué haces aquí, en Burdeos. Me explica que está de paso, que ha acudido a una entrevista para realizar unas prácticas en un castillo del Médoc. Como la entrevista era ayer por la tarde, ha tenido que pasar la noche en la ciudad, ahora vuelve a Nantes, donde estudia. Digo: ¿quieres trabajar en el sector del vino? Se troncha de risa. Dice que no, que lo que quiere es trabajar en la exportación.

Entramos en la estación, en el alboroto de la estación, reconozco los muros de mármol rosa y marrón, las escaleras que ascienden desde la sala de los pasos perdidos. Pienso que tal vez debería haberle dicho adiós en el taxi. Me ha sorprendido su insistencia en que lo acompañara hasta el andén, pero he cedido enseguida. Le pregunto si el tren que espera es un Corail. Dice que sí. Ese era el tren que cogía yo los viernes por la tarde cuando regresaba de Burdeos para pasar el fin de semana en casa. Me acuerdo de las puertas correderas y de los acordeones entre los vagones (todavía no llamaban

convoy al tren), del estruendo que se oía al pasar de un vagón a otro, del hedor de los retretes, una mezcla de orina y de desinfectante, en dos palabras, de los pasillos estrechos a lo largo de los compartimentos cerrados con asientos para ocho personas, de la gente que fumaba, de los militares que abandonaban su guarnición con un permiso de dos días, de sus uniformes, de su impedimenta verde oliva, de su virilidad desacomplejada. Me acuerdo de lo largo que me parecía el trayecto, aunque no lo era, pero el tren se paraba en todas las estaciones, se me hacía interminable, leía libros para matar el aburrimiento, leí a Duras, leí a Guibert en los trenes Corail, en medio de jóvenes militares. Me apeaba en Jonzac, la estación más cercana a Barbezieux (en Barbezieux no hay estación, antaño aseguraron que no la querían), mi madre me esperaba dentro del coche, en el aparcamiento. Ella no sabía nada de Guibert ni de los jóvenes militares. O más bien fingía no saber nada y corríamos un tupido velo.

Me digo que Lucas se parará en Jonzac dentro de un rato. Pero también en Châtelailhon-Plage, una anticuada ciudad costera donde tengo una casa, un chalé junto al mar que compré en un arranque y que algún día se convertirá en «la casa atlántica». Para mí, la geografía siempre ha sido la materia literaria más inspiradora.

No puede haber seguido el curso de mis pensamientos. Y, sin embargo, me espeta: de hecho, no me ha contado si está trabajando en algún nuevo libro...

Lo miro de hito en hito, desconcertado. En el decorado de mármol rosa y marrón, en el desorden de las idas y venidas, observo al hijo como si se me revelara, como si todo lo que creía saber de él fuera erróneo, lo descubro despojado de ingenuidad, de la inocencia que tan bien le sentaba.

La imagen es la de dos hombres inmóviles en medio de una muchedumbre en movimiento.

Digo: ¿sabes que escribo?

Dice: sé quién es usted. Lo he sabido en cuanto ha aparecido ante mí, en el hotel, en la acera.

Se expresa sin fanfarronería, pero con aplomo.

En ese instante me planteo la hipótesis de que tal vez me haya visto alguna vez en la tele y que goce de una memoria excelente. O que casualmente haya leído alguno de mis libros, aunque lo dudo; los chicos de veinte años no leen mis libros, o muy pocos.

Pone término a mis especulaciones: mi padre me ha hablado de usted. Un día que salió en la tele dijo que le había frecuentado en el instituto.

Rememora lo extraño que le pareció entonces su padre, agitado, de hecho, cosa que le asombró porque siempre lo veía calmado. El hijo atribuyó esa agitación a la sorpresa, al estupor. Además, no todos los días se conoce a alguien que sale en la tele. Ni todos los días aparece alguien de tu pasado remoto, sin preaviso.

Digo: pero ¿cómo es posible que te acuerdes de mí? Si solo me viste aquella vez, con él.

Me corrige: le he visto varias veces. Cuando las revistas de la tele anunciaban que saldría usted en algún programa, lo veíamos.

El padre ordenaba silencio, la madre prefería volver a la cocina, a otros quehaceres, no le interesaban demasiado los escritores, no le interesaban demasiado las experiencias de su marido antes de conocerla. El hijo, por su parte, se quedaba. No se atrevía a hacer preguntas. Dudaba que su padre le contestara. Pero se quedaba. Estaba más pendiente de su padre, hipnotizado por el televisor, que de la pantalla.

Dice: se leía todos sus libros, aunque nunca había leído.

Comenta que los libros se encuentran en casa, en algún lugar, no a la vista, en un armario, sin duda, o en el desván, pero en cualquier caso allí están. El hijo se acuerda de una cubierta en especial: se trata de un cuadro, un bar, una mujer con un vestido rojo sentada a la barra, junto a un hombre con un traje y un sombrero, están muy cerca el uno del otro, casi se rozan,

entre ellos hay proximidad, pero no se sabe si es intimidad, también se ve a un camarero al otro lado de la barra, vestido de blanco, inclinado hacia delante, atareado con algo. Dice: es un cuadro americano, ¿no?

Digo el nombre del pintor. Soy incapaz de articular nada más.

Sigue el alboroto, el vaivén de viajeros, de existencias que se cruzan, de cuerpos que se rozan antes de perderse para siempre, como en el vestíbulo de un hotel, y de anuncios por megafonía marcados por esa horrible sintonía, ese lalalala, ese *do-sol-la-mi* que me exaspera.

Y me da la impresión de que pierdo a Lucas, que se vuelve vago, que incluso el decorado se vuelve inconsistente, un poco como los relojes blandos de Dalí.

Con todo, una voz me devuelve a la realidad, la del hijo: bueno, ¿en qué está trabajando ahora mismo?

Tardo un puñado de segundos en retomar la palabra. Primero le digo que no sé hablar de los libros mientras los escribo, porque todavía son demasiado imprecisos, demasiado cambiantes, y porque no tengo la certeza de que vaya a salir de cuentas (empleo a propósito esta expresión del vocabulario del embarazo), añadido que también es por superstición. No me cree, lo adivino por su manera de enarcar las cejas. Cedo al instante: la historia de dos amigos inseparables a quienes el tiempo acaba separando. Lucas sonrío. Le insinúo que no lo interprete en clave personal. Preciso que mis libros son siempre ficciones, que no escribo sobre la vida de verdad, que no me interesa.

Me pregunta si ya tengo título, porque *son importantes los títulos*. Le contesto que aún no estoy seguro. Insiste. Suelto que la novela se titulará, sin duda, *La traición de Thomas Spencer*.

Parece reflexionar. Preguntarse si se trata de un buen título. Temo que se detenga en el nombre del protagonista. Que vuelva a sonreír. Pero no. Alza la cabeza hacia el panel de información, como si quisiera comprobar si ya está anunciado su andén, y luego se vuelve hacia mí.

Dice: traiciona a su amigo, su Thomas Spencer, ¿verdad?

Digo: es un poco más complicado... De hecho, traiciona su propia juventud.

Dice: es lo mismo, ¿no?

De repente, el número de andén aparece en el gigantesco panel de información.

Acto seguido, Lucas anuncia que se marcha, que debe dejarme, que se alegra de haberme conocido, que le habría gustado charlar más, pero bueno. Me estrecha la mano para despedirse. No añade ninguna ceremonia, ningún sentimiento. Luego se aleja. La separación no ha durado ni diez segundos. La dispersión.

Al cabo de unos pasos, se detiene y vuelve hacia mí.

Me pregunta: ¿tiene algo para apuntar? Le doy su número. Llámelo, le hará ilusión.

Obedezco, al menos para guardar las formas. Saco mi teléfono, tecleo las diez cifras a medida que las pronuncia, las diez cifras que vuelven accesible a Thomas por primera vez en veintitrés años.

A continuación, me observa largamente.

No comprendo su insistencia. Digo: ¿qué? ¿Qué ocurre?

Dice: ¿y su número cuál es? No, se lo pido porque es usted de los que no llaman.

Le doy mi teléfono. Él toma nota.

Digo: ¿y tu padre, crees que es de los que llaman?

Vuelve a clavarme la mirada largamente. De nuevo, me quedo petrificado por la semejanza.

Dice: eso lo sabe usted. Estoy seguro de que lo conoce mucho mejor que yo.

Esta vez, el hijo gemelo se marcha de verdad. Me devuelve a la soledad. La más profunda, la que se siente en el corazón de una gran muchedumbre. Solo puedo abandonar la estación. Y caminar. Caminar durante mucho

tiempo.

Nunca llamaré a Thomas.

Sin embargo, dudaré mucho. En varias ocasiones, cogeré el teléfono, marcaré su número, solo será cuestión de pulsar la última tecla y, cada vez, desistiré.

¿Las razones? Cambiarán según el día.

En esa época, vivo con A., quince años menor que yo, a quien no le gustan los hombres pero a quien le gusto yo, vayan a saber por qué, es una historia coja y, por tanto, frágil, temeré romper ese equilibrio precario. Porque no me contento con palabras vacías: llamar a Thomas, hablar con él, pedirle que volvamos a vernos, quizá, sería de todo menos anodino. No puedo decir: al fin y al cabo, es una simple llamada para retomar el contacto. Sé que es mucho más que eso. Aunque él me expresara un rechazo rotundo, el mero hecho de llamarlo sería una forma de traición —se vuelve a sentir, siempre se vuelve a sentir algo—. O, sin llegar a ese extremo, el gesto hacia Thomas significaría un gesto de suspicacia respecto a A., un distanciamiento, la constatación de una carencia amorosa.

Por otra parte, temo que la realidad se muestre cruel. Teníamos dieciocho años, ahora tenemos cuarenta. Ya no somos los que éramos. Ha pasado el tiempo, la vida nos ha arrollado, nos ha cambiado, nos ha transformado. No nos reconoceríamos. Tanto da que nuestra apariencia siga siendo parecida a la de antaño, lo que ya no se parece en nada es el fondo de nuestro ser. Thomas está casado, es padre, se encarga de una granja en Charente. Yo soy novelista, me paso la mitad del año en el extranjero. ¿Acaso los círculos de nuestra existencia tendrían el más mínimo punto de intersección?

Pero, sobre todo, no volveríamos a encontrar lo que nos empujó al uno hacia el otro. Esa urgencia tan pura. Ese momento único. Hubo unas

circunstancias, una serie de azares, una suma de coincidencias, una simultaneidad de deseos, algo en el aire, algo ligado a la época y al lugar, también, y eso creó un momento, y eso provocó el encuentro, pero todo se distendió, todo se fue en direcciones distintas, todo estalló, como unos fuegos artificiales cuyos cohetes explotan en el cielo nocturno en todos los sentidos y cuyos destellos caen en forma de lluvia, muriendo a medida que bajan en picado y desapareciendo antes de alcanzar el suelo, para no quemar a nadie, para no herir a nadie, y entonces el momento ha terminado, ha muerto, no regresará jamás; fue eso lo que nos ocurrió.

Thomas tampoco me llamará nunca.

OceanofPDF.com

Capítulo tres

2016

OceanofPDF.com

Hace unas semanas recibí una carta de Lucas, dirigida a mi editorial y reenviada de inmediato a mi domicilio. Nueve años después de nuestro único encuentro, me escribía. En la carta me comunicaba que estaría de paso por París durante la última semana de febrero (consulté el matasellos, el envío se había hecho desde Charente), que le gustaría verme, se corregía, de hecho, *necesitaba imperativamente* verme, porque debía entregarme algo, se mostraba enigmático, como si el enigma fuera necesario para obligarme a contestarle afirmativamente, o como si no estuviera seguro de que la carta me llegaría realmente o la abriría alguien y conviniera cierta elipsis. Me imaginaba muy ocupado con la publicación de mi última novela, cuyo título mencionaba, pero tenía la esperanza de que lograra *encontrar un rato* para él. Me dejaba su número de teléfono. Me aseguraba que se adaptaría a mi agenda, la suya era flexible.

En efecto, yo debía acudir a algunas librerías para hablar de mi libro, pero la última semana de febrero estaba más bien disponible, no tenía ninguna razón para declinar su propuesta.

Además, me había intrigado, lo reconozco.

No me atreví a llamarlo, creo que temía verme obligado a entablar una conversación por teléfono, hubiera tenido que empezar preguntando por las novedades, llenando los vacíos, los años transcurridos, él hubiera tenido que esquivar la cuestión para no entrar de lleno en el asunto, pensé que ese contacto nos pondría en una situación incómoda, así que me contenté con escribirle un sms, proponiéndole un lugar y una hora. Menos de un minuto después me contestó: apuntado, allí estaré.

Elegí el Café Beaubourg porque se encuentra justo al lado de casa. Por la mañana, porque reina la calma. El primer piso, porque casi nunca sube nadie, y me encanta la vista del Centro Pompidou.

Llego el primero, un poco nervioso, lo confieso. He comprado los periódicos en el quiosco de abajo, los hojeo sin leerlos, sin detenerme en nada en particular. Simplemente constato que hablan de las primarias americanas, que unas fotos de Donald Trump y de Hillary Clinton ilustran los artículos. Ese frenesí preelectoral, a golpe de miles de millones de dólares, suele apasionarme. Pero esa mañana no. La mañana de la reaparición de Lucas Andrieu no.

Cuando se presenta, lo reconozco enseguida. Sube por la escalera de caracol, lentamente, buscándome con la mirada. Una vez que me ha localizado avanza con calma en mi dirección. Su cuerpo se ha vuelto pesado, su adolescencia se ha difuminado por completo; su gracilidad. Ahora parece menos desenvuelto, más construido. Es un hombre quien se acerca a mí.

No sonrío. Yo guardaba en la memoria su brío, su encanto. La seriedad le ha invadido los rasgos. Pero tal vez no sea más que reserva, un poco de timidez ante ese reencuentro al cabo de tantos años. Un reencuentro organizado, además. Al eliminar el azar, queda una especie de solemnidad.

No obstante, lo que más me impresiona es que tenga la piel tostada. Se lo comento de entrada, una manera como cualquier otra de entrar en materia, que nos ahorra las fórmulas convencionales, los saludos incómodos. Dice: es que ahora vivo en California, allí siempre hace sol, ya lo sabe.

Me explica su «ya lo sabe»: de hecho, un día leí una entrevista en la que contaba que vive una parte del año en Los Ángeles. A veces me decía que íbamos a cruzarnos. Los Ángeles es una ciudad inmensa, por supuesto,

incluso interminable, no hace falta que se lo cuente, pero a veces las coincidencias... No se dio el caso... Y no podía llamarle porque no conservaba su número.

Le pregunto qué hace en California. Me explica que trabaja para una bodega de prestigio, para uno de esos viñedos que han comprado cepas francesas y las cultivan en su tierra, es el director comercial (emplea un término anglosajón, la traducción es mía). Pienso: al menos alguien ha cumplido sus sueños de juventud.

Digo: ¿y has vuelto a Charente para pasar unos días de vacaciones?

Enseguida —sí, es cuestión de dos o tres segundos, algo muy breve, pero muy espectacular—, por el ensombrecimiento de su cara, por la agitación de sus párpados, por el nerviosismo inmediato de sus manos, por su tristeza, simplemente, comprendo que ha sucedido una desgracia.

Comprendo qué desgracia ha sucedido.

Lucas busca las palabras. Y yo no quiero que las pronuncie. No quiero oírlas. Se pueden rechazar las palabras que te hieren, al igual que un caballo rechaza un obstáculo.

Me anticipo a las palabras hirientes, digo: ¿cuándo ocurrió?

Dice: hace dos semanas, tuve que volver precipitadamente.

Me cuenta el mazazo de esa noticia inesperada, la llamada en plena noche, la diferencia horaria, el limbo, cómo le zumbaban los oídos, pidió que se lo repitieran para asegurarse de que lo había entendido bien, no hacía falta, desde luego, pero lo necesitaba.

Mientras habla, rememoro con exactitud un lunes de mayo de 2013. Para

mí, era en torno a las nueve y media de la mañana —había encendido el móvil, que siempre apago durante la noche—. Acababa de prepararme para acudir a una cita. Llegaba puntual (siempre llego puntual), me disponía a salir de casa y a coger un taxi. El teléfono me indicó que tenía un mensaje de voz. Pulsé el botón de los mensajes. Apareció «Mamá» y la hora al lado: 8.21.

Lo supe enseguida.

Sin embargo, siempre me había imaginado que ocurriría de manera distinta. Que el día que me llamara para anunciarme la funesta noticia, yo descolgaría. Que me diría: tu padre ha muerto. Por lo demás, desde hacía unos meses, se me aceleraba el pulso cada vez que tenía que contestar una llamada suya. No se me había ocurrido que me dejaría un mensaje, que no tendría más remedio. *A posteriori*, pensé que simplemente podría haberme dicho: llámame, y habérmelo dicho de viva voz. Pero hubiera sido absurdo, por supuesto. Tan solo su voz —nada viva, precisamente, ya muerta, agotada, en cualquier caso, e interrumpida por los sollozos— era una confesión. Me dijo: soy mamá, ya está, papá se ha marchado. Las palabras que nos crucifican son las palabras más simples. Casi palabras infantiles.

¿Y después? Llamé a S., que se encontraba en el cuarto de baño. Tuve que llamarlo dos veces: la primera, no me oyó. Por el tono de mi voz, él también lo comprendió enseguida. No me preguntó nada, vino a abrazarme. Yo estaba quieto frente a la ventana, mirando la cima de los árboles, las fachadas de la Rue Froidevaux, donde vivía entonces, o ya no miraba nada, seguramente, él se deslizó detrás de mí y me abrazó. En ese momento brotaron las lágrimas. Ya no sé si acabé diciendo algo. No lo creo. Tendría que preguntárselo a S. Tiene una memoria prodigiosa. Nunca se olvida de nada.

Justo después, continúa diciendo Lucas, tuvo que volver a lo cartesiano: organizar el viaje a Barbezieux, encontrar los horarios del próximo vuelo Los Ángeles-París, reservar un billete de avión y otro de tren por Internet, tener la suerte de que quedaran plazas, sonrío cuando dice la suerte, preparar una bolsa de viaje, anular las citas; cosas concretas, precisas,

materiales, que le distraían de la tristeza, al menos por unos instantes, pero entonces se trataba de salvar lo que pudiera salvarse, empezando por los instantes, un minuto tras otro. Se trataba de aguantar. Un minuto más. Y otro minuto.

Al cabo de veinticuatro horas, llegaba a su destino.

Al cabo de veinticuatro horas, descubría el cuerpo de su padre en la sala de velatorio.

Cuando entra en la salita, en cuya puerta hay colgado un cartel con el nombre del finado (así acabamos todos, con el nombre en una puerta de un tanatorio), lo que le sorprende es la luz azulada y el olor de lo que supone que es el producto químico que se utiliza para embalsamar. Es su manera de no dirigir la mirada hacia el ataúd, de darse una tregua antes de doblegarse. Cuando al fin posa los ojos en el ataúd abierto, se apodera de él una sensación inenarrable: su padre parece debatirse entre la vida y la muerte. A todas luces, su inmovilidad cérea y esa ínfima semejanza consigo mismo confirman que ya no pertenece al mundo de los vivos, el hecho mismo de que yazca en un ataúd constituye una demostración cegadora, pero el maquillaje le ha devuelto la tersura a la piel y todo su ser parece simplemente adormilado hasta tal punto que Lucas no excluye que su irrupción pueda despertarlo. Se acerca a regañadientes, le toca la frente, tiene el cráneo duro como una piedra, esta vez no le cabe ni un ápice de duda de que está muerto. Algo le apacigua: los embalsamadores han llevado a cabo una labor admirable, no queda ni rastro de la cuerda alrededor del cuello.

Doy otro paso de gigante en mi aturullamiento.

Dice: mi padre se colgó. Lo encontraron ahorcado en la granja.

Quisiera no visualizar la escena, quisiera prohibirme esta prueba, ahorrarme este masoquismo, pero es superior a mí, se impone el escritor, incluso en

esas circunstancias, el que se lo imagina todo, el que necesita ver para hacer que los demás vean, siempre acaba formándose una imagen, siempre se impone: veo el cuerpo colgado del extremo de la cuerda, la cabeza inclinada, la carótida comprimida, el ligero balanceo, la cuerda está atada a una viga, la silla se ha volcado, los rayos de un sol invernal se filtran a través de unas tablas y se deslizan entre la paja.

A la imagen se le superpone un recuerdo. En primavera de 1977 o 1978, encontraron a una colega de mi padre, una maestra, ahorcada en su aula. Se llamaba Françoise. Recuerdo que era muy alta, que siempre llevaba la cabellera despeinada y vestidos de flores holgados; en aquella época estaba de moda. Debía de tener unos treinta y cinco años. Algunos conocidos insinuaron que se había quitado la vida para escapar al estrés de su oficio. Es posible. En cualquier caso, la gente expresó su estupor y su tristeza. Yo tenía diez años entonces y, por extraño que pueda parecer, dije que Françoise llevaba la desgracia escrita en la cara, que a mí no me sorprendía en absoluto. Expliqué que había decidido *no seguir adelante*. Sin embargo, yo no sabía nada de la muerte, ni mucho menos del suicidio, pero me salió esta frase. Me mandaron callar.

Una confesión. También hago otra cosa, además de visualizar la escena, otra cosa, además de convocar un recuerdo; me digo: ¿qué pensó Thomas en el último momento, después de pasarse la cuerda alrededor del cuello, antes de volcar la silla? Y, primero, ¿cuánto tiempo duró?, ¿unos cuantos segundos?, porque no tenía sentido perder el tiempo, una vez tomada la decisión, debía ejecutarla, ¿un minuto?, pero un minuto en esas circunstancias es interminable, ¿cómo lo llenó?, ¿con qué pensamientos?, y vuelvo a mi pregunta. ¿Acaso cerró los ojos y revivió episodios de su pasado, de su más tierna infancia, por ejemplo, su cuerpo echado en la hierba, con los brazos en cruz, vuelto hacia el azul del cielo, con una sensación de calor en las mejillas y los brazos?, ¿o revivió episodios de su adolescencia?, ¿un paseo en moto, la resistencia del aire contra su torso?,

¿fue presa de detalles que no se esperaba, de cosas que creía haber olvidado?, ¿o bien hizo desfilar rostros y lugares, como si tratara de llevárselos consigo? (En cualquier caso, estoy convencido de que al final no se planteó renunciar, que su determinación no flaqueó, que el arrepentimiento no se opuso a su voluntad). Si persigo la última imagen que se le formó en la mente, surgida de su memoria, no es con la esperanza de haber formado parte de ella, sino porque creo que, al descubrirla, recobraré nuestra intimidad, volveré a ser lo que nadie más fue para él.

Lucas dice: ya sé qué me va a preguntar, pero no, no dio explicaciones, no encontramos ninguna carta.

Supongo que buscaron la carta, que la esperaron, para no quedarse solos con las preguntas, los porqués, para no tener que superar el espantoso remordimiento de no haber visto venir nada, para que no los corroyera la culpa, para no tener que enfrentarse al misterio de esa muerte, pero el finado no les concedió el honor de escribirles. Se marchó sin aliviar de antemano su mala consciencia. ¿Acaso quiso castigarlos?, pero ¿por qué? ¿O simplemente se atuvo a esta verdad fundamental?: a fin de cuentas, la muerte es una cuestión individual.

A todas luces, al hijo extraviado le esperan algunas noches en blanco. Ya es mucho perder a tu padre. Todavía es más duro que este se marche antes de la cuenta. Pero es un horror, un infierno, que decida quitarse la vida. Así que le dará vueltas y más vueltas. Le revolverá las tripas. Intentará recordar los últimos tiempos para hallar algún indicio, algún comienzo de interpretación, alguna aclaración, se reprochará no haber percibido la desesperación (pues, al fin y al cabo, de eso se trata, ¿no?), pero siempre acabará tropezando con esa realidad testaruda: no lo sabe. Su única certidumbre será la tristeza.

Le pregunto por su madre, que a la fuerza debe de estar afectada por el drama.

Lucas agacha la cabeza al instante y su abatimiento se me antoja otra derrota, un hundimiento.

Me revela que ella no estaba presente en el entierro. Añade, en un torpe intento de justificación, o en una maniobra dilatoria, que casi no había nadie, en realidad, que los bancos de la iglesia estaban prácticamente desiertos. Dice que su padre acabó pagando su hosquedad.

Replico que la desertión de su esposa no solo debía de ser culpa del aislamiento de él. Que por fuerza tuvo que ocurrir algo.

Alza la cabeza: ha llegado el momento de contar la historia; en el fondo, me ha convocado para eso, sin duda, para contarme la historia, para que la escuche alguien que pueda entenderla.

Años atrás, no especifica la fecha, Thomas Andrieu decide cambiar radicalmente de vida. El vuelco se produce de la noche a la mañana. Nada lo presagiaba, no había dado ninguna señal de aviso, pero lo había organizado todo.

Reúne a sus padres, a su mujer y a su hijo en la gran cocina de la granja, se muestra grave, determinado, no tiembla, ni siquiera se aclara la garganta, el hijo se acuerda de eso, de la falta de vacilación, de la impasibilidad, una gran resolución acompañada de una gran sangre fría, es lo que más recuerda, prosigue, la calma, hasta se hubiera oído el vuelo de una mosca, emplea esta expresión, a pesar de que el padre todavía no ha dicho casi nada, pero es como si todos se esperaran que estallara, él se mantiene erguido, les anuncia *que se marcha*.

Cabe imaginar el pasmo, la incomprensión, el espanto, el grito que no se puede reprimir, la cólera que surge, tal vez las súplicas de la madre o de la esposa, pero nada de eso. Thomas ordena que guarden silencio. Dice que no ha terminado, que debe anunciar más cosas.

Precisa que se irá de casa, de la granja, que *todo eso ha terminado para*

él, que el padre tendrá que encontrar a otra persona, pillar un aprendiz o un sucesor, alguien que acepte *apechugar*, y vender a quien quiera comprar cuando le llegue la hora de jubilarse. Añade que, al abandonar la granja, también renuncia a sus derechos sobre ella, a heredar la tierra, que ya no es cosa suya, que ya no le atañe.

Continúa expresándose sin alharacas, en un tono monocorde, mira a su familia reunida ante él, pero es como si no la distinguiera, como si hubiera desaparecido, como si hablara con los campos que se pierden en el horizonte, con el viento, con las nubes huidizas de un cielo encapotado, a través del marco de la ventana.

Declara que ha contratado a un abogado para el procedimiento del divorcio, quiere que todo se lleve a cabo según las reglas, que haya una separación oficial, papeles, que nada quede en suspenso, así su mujer podrá *rehacer su vida* si lo desea, nada se lo impedirá, ningún vínculo le pondrá trabas. Declara que le deja el dinero y el patrimonio común, que no se lleva nada.

El hijo no lo interpreta como un gesto de generosidad o de desinterés, sino más bien como una forma radical de liberarse, de erradicar el pasado, de saldar las cuentas.

Añade que su hijo ya es mayor, que está a punto de terminar los estudios, que ha *salido del atolladero*, que encontrará trabajo fácilmente, que el mundo lo recibe con los brazos abiertos, no le preocupa el futuro de su hijo, le desea lo mejor, está convencido de que le ocurrirá lo mejor. Dice que él ya ha hecho *su parte de la trabajera*. El hijo no ha olvidado esta fórmula. En ese momento, le atraviesa el cuerpo como si fuera una espada.

Dice que va a instalarse en otro lugar, no lo nombra, no quiere que se pongan en contacto con él, desaparece, eso es todo.

No expresa ningún arrepentimiento, no da ninguna explicación. (Creo que actuó igual cuando decidió colgarse).

Al cabo de una hora, pone pies en polvorosa.

Entretanto, sin embargo, su mujer intenta retenerlo, bañada en lágrimas, aferrándose a él, con la esperanza de que su angustia y su vulnerabilidad lo

ablanden; Thomas no flaquea. Su padre lo cubre de insultos, echándole en cara que así, por lo menos, ya no será su hijo de verdad; Thomas parece indiferente a esa excomunión, que viene de lejos, contenida y expulsada al fin, como quien escupe bilis. Su madre intenta hacerlo entrar en razón; él objeta que lleva demasiado tiempo siendo razonable, tal vez la única pista que da. Lucas, por su parte, no dice nada.

Se queda agazapado en un rincón. Espectador de la fría determinación de ese hombre a quien acaba de descubrir, de ese progenitor que en esa ocasión tiene la cara de un perfecto desconocido y ya de un perfecto extraño. De un lejano.

Durante los ocho años siguientes, Thomas se muestra de un rigor ejemplar: ni un mensaje, ni una llamada, ni una señal de vida. Ha cambiado de número de teléfono, nadie sabe dónde vive, jamás se manifiesta, nadie se cruza con él, ni siquiera fortuitamente. A veces se preguntan si en realidad no ha muerto.

La familia acepta su dictado. A la fuerza. No se puede hacer nada contra la voluntad de un solo hombre. Pero ese pequeño mundo se debate, según los días, entre el resentimiento y la tristeza, entre el cuestionamiento y la furia, entre el aturullamiento y el odio. También especulan sobre él, creen que debe de haber regresado a España, o bien que viaja bajo una identidad falsa, o simplemente que se ha instalado en algún lugar remoto, donde vive como un eremita. Nadie se plantea que no viva en soledad. Sí, todo el mundo está de acuerdo en que por fuerza ha vuelto a su estado original, a la soledad. A punto están de convertirlo en una leyenda.

Pero, con el paso del tiempo, la cosa se disipa, se atenúa, o bien se dispersa como el polen en el aire al llegar la primavera. Lucas susurra: a todo se acostumbra uno, incluso a la deserción de aquellos a quienes se creía ligado de por vida.

Digo: hablas de deserción...

Me clava la mirada. Dice: es verdad que es usted escritor, que las palabras son importantes para usted. Tiene razón, las palabras importan. De hecho, durante mucho tiempo intenté ponerle palabras a su desaparición. Encontré varias, montones, incluso las clasifiqué por orden alfabético; ya que quiere saberlo todo: abandono, alejamiento, ausencia, desaparición, desvanecimiento, eclipse, escabullimiento, espantada, estampida, evasión, fuga, marcha, muerte, ocultación, partida, pérdida, retiro. Además de las que he olvidado.

Pero la que le parece más apropiada —no se atreve a decir: su favorita— es *deserción*, efectivamente. En general, se emplea a propósito de los espías que cruzaban la frontera, en un sentido u otro, cuando el mundo estaba dividido en dos bloques, durante la Guerra Fría. Dice: sí, me recuerda a aquel bailarín ruso, Nuréyev, ¿verdad?, que saltó por encima de la barrera que separaba el campo soviético del campo occidental en el aeropuerto de Le Bourget, a comienzos de los años sesenta.

En su gesto ve algo novelesco y peligroso, la manifestación de su rebeldía, de su indisciplina, un deseo irreprimible de libertad, la necesidad de liberarse. Y también un arrebato. Eso le gusta y, algunas noches, le hace pensar que la desaparición de su padre fue fruto de un arrebato así.

La palabra deserción encierra otra idea: su padre le falló, pero aun así él lo echó de menos. Y esa contradicción es muy reveladora.

Primero, una falta, una infracción, una violación. Se sustrajo a sus obligaciones, se apartó de los caminos rectos, infringió las reglas no escritas, pecó contra el orden establecido, compitió contra su bando, pisoteó la confianza que habían depositado en él, ofendió a sus prójimos y a sus amigos, los traicionó.

A continuación, una mordedura, un dolor, una tristeza. No estuvo presente cuando contaban con él, dejó un vacío que nadie pudo colmar, preguntas a las que nadie supo responder, una frustración irreductible, una necesidad afectiva que nadie estaba en condiciones de apagar.

Le pregunto si intentó hacer algo para seguir el rastro de su padre. Dice: al principio, no. Respeta su decisión, aunque no la comprenda, aunque le haga sufrir, aunque le parezca increíblemente ofensiva para su madre (supongo que esta negación también se debe a su orgullo herido). Suelta: bueno, al cabo de un tiempo me planteé buscarlo, incluso pensé en contratar a un detective. La necesidad de comprender se volvió más imperiosa. Y también la necesidad de tener una conversación. Porque el silencio lo enloquecía. Dice: al final, desistí. Debía centrarse en su vida de adulto, inventarse el futuro, no quería que el pasado fuera un lastre, ni mucho menos tristes asuntos familiares (el resentimiento ha vuelto a imponerse, el tiempo ha hecho el resto).

De todas formas, me pregunto cómo se logra aceptar ese punto intermedio, esa ausencia que no es la muerte, esa inaccesibilidad que no es irremediable, esa existencia fantasmal, cómo se resigna uno, cómo no es presa —a oleadas regulares— de la necesidad de corregir esa impostura, de poner fin a ese falso pretexto, de dejar de tolerar esa extrañeza, o simplemente no es presa de la añoranza (que se sufre sin cesar). Por mucho que se quiera respetar la libertad ajena (incluso cuando se considera egoísta), uno también debe enfrentarse a su propio dolor, su furia o su melancolía. Pero no se lo pregunto al hijo amputado.

Y, de repente, un buen día, contra toda esperanza, el padre acaba volviendo a la región. Se instala en una granja de los alrededores.

Eso fue el año pasado.

Corre el rumor de su regreso, que llega a oídos de sus allegados. Sin embargo, nadie va a interesarse por él. Ni sus padres, que lo dan por muerto. Ni su exmujer, que ha vuelto a Galicia, se ha casado de nuevo y no quiere saber nada de él.

Tan solo su hijo, aprovechando una de sus estancias en Francia, decide

ir a visitarlo.

Me cuenta que el hombre ha cambiado mucho, que está tremendamente avejentado, casi irreconocible. No obstante, para su asombro, lo invita a pasar, le pregunta si quiere beber algo, como si se hubieran visto el día antes, como si su vida cotidiana no se hubiera pulverizado en un abrir y cerrar de ojos y luego no se hubiera producido un apagón, ocho años de oscuridad absoluta. El hijo acepta la invitación, se sienta a la mesa, contempla al hombre envejecido, con el rostro surcado por las arrugas, no experimenta compasión alguna, ya no distingue su semejanza, incluso se pregunta si algún día llegaron a parecer gemelos. Lo único que reconoce es su hosquedad.

Entablan una conversación, pero enseguida se pierde en banalidades, en onomatopeyas, al cabo de poco ya solo habla el hijo. Entonces acaba formulando la pregunta inevitable, pidiéndole una explicación de su partida y su regreso. El padre no contesta, no se justifica. Se encierra en el mutismo. El hijo le pregunta si, al menos, siente remordimientos. El hombre alza la cabeza, le clava la mirada a su hijo. Dice: no. Dice: sentiría remordimientos *si hubiera podido elegir. Pero no pude elegir*. No dice nada más.

Le pregunto a Lucas si comprende las palabras de su padre.

Responde que sí. Precisa: ahora, sí. Han dado cuerpo a sus intuiciones de antaño. Digo: ¿qué/intuiciones? Me tiembla un poco la voz. El oye el temblor. Y me mira de hito en hito, con la intención de darme a entender que hablamos de lo mismo, que lo ha *comprendido*.

Dice: creo que empecé a barruntarlo en el hotel de Burdeos, pero no cuando usted me llamó en el vestíbulo creyendo que era mi padre, ni tampoco

cuando me dijo que me parecía a él, pues, al fin y al cabo, no era el primero, no, fue unos instantes después, cuando enmudeció y me miró, entonces comprendí que lo había amado, que había estado enamorado de él, lo vi clarísimo. En ese momento yo ya le había reconocido, sabía quién era usted, sabía que es homosexual, lo dice en la tele cuando se lo preguntan, contesta sin tapujos. En cuanto llegué a Nantes, aquella misma tarde, fui derecho a una librería, busqué sus libros, encontré *Su hermano*, *Un chico italiano* y *Decirte adiós*, me llevé los tres, los leí enseguida. Y esos libros confirmaron mis sospechas. En *Decirte adiós*, escribe cartas a un hombre a quien amó, que le abandonó y que nunca le contesta, y se pasa el tiempo viajando para tratar de olvidarlo. Digo: no soy yo quien escribe a ese hombre, sino una mujer, mi protagonista. Dice: ¿a quién pretender engañar? Prosigue: en *Su hermano*, el protagonista se llama Thomas Andrieu, tal cual. ¿Me va a decir que es casualidad? Bajo la mirada, negarlo sería un insulto a su inteligencia. Lo remacha: y *Un chico italiano* cuenta una doble vida, la historia de un hombre que no sabe elegir entre los hombres y las mujeres, y que miente. Me dio la impresión de que sus novelas eran como las piezas de un puzzle, que bastaba con ensamblarlas y entonces formaban una imagen comprensible.

Al cabo de ocho días volví a Lagarde, a casa de mis padres. Esperé a estar a solas con él para contarle que me había encontrado con usted. Supongo que daba por sentado que era mejor que mi madre no estuviera presente. Tendría que haber visto su cara en aquel momento: una confesión.

Sin embargo, no dijo nada, incluso fingió no darle importancia, pero ya era demasiado tarde, por un momento, mientras me oía decirle que le había visto, le flaquearon las rodillas, no se movió pero le juro que le flaquearon las rodillas.

En ese preciso instante, tuve la certeza de que había estado enamorado de usted, que sí que había ocurrido, que mi padre había estado enamorado de un chico.

Era abrumador.

No necesité preguntárselo.

De todas formas, me imagino que tampoco hubiera tenido arrestos. Luego me dije: quizá solo fuera un capricho, una fase, ocurrió, sí, pero

terminó, eligió otra cosa, la vida, una mujer, un hijo, seguro que pasa a menudo. Me dije: y cuando volvió a verlo en la tele se le reavivó el recuerdo, pero fue pura nostalgia, un secreto del pasado, todo el mundo tiene secretos, en realidad está bien guardarse cosas solo para uno mismo. Podría haber quedado ahí. Debería haber quedado ahí.

Pero dos días después de esa conversación, mi padre nos reunió para anunciarnos que se marchaba.

La revelación me fulmina. El verbo es de lo más apropiado, puesto que experimento una sensación física de ser atravesado por una descarga eléctrica. Y, justo después, de sufrir una parálisis.

Me pregunta: ¿no dice nada?

Se expresa sin bravuconería, sin acusarme. Más bien distingo curiosidad y la esperanza de que le secunde.

Contesto: no sé qué decir...

Y nada es más exacto que mi incompetencia, mi impotencia.

Con todo, Lucas espera. Espera mis palabras.

Tratando de mantener la sangre fría, acabo haciéndole observar que la partida de su padre parecía muy organizada: el abogado para el divorcio, la renuncia a la herencia, incluso debía de conocer su destino; no lo decidió de manera impulsiva. Añado que el encuentro entre su hijo y yo, aunque salía de lo habitual, desde luego, aunque pudiera removerle los recuerdos, carecía de importancia, al menos esa clase de importancia, no tenía por qué provocar semejante desbarajuste.

Lucas dice que está de acuerdo conmigo. Ha reflexionado mucho sobre ello. Y lo que descubrió tras su muerte lo ha reafirmado con creces. Según él, ese hecho tan solo *precipitó* una decisión que rumiaba desde hacía mucho tiempo, la volvió ineluctable. Fue una *revelación*. Su padre llevaba demasiado tiempo mintiéndose, sentía la necesidad de estar en consonancia consigo mismo, con urgencia.

Añade: de todos modos, a menudo me he preguntado si mi padre fue a su encuentro (la parte novelesca, loca, de la historia). Ahora sé que no.

Lo interrogo con la mirada.

Dice: tras su muerte, hubo que vaciar su casa. Fue rápido, casi no tenía nada, vivía de manera muy austera, hasta rechazaba el dinero que le ofrecía. Pero encontré unas cartas en el cajón de un armario, bien ordenadas, incluso escondidas con esmero. Después de leerlas me quedé muy sorprendido de que las hubiera conservado. Y más aún de que no las hubiera destruido justo antes de suicidarse. Supongo que quería que yo las encontrara. Supongo que remplazaban la carta de despedida que él no había escrito, que daban las explicaciones que él no había dado.

En primer lugar, estaban las cartas dirigidas a él. Todas procedían del mismo hombre, databan de poco antes de su regreso a Charente. A todas luces, el hombre era su *amante* (el hijo pronuncia la palabra sin tapujos, sin juzgar) pero no vivían juntos. Se deducía que su relación era secreta, que la mantenían a salvo de las miradas ajenas. El hombre estaba harto de la clandestinidad. Escribía que deseaba vivir con Thomas a plena luz del día, que no quería continuar ocultándose, que eso lo corroía como una enfermedad, daba a entender que el amor y el silencio también lo corroían. Un día le dio un ultimátum. Le escribió que si se negaba a aceptar su propuesta de vivir juntos, entonces prefería dejarlo para siempre. Que estaba al límite de sus fuerzas, que no seguiría adelante si las cosas no cambiaban radicalmente.

Lucas precisa que la última carta databa de la víspera del regreso de su padre a Charente. Thomas no cedió a la amenaza, tal vez tampoco cedió al amor. Se marchó, se anticipó a la ruptura.

Pienso: a fin de cuentas, se ocultó toda su vida, se mutiló toda su vida. A pesar de su gran partida, de su ambición de una nueva existencia, volvió a caer en sus propias trabas, en su vergüenza, en su imposibilidad para amar de manera duradera.

Me acuerdo de algunos hombres que he conocido en las presentaciones de mis libros, que me han confesado haberse mentido, haber mentido durante años y años, antes de aceptarse al fin, de dejarlo todo para volver a empezar (se reconocerán si leen estas líneas). Thomas no tuvo valor.

Digo: valor, pero tal vez se trate de algo distinto. Aquellos que no han dado el paso, que no están en consonancia con su naturaleza profunda, no necesariamente están asustados, sino tal vez desamparados, extraviados; perdidos como en medio de un bosque demasiado grande, demasiado frondoso o demasiado sombrío.

El hijo prosigue su relato. En el cajón encontró otra carta, dentro de un sobre cerrado, algo amarillento, sin destinatario. No se le ocurrió que fuera algo irrelevante, una factura o un documento oficial. Lo abrió con un poco de aprensión; de hecho, temía que su padre hubiera dejado allí sus últimas voluntades, pues, como se imaginaba, era el autor de esa carta.

Dice: de hecho, es una carta escrita hace mucho tiempo, que no llegó a enviar nunca. Está dirigida a usted. Empieza por su nombre. Data del mes de agosto de 1984.

Examino a Lucas. El encadenamiento de revelaciones crea un efecto de saturación, como cuando un amplificador no puede funcionar a mayor potencia. Para escapar a la distorsión de ese sonido que soy el único que oigo, le pregunto: ¿la has leído? Me contesta que sí. Y, justo después, la saca del bolsillo de su chaqueta y me la tiende. Está doblada en dos, un

poco arrugada. Dice: por esto le pedí que nos viéramos, para entregársela.

Añade: prefiero que la lea más tarde, cuando me haya marchado, porque es una historia entre él y usted, solo entre él y usted.

Le respondo que de acuerdo. Cojo la carta. Me pregunto si en realidad no teme que me derrumbe y quiere ahorrarme tenerlo de testigo.

¿Y después? Después, se hace el silencio. Largos minutos de silencio. Porque ya no hay nada que decir, porque todo ha sido dicho, porque ya solo queda separarse, pero no lo conseguimos, no somos capaces, en realidad querríamos quedarnos juntos un rato más, retener el momento, porque intuimos que será el último, que ya no habrá más.

Acabo diciéndole: ¿qué vas a hacer ahora?

Dice: regresar a California, he comprado un billete para el vuelo del domingo por la mañana. Vuelvo a casa, porque ahora mi casa está allí. Aquí ya no tengo nada que hacer, ya no conservo vínculos.

De nuevo, silencio. De nuevo, largos minutos en blanco. De nuevo, la mirada de uno clavada en la del otro. De nuevo, la inminencia postergada de la separación.

Es él quien toma la palabra: ¿y usted? Va a escribir sobre esta historia, ¿verdad? No podrá evitarlo.

Le repito que nunca escribo sobre mi vida, que soy novelista.

Me sonrío: otra de sus mentiras, ¿no?

Le devuelvo la sonrisa.

Digo: ¿me das permiso? ¿Me das permiso para escribir sobre esta historia?

Dice: yo no voy a prohibir nada.

Al final se pone en pie y yo lo imito con unos segundos de retraso. Me tiende la mano, se despide de mí, sin añadir nada. Con todo, el gesto dura un poco más de lo acostumbrado. Y cuando nos soltamos la mano, nos rozamos los dedos. Sin ambigüedad, simplemente lo necesario para poner fin al carácter único, *incomparable*, de lo que acaba de ocurrir.

Lo observo mientras se aleja, baja por las escaleras, sale del bar y desaparece de mi campo visual. Reboso de gratitud y de desasosiego a la vez.

Vuelvo a sentarme, todavía tengo la carta de Tilmas doblada en la mano izquierda. Pienso que no debería leerla, ¿para qué?, solo me causará dolor, y él no hubiera querido que la leyera, de lo contrario me la habría enviado. Sin embargo, me acuerdo del convencimiento de Lucas: «Supongo que quería que yo encontrara las cartas». Entonces despliego la hoja, ante mí aparecen las palabras escritas y oigo la voz de Thomas, su voz de 1984, su voz de nuestra juventud.

Philippe:

Me voy a marchar a España y no volveré, al menos de inmediato. Tú te irás a Burdeos y supongo que será la primera etapa de un largo periplo. Siempre he pensado que estabas hecho para otro lugar. Nuestros caminos se separan aquí. Sé que te hubiera gustado que fuera distinto, que te dijera cosas que te habrían apaciguado, pero no pude y, de todas formas, nunca he tenido el don de la palabra. Creo que, al final, lo has entendido. Era amor, evidentemente. Y mañana será un gran vacío. Pero no podíamos continuar; a ti te espera tu vida y yo no cambiaré. Solo quería escribirte que he sido feliz durante estos meses que hemos pasado juntos, que nunca había sido tan feliz, y que sé que nunca volveré a ser tan feliz.



PHILIPPE BESSON (Barbezieux-Saint-Hilaire, Francia, 1967) es novelista, dramaturgo y guionista. Ha publicado dieciocho novelas, muchas de las cuales han sido adaptadas al cine y al teatro. Cuenta con los premios Masion de la Presse, el Grand Prix RTL-Lire y el Prix Emmanuel-Roblès, y ha sido distinguido como Caballero de las Artes y de las Letras por su contribución al esplendor de las artes y las letras en Francia y en el mundo. Sus obras han sido traducidas a más de veinte idiomas.

OceanofPDF.com